

The background of the book cover is a photograph of an ornate interior space, likely a historical building. The walls are covered in intricate, repeating geometric patterns in shades of blue and gold. A large, arched doorway is visible on the right side, leading to a brightly lit area. The floor is made of large, light-colored stone tiles. The overall lighting is dim, creating a mysterious and atmospheric feel.

Juan Pablo Castro Rodas

LA CURIOSA MUERTE DE

María del Río

 **litterae**
NOVELA

Atlantic is
leading the c

is
me

is a good o
of the eye

ten
of
or
fight

the
the c

247
MILE

10
MILE

3/10
ON

10
MILE

La curiosa muerte de María del Río

La curiosa muerte de María del Río

© Juan Pablo Castro Rodas, 2016, 2026

© Universidad del Azuay. Casa Editora, 2026

ISBN: 978-9942-54-086-7

e-ISBN: 978-9942-54-087-4

e-PUB: 978-9942-54-088-1

Edición: Cristóbal Zapata

Diseño y diagramación: Sebastián Ramón Lazo

Imagen de portada: Bruno Roy, “La Casa del Coco”,
de la serie fotográfica *Atmosféricas*, 2000

Impresión: PrintLab / Universidad del Azuay

*Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por
cualquier medio, sin la autorización expresa del titular de
los derechos*

CONSEJO EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga

Rector

Genoveva Malo Toral

Vicerrectora Académica

Raffaella Ansaloni

Vicerrectora de investigaciones

Toa Tripaldi

Directora de la Casa Editora

Cuenca, Ecuador, 2026

Juan Pablo Castro Rodas

La curiosa muerte de María del Río



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa 
Editora

*Para mi hermana Nathaly,
la niña de los tejados.*

Todos dicen que la vida es un escenario.
YUKIO MISHIMA, *Confesiones de una máscara*

Soy un hombre que se interesa por la justicia
nada más.
PABLO PALACIO, *Un hombre muerto a puntapiés*

¡Cuántas lágrimas derramé,
cuánto lamenté mi desgracia!
SÓFOCLES, *Edipo en Colono*

Casi a nadie sorprendió —a mí menos, la verdad sea dicha— que el viejo profesor apareciera muerto de esa manera. Era más o menos previsible que las cosas tomaran ese rumbo. Había algo en el ambiente de la ciudad, un convencimiento generalizado, uno de esos rumores que se propagan en segundos. Era de suponerse —se evidenciaba en las miradas de quienes contemplaban el cuerpo del profesor, en la foto del diario *El Meteorito*— que sus juegos terminasen por llevarlo al más allá de manera atroz. Y a pesar de ser un ciudadano reconocido, incluso respetado, también era posible evidenciar un sentimiento de complacencia, como si todos, en efecto, estuviésemos de acuerdo en que una mano feroz debía terminar con sus licencias de caperucita.

El teniente Veintimilla, el detective Sánchez y el fotógrafo Acevedo fueron delegados por la Comisaría de Policía para empezar la investigación. Llegaron en el Mercury de Sánchez —un viejo Chevrolet del 69 que sorteaba las penurias del tiempo con la altiva dignidad de aquellos autos creados para surcar los vientos norteamericanos— y no en un patrullero oficial. Desde hacía unos meses, dado el escaso presupuesto de la institución, los detectives debieron sacar sus autos particulares como en años anteriores. El teniente había confiado su coche a una mecánica, con la esperanza de que volviese a transitar con más o menos garantía, pero la Blazer gigante parecía negarse a reanudar sus gloriosos paseos de los años ochenta.

Al bajarse del auto sintieron la inclemencia del frío de enero y el olor inconfundible a rata muerta. Varias montañas de ceniza todavía no habían sido limpiadas de las aceras. Días atrás, en esa misma desolada calle, los vecinos quemaban los años viejos y bebían, taciturnos como eran, litros de aguardiente. Veintimilla miró la motocicleta de Acevedo —una Honda Magna de 750cc, todo un animal de fuego— estacionada junto a la puerta de la casa de donde habían recibido la llamada histérica de una mujer que anunciaba el asesinato de su tío. “Mi tío, mi títo, está muerto”, había dicho a la telefonista del 911. Algunas luces navideñas destellaban en los marcos de las ventanas vecinas. Cruzaron la calle, con las manos en los bolsillos, y entraron a la casa. Durante unos segundos se quedaron estáticos, bajo el umbral de la puerta. Veintimilla creyó percibir unos ojos que lo miraban desde la porosa superficie de las paredes de adobe. Sánchez lo empujó, pero él también sintió el golpe de frío de la estancia. Había algo en la atmósfera, un miedo suspendido, un dolor antiguo. Subieron las escaleras de la casa y entraron saludando apenas a la sobrina del muerto y a dos o tres personas que intentaban consolarla. Se identificaron como el personal asignado al caso y entraron a la habitación. Ahí se encon-

traba el cuerpo desnudo del occiso: el rostro paralizado en un rictus cómico, las piernas abiertas de par en par y dobladas hacia su torso, como si fuese una rana panza arriba o una mujer frente al ginecólogo. Una margarita salía del culo como si hubiese brotado en los últimos segundos. Los pétalos, blancos y perfectos, parecían las alas de un insecto, y el delgado tallo, verde y brillante, la pata de una mantis religiosa. El pene —una lombriz albina— se perdía entre las ondas del vello púbico. Junto al ombligo, una daga. El teniente sospechó que los asesinos habían intentado parodiar un harakiri.

La daga era una pieza singular. La lámina de acero había sido incrustada en el vientre hasta el retén. La empuñadura era de madera roja, con círculos concéntricos de tonos marrones. El inicio de la empuñadura parecía de oro, así como el borde. Sobre la superficie de la madera se podía distinguir un pequeño compás y una escuadra con la letra G en medio. El teniente sacó su celular y tomó una fotografía. De cada una de las tetillas del cadáver colgaban serpentinas que cubrían los intestinos creando una duplicación en papel colorido de las chorreantes vísceras expuestas. Aunque el bigotito canoso lo dotaba de cierto aire masculino, el rubor en las mejillas, los labios pintados de escandaloso *rouge* y los párpados sombreados de azul le conferían una identidad de vieja travesti. Veintimilla se acercó al cuerpo. Una espesa mancha de sangre se esparcía sobre las sábanas blancas de satén. Miró el rostro. Todavía se percibían algunos olores: el humo de cigarrillo, el vaho del licor de caña y un tufo rancio como de carne ahumada. También incienso y palo de rosa. En los bordes de las fosas nasales, la huella de la cocaína. La boca, quizás en la última sonrisa que produce el terror, había adquirido el gesto de un payaso. Los delgados labios acentuaban esa expresión. Ya no había señal de vida en la mirada perdida, acuosa, escondida en el maquillaje asiático; no obstante, por un dejo de respeto a la víctima, con la palma de la

mano, Veintimilla le bajó los párpados. Diminutos puntos brillantes se le impregnaron en la piel. El teniente trató de eliminarlos frotándose las manos. Tras ponerse el guante de látex que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta, abrió la boca del cadáver. Entonces descubrió en la lengua varias quemaduras de cigarrillo: de allí provenía el olor a carne quemada que le había estallado en las fosas nasales. Al retirarse del cuerpo, contempló la escena del crimen. Era una habitación de mal gusto: una cama con forma de corazón; en la pared posterior, varios crucifijos de diversos tamaños. Y alrededor de la ventana, como en las casas vecinas, una hilera encendida de luces navideñas. Una mínima sala amueblada con sillas de cuero blanco y una mesa de centro de cristal ahumado sobre la que se apilaba una torre de revistas: *Vanity*, *Soho*, *Máscaras*. Varias alfombras de imitación cebrá cubrían el piso. Candelabros, cortinas de gaza, figurillas de orgías masculinas y muñecas. Y lo que terminó de desconcertar al teniente, un enorme espejo empotrado en el techo que reflejaba la totalidad de la cama. Era como si la realidad tuviese una réplica, un doble macabro sobre el que estallaban las luces del *flash* de la cámara de Acevedo y las bombillas navideñas.

—Veintimilla —dijo Acevedo—. ¿Qué le parece, el marica recibió lo suyo, no es cierto?

Durante unos segundos, el teniente observó el fuego morbosos que se encendía en los ojos de Acevedo y sin responderle regresó a mirar a Sánchez, quien permanecía bajo el marco de la puerta. Al encontrarse con los ojos de Veintimilla simuló una sonrisa.

—Calla —dijo Sánchez, al tiempo que encendía un cigarrillo.

Acevedo disparó unas cuantas fotos más, tratando de registrar la habitación en su conjunto.

—Con esto es más que suficiente para mí —dijo, y salió de la habitación bufando alguna frase incomprensible sin prestar atención a la actitud desafiante de Sánchez,

quien, una vez que dejó pasar a Acevedo, se acercó donde estaba Veintimilla y se agachó, con un ojo entrecerrado a causa del humo, para mirar el rostro del occiso.

—Esta no es una muerte por las huevas —dijo Sánchez y regresó a mirar a Veintimilla. Así se comportaban: Sánchez lanzaba alguna frase, a veces aparentemente inocua, pero que dada la intensidad de la mirada, se imponía como una sentencia. Durante los años de trabajo en la comisaría se había destacado por la obstinación con que seguía las investigaciones, amparado en una metódica planificación del trabajo, aunque siempre protegido tras su singular humor negro.

—¿A qué te refieres? —dijo Veintimilla mientras trataba de detectar aquello que Sánchez había notado.

—Está claro que fue un festín. Hicieron lo que les dio la gana con el poeta.

En ese momento llegaron dos agentes forenses. El teniente los reconoció a pesar de que llevaban trajes blancos, las manos enguantadas y los rostros cubiertos por mascarillas. Siempre le pareció que eran unos inútiles. Los nuevos profesionales de la policía, encubiertos en sus propios miedos, estaban dispuestos a entorpecer las investigaciones con sus protocolos de suprema eficiencia científica. Sin embargo, dejó que empezaran con su trabajo.

—¿Poeta? ¿Conocías a la víctima? —retomó el teniente.

—Alguna vez acudí a un llamado de emergencia —respondió Sánchez— cuando una vecina telefoneó a la estación para quejarse de una gritería de dios-salve-a-la-patria. Según la mujer, que exigía frenéticamente nuestra presencia, era un asunto de vida o muerte. Ella temía que, como en otras ocasiones, de los gritos pasaran a la violencia y a los tiros. Al llegar, el muerto nos recibió apenas cubierto por una ridícula salida de cama, de seda púrpura, y zapatillas chinas. Ante mi pregunta dijo que era verdad, hacía unos minutos algunos gritos seguramente se habrían

escuchado, pero que era solamente parte de un ritual de poetas. Aunque se le notaba nervioso, no había razones para sospechar de algo más.

—¿Y no entraste? ¿No quisiste averiguar un poco más?

—La verdad no me pareció para tanto. Esos ojos de chino fumado eran la evidencia de una noche de juerga. Qué más daba. Así son los poetas, ¿qué dices?

—¿Qué impresión tuviste del profesor?

—Un hombre educado, casi te diría bondadoso, incapaz de matar a una mosca. Con esa bata parecía un actor de cine porno de los años ochenta.

—¿Así que poeta..? —dijo Veintimilla y se acuclilló junto a Sánchez detrás de uno de los agentes forenses que en ese momento comenzaba a extraer la margarita del culo.

—Imaginativos, los cabrones —sentenció Sánchez, mientras uno de los forenses guardaba la flor en una bolsa de plástico.

A los pocos minutos llegó el fiscal y detrás dos camilleros de la morgue municipal. La sobrina Marieta lloraba con gemidos entrecortados, un llanto de puntos suspensivos, indiferente a las personas que seguían llegando a la casa del profesor. Veintimilla y Sánchez, seguidos de los forenses, aparecieron por la puerta. Nadie dijo nada.

Al salir, la luna se filtraba entre un manto de nubes encrespadas. Algunas gotas de lluvia reventaban sobre la ceniza. La calle lucía abandonada. Solo el ladrido de un perro rompía el silencio. Sin embargo, el teniente Veintimilla sabía que detrás de las cortinas, bajo las luces navideñas, centellaban los ojos de los vecinos. El olor a rata muerta comenzaba a desvanecerse confundido con el aroma de la ceniza que ahora, mientras la lluvia se desataba con furia, colmaba el ambiente.

Eran las once de la noche.

A lo largo de los años, habíamos visto caminar al profesor por las orillas del río, ligeramente encorvado, encriptado en una delgadez flemática —un cuerpo miserable que habría de transformarse el día en que el triunfo descendió de las alturas académicas—, con el buzo tortuga de ocasión, desde su casa hasta la universidad, donde impartía clases de Literatura. Los ojos adormilados parecían agrandarse tras los macizos lentes de carey. Dada la complicada medida de miopía y astigmatismo, el profesor debía usar unos gigantes lentes cuadrados aglomerados en decenas de capas de vidrio, lo cual no suponía un problema porque, en los años setenta, estaba de moda precisamente ese estilo. Pero esos mismos marcos todavía en los primeros días de enero de 2014 —fecha en la que apareció desnudo en su habitación, con la muerte hundida en el cuerpo— evidenciaban el tiempo transcurrido. El profesor parecía mantener el mismo vestuario y los mismos accesorios con cuidado maternal. Al menos eso es lo que él creía, pues, para los testigos que lo mirábamos día tras día, las cosas no eran precisamente de esa manera. De hecho, es factible pensar que durante las cuatro décadas que ejerció la cátedra, desde sus tempranos años de profesor auxiliar, su semblante necesariamente debía de haberse transformado. No obstante, el profesor creía que los buzos tortuga, las chaquetas a cuadros y los zapatos de color vino serían eternos. Seguramente, a lo largo de los años, reemplazó varias veces las prendas viejas por otras nuevas, pero conservando el estilo y sus colores predilectos. Lo que no pudo o no quiso reemplazar fueron los lentes, y en la mañana del 2 de enero de 2014 Veintimilla descubrió, en un bolsillo de la chaqueta del occiso, tirada en el suelo, unos lentes de carey veteados por líneas negras. Ya en la investigación, al entrevistar a la señorita Marieta, la sobrina del profesor con quien vivía en una casa del centro colonial sobre la calle Sucre, descubrió que esos no eran sino un par de lentes viejos de un pobre cegatón. Así

al menos le comentó a Acevedo —con quien el teniente había cimentado una amistad que trascendía el fragor de un mundo encuadrado en las imágenes de la muerte y sus diversas formas de expresión: cuerpos mutilados, cabezas degolladas, descubiertas a orillas del río, tetas de silicona que reventaban en los pechos de jóvenes travestis, fantasmas de sangre sobre el asfalto— mientras este buscaba el mejor ángulo para capturar la escena. El detective Sánchez, mientras tanto, observaba al personal forense que guardaba en fundas plásticas las evidencias: las serpentinas, la daga, algún cabello disperso.

—Putá, por culpa de este se nos fregó el carnaval —dijo Sánchez, al tiempo que guiñaba un ojo.

—Ya veremos —respondió Veintimilla—, ya veremos...

—Ya veremos, ni mierdas, este poeta nos va a joder de aquí hasta Semana Santa, mínimo.

—No seas ave de mal agüero...

—Ave él —dijo Sánchez y señaló con los labios hacia donde yacía el cuerpo sin vida—, jodida ave de bajo vuelo.

La vida del profesor había pasado desapercibida, atendiendo solamente a las obligaciones que contrajo con su sobrina desde que su hermana murió con leucemia, y las clases que dictaba sobre la vida y obra de Brummel, un conocido poeta local —de comprobada hondura existencial y fantasías surrealistas—, hasta que un día apareció retratado en la página cultural de *El Meteorito*, consagrado por la crítica académica de la capital a propósito de un ensayo sobre las implicaciones anatómicas en la poesía, precisamente, de Brummel. Para la academia capitalina, la voz del ya no tan joven estudioso parecía renovar las anquilosadas formas de ingresar al análisis de la lírica en un momento en que todavía se trenzaban las tensiones entre románticos y modernistas. Para el profesor, y para la crítica que aceptó este argumento, Brummel, entregado a los alfileres que torturaban su piel, había logrado un estallido acrisolado de formas poéticas que despuntaban en el horizonte de su propio cuerpo.

En su ensayo, el profesor sostenía que la poesía de Brummel era la reproducción de los propios malestares de su cuerpo —anomalías que, sin embargo, no lo deslizaban al terreno del delirio— encarnados en formas líricas. De tal suerte, rezaba su hipótesis, que cada poema funcionaba como una extensión del cuerpo. A esta figura la llamó “anatomía de las formas capilares del cuerpo lírico”. A pesar del peso del ensayo —conformado por ochocientos setenta y cuatro folios—, los eminentes miembros del jurado, doce apóstoles de la crítica envueltos en capas rasgadas y dotados de curioso frenesí, proclamaron que se trataba de una lectura ligera. “Como una pluma que flota impulsada por el viento crepuscular”, sentenciaba el veredicto, antes de consignar las respectivas firmas.

El inmediato reconocimiento de la crítica capitalina le valió el premio nacional de literatura y el ingreso descollante a las cimas de la producción cultural del país. Aunque fue el profesor mismo —esperanzado como todo ganador que

siempre ha perdido— quien envió por correo certificado los ejemplares correctamente anillados, no pudo evitar la sorpresa al recibir la llamada telefónica que le comunicaba el veredicto. Tantas habían sido las ocasiones en las que, día tras día, hora tras hora, desfallecía junto al impávido teléfono. Semanas más tarde, embarcado en el avión que lo llevaría a su destino, tuvo que contener algunas lágrimas que se deslizaban por las mejillas recientemente afeitadas. A su lado hubiese querido encontrar la mano cálida de su esposa, alguna esposa que lo acompañara durante las citas sociales que se avecinaban, alguna esposa que le ayudara a sortear las exigencias del contrato social que se disponía a firmar. Alguna esposa, tía o hermana que aliviara los tormentos del alma y el cuerpo que le sobrevenían. Al menos del alma, porque del cuerpo, pensaba el profesor, ya encontraría el modo de eludir las incandescentes inquietudes. Pero solo halló la mirada agonizante de un joven que, antes de que el avión decolara, se dejaba vencer por los embates del sueño. Durante unos segundos, el profesor recorrió con la mirada los labios del joven y se detuvo a contemplar la huesuda manzana de Adán.

Como es de suponer, una vez regresado al pueblo, los parroquianos dejaron de considerarlo solamente un estudioso de la obra de Brummel y se destaparon en alabanzas y muestras de afecto. Aunque sobre él se ceñía la sombra del poeta existencial, parecía que, contrario a lo que suponíamos, tenía también su voz propia. Si bien el estudio se basaba en el caudaloso talento de Brummel, también ahí, en los ribetes del análisis literario, era posible encontrar las huellas de sus propios pasos. Para el profesor fue motivo de orgullo desmedido, tan acostumbrado estaba al rechazo de los poetas. Era una sensación nueva, plena, que le colmaba hasta el delirio. Quizás frente al espejo —ese mismo espejo que registrara la huella del fracaso perfilada en el rostro desvalido con el que se encontraba cada mañana— debió sentir que por fin se le hacía justicia. Todo reconocimiento,

debió pensar, era más que merecido. Y encumbrado como se hallaba, dejó que su ego hiciera el resto.

Ingresó de lleno a las capas sociales de la aristocracia local y, como si la timidez hubiese desaparecido como el jabón que se escurre por el sumidero de la ducha, poco a poco estrechó lazos de amistad con algunas doñas, a las que acompañaba en juegos de canasta y tés benéficos. Sin más, creó un grupo literario en el que se inscribieron entusiastas señoras para degustar de las finas artes de la lírica. Y, de un día para el otro, ante el asombro masculino que no dejaba de balbucear las más curiosas sospechas, anunció su compromiso matrimonial.

La boda se celebró algunos meses después en la catedral, con la asistencia de la crema y nata de la sociedad y la bendición del arzobispo. *El Meteorito* registra su paso aplozado minutos después de la consagración, vestido con un impecable frac negro que, en parte, oculta las redondeces de un cuerpo que empieza a dejar atrás las penurias de toda una vida de estrecheces. De hecho, para algunas personas, el profesor parecía otro, ya no el endeble cuerpo de toda la vida, sino la constatación de que en todo cuerpo habita otro, un monstruo que pugna por salir.

Con una lupa, a pesar del grano de la fotografía, es posible apreciar la suntuosa pieza de oro que adorna su nuevo estatus civil. A su lado está la novia. Al teniente Veintimilla —quien ha depositado las fotografías sobre la mesa de su oficina para estudiarlas junto con Sánchez— la novia le resulta conocida, quizás cree reconocer en ella a una de las gordas que, en su juventud, se sentaban en la glorieta del parque central a comer espumilla o algodón de azúcar, antes de que empezara la misa del domingo. Es ella, dice confirmando su intuición, mientras Sánchez lo observa con un palillo de dientes en la boca. No puede ser otra, Veintimilla le cuenta más tarde a Acevedo, y le indica, con la imagen ampliada a través de la lupa, el bozo que no desaparece a pesar de las capas de maquillaje, las

protuberancias que despuntan en los pómulos y las generosas mamas que Dios le ha dado. La información que ha obtenido el teniente en sus pesquisas le lleva a pensar que detrás del éxito del profesor hay un mundo oculto. Como casi todos los hombres, piensa, mientras toma un café en un restaurante frente al parque central, este no se libra de los secretos. A través del cristal, el mundo parece la superposición de formas imprecisas, como si se derritiesen a cada segundo igual que las velas de la catedral. El teniente no ha ido a misa en los últimos quince o veinte años. Y ahora se encuentra tan cerca de la puerta principal. Por un segundo duda. Quizás debería entrar, dejarse ir unos minutos mientras contempla la nave central. Pero la idea desaparece aplastada por el recuerdo del cadáver acostado sobre una de las camillas de la morgue. Pobre profesor, piensa, y suspira.

El anfiteatro municipal resultaba insuficiente para la cantidad de cuerpos que cada día copaban sus instalaciones; por ello, hasta la llegada del médico forense, el profesor tuvo que permanecer en una camilla, pues no había frigoríficos desocupados. El teniente pudo contemplar nuevamente el cuerpo del profesor: los intestinos todavía expuestos, ahora de color ferroso —el camino circular abierto por la daga—, los vellos crispados de las axilas, las piernas delgadas, los dedos amoratados de los pies. Y el rostro. Todavía era posible distinguir el eco de una luz que se subyuga a la muerte, y el bigotito cenizo, ligeramente mejicano. Era un rostro santificado, como aquellos que se registran en la iconografía católica. Un rostro de una extraña alegría pérfida, todavía con restos de maquillaje y labial.

En esa contemplación se hallaba el teniente Veintimilla cuando entró el detective Sánchez. Vestía una gabardina de mostaza pálido: un vejestorio que lo acompañaba en los ventosos días de invierno. Desde hacía un par de semanas estaba dejándose una línea de bigote que acicalaba meticulosamente cada mañana. Parecía un chulo de la mafia

italiana. Los dos miraron, otra vez, el cuerpo del profesor. Una luz gélida, blanca como el ala etérea de un ángel, caía sobre el occiso, acentuando las zonas de la piel invadidas por la sangre escarchada. La familia había dispuesto que el cuerpo del profesor fuese sometido a las prácticas de la tecnología mortuoria, a fin de que, al menos dentro del ataúd, tuviese alguna forma de reparación. El experto arribaría en una hora, junto con el personal de la funeraria, para empezar con el protocolo.

Veintimilla extrajo el celular de su chaqueta y tomó dos fotografías del rostro. El detective Sánchez se untó, otra vez, mentol en las fosas nasales. En eso llegó el doctor Aulestia para realizar la autopsia. A Veintimilla le pareció que llegaba de mal humor y se imaginó que estaría durmiendo a pierna suelta cuando lo llamaron para realizar la tarea. Pero de qué se quejaba, ese mismo era su trabajo y de ello —dado que era el único que tenía el amparo eterno de las autoridades municipales— había sacado provecho. Afuera estaría su impecable Mercedes blanco, en el cual, luego de realizar el protocolo rutinario, regresaría a su enorme casa en una exclusiva zona residencial de la ciudad. El doctor Aulestia saludó a los policías con falsa cordialidad y se puso manos a la obra, no sin antes conminarles a que lo esperaran afuera. A primera hora, señores, les dijo, tendrán su informe sobre el escritorio. A Veintimilla le resultaba cómica la figura contrahecha del doctor: su escasa estatura —de piernas cortas y cóncavas, como si montase un poni invisible— que compensaba con los tacos de cinco centímetros de sus botas vaqueras, las manos pequeñas y regordetas moviéndose frenéticamente como un carnicero que cercena el costillar de una vaca, y la nariz aguileña que parecía oler sus propios labios.

Un par de horas más tarde, cuando el día se trazaba en las primeras luces, el cuerpo del profesor yacía con las manos cruzadas sobre el pecho, en un espléndido ataúd negro. No había rastro del travesti que los detectives en-

contraron sobre la cama. Podría pasar por un hombre que duerme, a no ser por los dos algodones insertados en las fosas nasales. El trabajo cosmético era impecable. Durante varias horas, el experto —un hombre macizo de mirada taciturna, que al teniente le pareció un gemelo de Philip Seymour Hoffman—, cosió los agujeros del profesor, cubrió las huellas de golpes y mordiscos, y maquilló el rostro con el que había encontrado la muerte. Luego lo depositó, con la asistencia de algún empleado de la funeraria Cuatro Ríos, en el interior satinado del ataúd. Irónicamente, la familia había pedido varias coronas de margaritas para acompañar al ataúd.

Ahora, mientras cruzaba el parque central camino a la oficina, Veintimilla trató de imaginar las zonas oscuras de la vida del profesor, y repasó las entrevistas que hizo a la señora Fátima del club de lectura, así como al licenciado Ortega, un colega de la universidad. De esas pesquisas obtuvo la información de su vida, antes y después del premio, y algún detalle menor, como el gusto por los dulces enconfitados y el martini seco. De boca de la cuñada del profesor conoció a breves rasgos la trágica muerte de su esposa, hacía pocos años, víctima de una esclerosis múltiple que la llevó a la postración y finalmente a una muerte lenta, a pesar de los continuos viajes al hospital John Hopkins de Baltimore. Pasadas las exequias de su esposa, el profesor pareció ingresar a un agujero negro del que emergía solamente en los minutos en que impartía sus clases frente a los pocos estudiantes interesados. No sería ocioso suponer que en esos momentos pensó que podría obrar como Brummel: desnudarse, ingresar a la tina, confiar en la eficacia de la navaja de afeitar. ¡Qué va!, se diría, escondido en el clóset de la cobardía. Un año más tarde publicó un libro en el que consignaba, en cada poema, su gratitud a toda persona a la que debía favores. Era más o menos comprensible que así lo hiciera, pues todos sus logros los debía a la red social que tejió con manifiesta habilidad, luego de ganar

el premio. Era como si su verdadera personalidad hubiese estado agazapada a la espera de una oportunidad para salir a la luz. Un animal en cautiverio que intuye la libertad al otro lado de las rejas. Y, con estudiados encantos —sonrisa perfilada, ojos mansos, frases encandiladas—, pudo granjearse un puesto en la decadente aristocracia local que, a pesar de su humilde origen, lo aceptó como se acepta al bufón o al tragador de sables. Hasta ahí la información que Veintimilla obtuviera. Esa era la versión pública de su vida. Sin embargo, la tortura a la que se vio sometido antes de morir, y la posición obstétrica en que se encontró el cuerpo, hacían suponer a Veintimilla que había otro mundo por indagar en la vida aparentemente cristiana del profesor.

—Es obvio que el profesor tiene mucho que decirnos, antes de reunirse con otros angelitos —dijo Sánchez, y puso más ají en su sándwich de pernil. En los parlantes estallaba *Dos mujeres, un camino*. El vibrato de Laura León rebotaba en las ventanas del local.

—No hay duda —respondió Veintimilla. Apuró un sorbo de jugo de naranjilla y se limpió la boca con una servilleta. Estaban de pie en una tienda cerca de la plaza de San Blas. Minutos antes descendieron del Mercury de Sánchez, luego de parquearlo frente a la puerta de la iglesia, y caminaron por las estrechas aceras, sorteando a los despistados peatones. Mientras cruzaban la plaza, Sánchez encendió un cigarrillo Lark y le confesó los temores que le despertaba el caso del profesor. Aquí hay gata encerrada, viejito, le dijo, al tiempo que le tomaba del brazo. Me huele que la cosa es un circo, terminó de decir, justo antes de llegar a la tienda.

Al salir del local se detuvieron en la esquina. La ciudad, desde ese punto, parecía el reducto hirviente de un mundo de apariencias. Lo que se ve es apenas la superficie y lo que está detrás se intuye como una mueca. Sánchez le dijo que no lo acompañaría a la siguiente diligencia, pues la comandante Carrión quería hablarle de un asunto más o menos urgente. Veintimilla se imaginó la escena: la comandante Carrión, con la imperturbable voz de la autoridad, le diría al detective Sánchez que debía abandonar el caso del profesor asesinado, para unirse al equipo que emprendería la investigación de un delito recientemente aparecido en la urbe: el secuestro exprés. Nos basta con la eficiencia probada de Veintimilla, se justificaría Carrión.

Con esa intuición, se despidieron.

El teniente se dirigió a la casa de Marieta. Un creciente dolor en el dedo gordo del pie derecho le preocupaba pues sabía que podría arremeterle un ataque de gota. Veintimilla —quien atribuía este mal a las tensiones emocionales más que a la ingesta permanente de carne de res y cerveza— debía pedir frecuentemente licencia médica para pasar uno o dos días acostado en su cama, con el pie sobre dos almohadones, bebiendo litros de agua y tomando Urosín. Sin embargo, de un día para el otro, el gobierno, a través del Ministerio de Salud, había prohibido la venta del medicamento. Era un hecho inexplicable que los farmacéuticos veían como la medida de una política estatal que buscaba promover la industria nacional. Pero pasaban los días y el fármaco genérico no llegaba a las farmacias. El teniente, precavido como era, había comprado un par de cajas que estaban a punto de agotarse. Le quedaba una dosis mínima. Debía aprovisionarse urgentemente.

Mientras caminaba por las estrechas veredas, evitando los huecos, el teniente recibió una llamada de Sánchez. Para alejarse del ruido se refugió en un portal. La señal del celular era tan deficiente como siempre. Sánchez le dijo que, en efecto, la comandante Carrión lo había asignado al caso de los secuestros exprés. Hacía apenas unos minutos, le dijo, mientras nos pegábamos el pernil, un gringo fue encontrado amordazado junto a los juegos infantiles del parque La Madre, como un lelo que no sabía ni su nombre. Es la escopolamina, de ley.

Así eran las cosas, de un rato a otro, cada detective tenía que vérselas por sí solo. Sánchez le contó, además, que las pruebas del homicidio del profesor reposaban en los depósitos de la delegación y que, como lo prometió Aulestia, el informe forense estaba sobre su escritorio. También le dijo que el parte había sido ya redactado y que debía solamente firmarlo. El teniente le agradeció la ayuda prestada hasta el momento. Reanudó entonces la caminata

al tiempo que encendía un cigarrillo. Quizás alguien lo vio con ese semblante extraviado que, a veces, solía aparecer en su rostro.

No es que Veintimilla sintiera animadversión o rechazo hacia las nuevas formas del orden jerárquico, de hecho creía que las mujeres, si tenían los méritos necesarios, bien podrían asumir cualquier dirección, pero pensaba que para comandar a la Policía Nacional se requería todavía de la mano firme y los huevos de un hombre. Cuando les avisaron a él y a los otros policías que el nuevo comandante sería en realidad una ella, se miraron entre sí y balbucearon una protesta. Sin embargo, no había nada que pudieran hacer. Eran nuevos tiempos. Algunas semanas más tarde recibieron en sus oficinas a la comandante Sofía Carrión. No les pareció la vieja bruja que se esperaban, tampoco les sorprendió cierta aura maternal. Había una especie de emoción contradictoria en el espíritu colectivo. Las semanas pasaron y la señora Carrión —esposa de un ingeniero de minas y madre de dos hijos— demostró su habilidad para controlar el cuerpo policial. Sin embargo, había todavía un marcado rechazo —sobre todo en los mandos medios, no así en la tropa— que se percibía en la atmósfera institucional.

Todos pensábamos que el indicado para sortear las dificultades de la investigación era, precisamente, el teniente Veintimilla, y no porque se hubiera destacado en la resolución de algunos casos sonados. Era más bien porque el teniente provenía, aunque lejanamente, de una familia de intelectuales venida a menos; incluso algunos decían, con el manual del perfecto ciudadano, que descendía de una de las ramas de una familia de próceres de las más altas esferas políticas, pero de aquella descendencia crecida en el oprobio de una sangre no reconocida. Lo que sí tenía asidero era la relación con su abuelo dedicado a las entonaciones de la lira en festivales poéticos de inicios de siglo. Alguien aseguró, incluso, que ese pariente lejano asistía con frecuencia a las Fiestas de la Primavera que se celebraran en los años veinte del siglo pasado en la casa de un poeta insigne de la época, y que fue uno de los artífices del solárium que diseñó el dueño de casa para contemplar los juegos de luces que se dibujaban en el crepúsculo. Pero de eso ya tantos años. El teniente, aunque siempre díscolo, encontró su centro en la formación policial, y ya superadas las rabiets de una adolescencia prolongada, regresó a hojear algunos de los libros que, en el torbellino de la herencia, le tocaron en suerte. Es posible suponer que en los estantes se encontraban ejemplares de Quevedo, Góngora, Machado, García Lorca y Darío, así como libros de historia, arte y cívica. Esos eran los poetas que el teniente había leído acostado en la cama con el pie hirviendo de cristales, aunque sin llegar a interiorizarlos del todo. De la poesía local, el teniente no conocía nada, aunque identificaba a los intelectuales que de cuando en cuando aparecían en las crónicas sociales que registraban la presentación de un libro o un recital en las naves de la catedral. Era justamente esa proximidad al mundo de las letras, al cual creíamos pertenecer, lo que nos llevó a convencernos de que él era el indicado.

Era una intuición, un prejuicio o un acuerdo de conveniencia.

La puerta de entrada lucía un discreto crespón negro. Era una residencia colonial, con un balcón del que colgaban varios geranios cuidados con esmero. Veintimilla timbró y al poco rato escuchó unos pasos que se arrastraban. Al abrirse la puerta, el teniente se sorprendió con la imagen de Marieta: llevaba un vestido de paño negro con encajes en la pechera y en los puños. El rostro blanco, transparente. En el centro de la frente sobresalía una sinuosa vena que se perdía al inicio del cuero cabelludo. Marieta no evitó el gesto de desprecio al observar al policía en el marco de la puerta. La noche del suceso, apenas pudieron cruzar palabra. Cuando los policías llegaron a la casa ingresaron a la habitación de su tío y salieron, minutos más tarde, envueltos en un manto de perplejidad. Ahora, nuevamente en la casa, el teniente le dijo que era imprescindible que contestara algunas preguntas, y dado que ella no asistió a la cita en la comisaría, había decidido que debía presentarse así, sin llamada previa. Pase, le dijo Marieta y lo condujo por el pasillo hasta las gradas que llevaban a las habitaciones del segundo piso. Veintimilla constató la solidez de las paredes antiguas. No, se dijo para sí mismo, era imposible que a través de ellas se filtraran los ojos de los silencios escrutadores. Tampoco sintió el vaho gélido de la otra noche. Miró el jardín interior: una simétrica disposición de geranios, begonias y azaleas, y una fuente de piedra en el centro, de la que brotaba una línea de agua entrecortada como el meado errático de un borracho. También miró las puertas que daban a ese patio y supuso que una de ellas sería de la habitación de Marieta. Sola, encerrada detrás de la vieja puerta de roble en el primer piso, no pudo ni imaginar lo que le sucedía a su tío en el segundo piso.

Ya en la sala, se desconcertó al observar la cantidad de libros que colmaban los anaqueles, la mesa de centro y algunas sillas. Un árbol de navidad estaba en una de las esquinas. Era de plástico blanco, adornado con bombillos

rojos y unas cuantas guirnaldas plateadas. El teniente supuso que habría sido la sobrina del profesor la que montara el rincón navideño, donde estaban diseminadas las figuras de un nacimiento que empezaba en la base misma del árbol y se prolongaba hacia dos esquinas de la habitación, formando un triángulo. Dos gigantes muñecas calvas, una en cada rincón, vigilaban ese fantástico mundo en miniatura: sobre un campo de musgo —cubierto de piedras de colores brillantes, bonsáis de naranjo y cerezo florecidos, pequeñas lagunas y ríos serpenteantes— estaba un ejército de desiguales figuras diminutas que caminaban hacia el centro del paisaje: soldados de plomo, una tropa alemana de la Segunda Guerra Mundial, escuadrones verdes de Vietnam; vacas, caballos, pollos y ranas; elefantes, hipopótamos y jirafas; patos y cisnes que parecían deslizarse sobre las lagunas de espejo; ángeles y querubines; carritos de plástico, buses, motocicletas y trenes, aviones y submarinos; duendes, unicornios y ogros; y un juguete de metal con los rostros del Gordo y el Flaco montados en un sidecar. Afuera del pesebre de madera y paja, los Tres Reyes Magos: colosos de hierro fundido que contrastaban con la pequeñez de las figuras que, tras ellos, como las huestes de un mismo ejército, continuaban su marcha. Chaplin, el Chapulín Colorado y dos brujas que compartían la misma escoba voladora. Y adentro del pesebre, José, María y el Niño Jesús esculpidos en mármol. Alrededor, una fortaleza de casas de cerámica, edificios de plástico y metal, puentes y torres de marfil. Sobre el campo, nubes de algodón —celestes, turquesas y violetas— que penden de invisibles hilos de mago. Y sobre el techo de paja, una estrella de diamantes rodeada de simétricos globos de colores: el Sol, Marte, Júpiter, Venus y Mercurio, engarzados todos en decenas de filamentos de papel plateado, formando la Vía Láctea.

La señorita Marieta había dejado que el visitante —un deslumbrado y silencioso teniente— recorra la com-

posición como si fuese el ojo de un ave sobrevolando sus campos.

—¿Le gusta? —preguntó clavando la mirada entre los ojos del teniente.

—Es la primera vez que veo un nacimiento así.

—Y será la última.

El teniente retomó la observación del resto de la estancia. En las paredes estaban colgados algunos óleos con paisajes naturales y el retrato de una pareja. Supuso que serían los padres del profesor, aunque quizás se equivocaba. Solía reprocharse con frecuencia la falta de observación en los momentos cruciales. La noche en cuestión apenas pudo detenerse a mirar la escena, en donde ahora le parecía encontrar algo diferente, como si el árbol y el nacimiento hubiesen sido montados luego del asesinato. Era imposible, pensó el teniente, y se imaginó a la señorita Marieta, hincada hora tras hora, armando cada detalle de su mundo, mientras la tarde invadía ese espacio de la sala, con estrías de pálido resplandor solar. En la misma casa convivían dos universos. La sala lucía como una vieja que conserva parte de su belleza barroca. Y el dormitorio del profesor como la cara opuesta, la imagen que se esconde debajo de un antifaz, el cuerpo que se oculta en la vergüenza del traspatio.

Marieta lo invitó a sentarse, mientras ella permanecía de pie. El teniente se sintió incómodo al notar la actitud desafiante de la señorita, la mirada tensa que lo observa y que parece delimitar el territorio. Quizás el teniente hubiese querido decirle que su abuelo fue quien fue, pero, como otras veces, se calló, había venido a otra cosa. Marieta se sentó, con las dos piernas muy juntas, y puso las dos manos sobre las rodillas. Era un cuerpo huesudo, envuelto en telas negras.

—Dígame, teniente, ¿en qué le puedo servir?

—Pues, señora Velásquez...

—Señorita... y no soy Velásquez. Ese era el apellido de mi tío y yo lo acepté como un acto de agradecimiento por su cobijo, pero ahora que se ha ido no tiene sentido mantenerlo. Llámeme por mi apellido paterno: Cordero.

—Bien, señorita Cordero, quisiera hacerle unas cuantas preguntas...

—Sea lo más breve, teniente, mire que el dolor me impide razonar con claridad.

—Seré lo más breve posible, señorita. En principio quisiera preguntarle sobre el libro de poemas que su tío publicó...

—Sí...

—Lo he buscado por varias librerías y me ha sido imposible hallarlo. ¿Tendrá usted un ejemplar que me preste o, si prefiere, me puede vender?

—Fue una edición restringida, solamente destinada a lectores selectos de la poesía. Mi tío creyó siempre que a la gente poco o nada le interesaban los versos y las epifanías, por eso decidió que se imprimieran cien ejemplares, numerados y firmados por el autor. ¿Para qué lo quiere?

—Nunca se sabe dónde se puede encontrar una pieza del rompecabezas.

—Ciertamente no en los versos de mi tío. Además, ¿usted ha leído poesía? Mire que hablamos de las formas en que Dios se expresa.

—Sí, señorita Cordero, algo he leído, por ello puedo hacer la lucha.

—Bueno, algún ejemplar debe, debió tener mi tío —dijo Marieta y una sombra de melancolía se dibujó en su rostro.

—¿Cómo era su tío, digo, en el trato diario?

—Ah, teniente, nadie es un santo, pero conmigo fue un ser ejemplar. Desde niña me sentí protegida, amparada. Era culto. Lo recuerdo todavía, como si fuese ayer, sentado en mi cama leyéndome hermosos cuentos mientras me dormía o relatándome episodios de la historia. Podía

hablar con absoluta solvencia de la Independencia, la Revolución francesa o los complots en el antiguo Imperio romano. Y los paseos al campo. Le gustaba hacer picnics junto al río Paute. Comíamos pedazos de cerdo horneado, con papas y mote, bebíamos limonada, y de postre toctes con panela. Qué esplendorosos días, ocultos los dos, bajo el manto de un sauce llorón. A veces incluso, cuando el sol brillaba sobre el agua, nos animábamos a entrar al río tomados de las manos, solo hasta las rodillas. Y, de pronto, tomaba un poco de agua con las manos y me salpicaba el pecho mientras rompía a reír como un niño. Luego, otra vez a la sombra del sauce, me dormía sobre sus piernas, mientras él leía. Lo recuerdo, entonces, siempre con un libro entre las manos.

—¿Desde qué edad ha vivido usted con su tío?

—Desde siempre.

Afuera se percibía el ruido de autos, motocicletas, buses, y ese murmullo inagotable que acompaña la vida de la gente en la calle. Un trueno estalló a la distancia. Adentro se escuchó un débil quejido que provenía de otra habitación. Por un instante el teniente imaginó que, tras las paredes, la inofensiva señorita escondía un cuerpo amarrado. Un cuerpo colmado de moretones y de esas heridas que produce el amor. Y creyó que la señorita Marieta —el cuerpo envuelto en telas que parecían plumas de un cuervo— bien podría ser otra: la condesa mayor de algunas orgías sádicas. Su propia imaginación le avergonzó, pero como solía hacer cada vez que una de esas imágenes irrumpía en su diáfana condición de cordero de Dios, evitó el gesto que se trasluce en la sonrisa.

Al poco rato apareció la silueta peluda de un gato angora con la cola erguida. Caminó unos cuantos pasos más sin perder de vista al intruso y saltó hacia las piernas de la señorita.

—Es Noviembre, el gato de mi tío —dijo la señorita Marieta y miró al animal como se ve a una criatura inocente.

Si la masa de pelos pudiera hablar, pensó el teniente. Pero de inmediato se increpó por perder el tiempo en vanas ensoñaciones. Mal haría —se repitió— si empezara a fantasear con soluciones mágicas.

—¿Qué edad tiene? —preguntó el teniente.

—¡A una dama nunca se le pregunta la edad...!

—Me refería al gato.

—Gata, dirá usted. Pues anda por los catorce años. —Veintimilla se imaginó que en esa casa todas las gatas serían así: viejos cuerpos resecos. Otra vez el teniente, como en aquella madrugada, sintió que un ejército de ojos lo escrutaba, camuflado detrás de las cortinas. Otra vez un enjambre de agujones helados le hincaba la piel.

—Lo siento. ¿Por qué cree que su tío murió de esa manera? —preguntó el teniente. Marieta frunció el ceño, quizás tenía cincuenta, sesenta años, era imposible precisar la edad.

—Para eso están ustedes, ¿no? —dijo evitando que la furia se manifestara.

—Desde luego que sí, señorita Cordero, pero me preguntaba si su tío merecía una muerte tan terrible.

—No se trata de merecimientos, señor. ¿De qué habla? —respondió la señorita Marieta.

—Suele decirse que uno paga en vida lo que ha hecho. En este caso pagó con la muerte.

—Usted es un grosero.

—Lo siento, señorita, he sido demasiado brusco, pero entienda que en mi profesión las palabras deben ser directas.

—No me dé una lección de la pedagogía policial, ¿quiere?

Marieta hizo el gesto de levantarse. Entonces Noviembre saltó hacia la alfombra, estiró las patas delanteras for-

mando un arco perfecto y miró hacia una de las ventanas. La luz de la mañana penetraba en la habitación replicándose al atravesar la ventana, y dejaba en la penumbra a las dos figuras fantasmales. El teniente se levantó al mismo tiempo que Marieta.

—¿Sabe si su tío formaba parte de algún grupo especial?

—Mi tío no era masón, si a eso se refiere. Era un hombre honesto, justo y benigno —dijo con las palabras ahogándole el pecho en un gesto teatral.

—Me refiero a si frecuentaba alguna asociación de poetas o algo así...

—Mire, teniente Veintimilla, ya ha sido suficiente. Usted sabe lo que sabe, vio el cuerpo torturado de mi tío. Ahora haga su trabajo.

El teniente sintió una punzada en el dedo del pie y bajó la vista. Creyó ver, atravesando el cuero del zapato, la inflamación rojiza que deformaba el pie. Dio unos pasos y, antes de cruzar la puerta, regresó a mirar la estancia. Quizás sería la última oportunidad de registrar en su cabeza la escena. Creyó que tomaba una fotografía. Junto a la ventana, sobre el alféizar, como un apacible equilibrista, estaba Noviembre auscultándolo. Se dio la vuelta pero ya no encontró a Marieta. Caminó hacia la habitación del profesor. No había ninguna cinta amarilla que impidiera el ingreso. Tampoco se había diseñado, sobre la cama, la silueta del cadáver. Y el colchón todavía mostraba la mácula de sangre seca.

Se acercó a la cama y buscó algún detalle que se le hubiese escapado al equipo forense o a Sánchez. Quizás una colilla con residuos de labial o un pedazo de uña que pudiese enviarse a un análisis de adn. Pero se rio de sí mismo. Por un segundo creyó que vivía en un mundo paralelo, un mundo en el que los policías contaban con recursos tecnológicos, humanos y económicos. Como en las series de televisión, pensó, y se imaginó a sí mismo mirando un capítulo de *Investigation Discovery*, horas más tarde, mien-

tras soportaba el episodio de gota. De repente escuchó un maullido. Noviembre saltó a la cama y empezó a lamer la sangre reseca, mientras los ojos cristalinos de las muñecas lo observaban desde los estantes. Eran quince o veinte. Todas dentro de sus cajas originales: blancas y rubias, negras y pelirrojas. De ojos acuosos, imperturbables pero vivos, como si estuviesen postradas en un estado de vigilia alucinada. El teniente sintió un escalofrío en la espalda y salió de la habitación, desesperado por encender un cigarrillo. Estaba por llegar al último escalón de las gradas que daban a la puerta de calle cuando escuchó que lo llamaban. Detrás venía la señorita Marieta. La esperó mientras descendía. Sí, tendría 60 o 70 años, lo notaba en la precaución con la que bajaba: la mano blanca que sujeta la baranda, las puntas de los zapatos que se deslizan sobre las tablas.

—Se olvida de esto —dijo, y le entregó un delgado libro rojo—. Devuélvamelos lo antes posible.

El libro se titulaba *Tribulaciones del encierro*. Era una impresión cuidada, mono color, en un arenoso papel verjurado, con tapa cartoné y huella en seco. Tipografía de 12 puntos, fuente Baskerville y encolado al calor. De eso se había enterado al entrevistar a don Freire, el eterno jefe de la imprenta universitaria. Sin embargo, desde que tuvo el ejemplar en sus manos, el teniente supo que se trataba de una edición singular. Le llamó poderosamente la atención la única figura que, además del título y el nombre del autor, adornaba la tapa roja. Era una especie de zapato de tacón alto, quizás una bota, pero si se miraba la tapa diagonalmente parecía una silla o una puerta. Incluso si se oscilaba la tapa, la huella en seco se revelaba como un rostro cadavérico. Debajo de la huella parecía que otro signo estuviese inscrito, pugnando por salir.

Era un libro de bolsillo. El teniente se dirigió a la plaza central y empezó a leerlo sentado bajo una florecida acacia roja, cerca de la glorieta. De rato en rato, un aroma dulzón, de dulces enconfitados, se deslizaba por la plaza. Del cielo, como el eco de una banda sonora, descendían los acordes de alguna balada. El teniente identificó a Thalía, la cantante mejicana que reinterpretaba un clásico del pop español: *A quién le importa*. El teniente miró hacia las copas de los árboles y ahí descubrió, como en otras ocasiones, los parlantes camuflados entre el follaje naranja. Por un segundo, recordó la estrafalaria figura de Alaska, la cantante que interpretara, originalmente, esta canción. En la década de los ochenta, la española apareció en el mercado discográfico como una tormenta: el cabello dispuesto como una fuente de agua oscura, la desafiante mirada y la palidez de una piel cadavérica. El *hit* se debía, creía el teniente, a que la letra resultaba una especie de alegato libertario. Detuvo las especulaciones cuando la canción terminó, encendió otro cigarrillo y prosiguió con la lectura. Continuó bebiendo de una botella de agua que había comprado en una tienda cerca de la casa de la señorita Marieta.

Minutos antes, todavía frente a la puerta de la casa, tras un par de caladas al cigarrillo, como si fuesen las bocanadas de aire que ingresa en los pulmones de un buzo novato, pensó que necesitaba agua con urgencia. Sintió la garganta seca, reseca como la sangre del profesor que todavía formaba una nube oxidada sobre el colchón. Miró hacia la ventana del segundo piso y creyó divisar la figura de Marieta, detrás de las cortinas. Ahora, ya en el parque, con la botella de litro a medio terminar, pensaba que, entre los juegos líricos, quizás se podría encontrar algún rastro del universo íntimo del profesor.

A la distancia apenas era posible distinguir la figura del detective, oculto entre las sombras de la acacia. Era un día luminoso, con ráfagas de viento que serpenteaban por la plaza. Durante unos minutos, el tiempo pareció detenerse, como si todo circulase atrapado en un espiral. La gente que transitaba por el parque parecía encerrada en sus meditaciones. Algunos perros dormían apaciblemente sobre el césped, entre los rosales. Los fotógrafos registraban las imágenes de los turistas que se apostaban frente al grandioso monumento levantado en honor al héroe local. Las bancas de madera estaban ocupadas por parejas de enamorados ajenas al barrullo, así como por cholas que vestían polleras de colores estridentes. Fuera del parque, en las cuatro calles que lo circundaban, una hilera de autos lidiaba por transitar. Y más allá, sobre la ciudad, se podía distinguir una loma, un mirador natural, cada día más invadido por casas y edificios. En el cielo, a esa hora, surcaba un avión. Si el teniente hubiese levantado la vista, hubiera podido seguir con precisión la estela de vapor que la nave trazaba sobre la superficie celeste.

Los versos del profesor, incluso ante un aficionado como Veintimilla, resultaban torpes, repetitivos. Una suma de tópicos sobre la soledad, el vacío existencial y la desesperanza. Sin embargo, entre las palabras, latía algo inefable. No sabía con certeza cuánto tiempo había permanecido

a la sombra de la acacia, con el libro entre sus manos. La música, poco a poco, se difuminó en el espacio, hasta convertirse apenas en un susurro monocorde. Se levantó y, con un ligero entumecimiento en la pierna derecha, enfiló hacia la casona universitaria. De algunos restaurantes surgía el aroma a mote cocido y carne frita. Era seguro, se dijo mientras descendía por las escalinatas que llevan al río y de ahí al campus universitario, que don Freire podría proveerle de información especializada sobre el libro. Bebió unos sorbos más de agua y botó la botella vacía en uno de los basureros de la escalinata. Cuando estaba sobre el puente peatonal, escuchó un estruendo gutural que provenía del río, como si fuese el grito de un simio. Sentado sobre una inmensa piedra estaba un mendigo, un loco, era difícil precisar su condición. A pesar de la perspectiva en picada, al teniente le pareció que era grande, macizo, envuelto en un abrigo negro que lo dotaba de cierto aire espectral. La barba le cubría casi la totalidad del rostro. Apenas se distinguían los ojos y la nariz. Se había quitado los zapatos y las medias, los pies estaban sumergidos en el agua. Miraba hacia el cielo, hacia el punto exacto donde se encontraba el teniente, y vociferaba con voz ronca —apenas quebrada por unos cuantos gallos que se filtraban, dotando al grito de un aura lírica—, como si hubiese quedado suspendido en medio de una trifulca del pasado: “¡Tenía 20 en Cívica y no 19... tenía 20 en Cívica y no 19, hijos de puta!”. El loco sacó los pies del agua, se puso las medias y los zapatos, y empezó a caminar por la orilla del río. Dos ratas lo seguían. Por unos segundos, el teniente pensó que una horda de locos, de ratas, de zombis, estaría acorralando la ciudad. Se sacudió la cabeza para espantar esa imagen, como se espanta una mosca que sobrevuela una pierna infectada, y cruzó la calle.

Encontró a don Freire con un mandil mugriento y una mueca de hastío, encaramado en una estropeada imprenta Heidelberg, lubricando las válvulas. El teniente se acercó

donde el hombre y lo saludó. Con el libro entre sus manos, don Freire reconoció las cualidades del ejemplar y mientras lo miraba a contraluz, como si se tratase de una radiografía, le dijo que en su imprenta no se había realizado ese trabajo.

—No, teniente, nuestras máquinas apenas sirven para imprimir los informes, folletos y papelería que dispone el Rectorado —dijo, y entre los suspiros que don Freire exhalaba, el teniente pudo reconocer la fatiga de una vida de encierro en el subsuelo del campus universitario—. Pero es un hermoso ejemplar —continuó—, claro que sí, hay que reconocer la calidad del trabajo.

—¿Usted sabía de la existencia de este libro?

—Verá, el profesor era muy receloso... y aunque alguna vez me prometió que me regalaría su poemario, no es sino hasta ahora que lo tengo entre mis manos.

—¿Se acuerda si hizo alguna presentación, quizás aquí en la universidad?

—Casi le diría con seguridad que no, porque todo acto de la universidad necesariamente se anuncia con alguna invitación impresa por nosotros. Si mal no recuerdo, algo hizo, pero fuera de los predios.

—¿Algo como qué?

—Le mentiría si le digo con precisión de qué se trató. El profesor era en extremo reservado con sus asuntos personales. No le digo que fuera hosco, no, por el contrario, mantenía una actitud más bien sibilina, como si no se animase a decir todo lo que pensaba. Era, cómo le diría, un hombre de doble rostro.

—¿Diría usted, misterioso?

—Tanto como eso, no. Verá, era medio lambiscón cuando necesitaba algo y ruin cuando creía que algo se hacía en su contra. Recuerdo en más de una ocasión que, frente a la mínima sospecha, arremetía contra algún colega que, según él, le estuviese serruchando el piso, o contra algún estudiante que cuestionara su metodología.

—¿Y qué hacía exactamente?, ¿lo vio usted comportarse alguna vez con violencia?

—No, no, para nada. Era más bien su capacidad de maniobra lo que asustaba a sus enemigos, no ve que tenía contactos y padrinos.

—Enemigos, dijo usted; ¿tiene alguna idea de quiénes podrían haberlo matado?

En ese momento, el teniente se fustigó en silencio por el uso del plural, por la facilidad con la que había asumido que se trataba de un asesinato cometido por dos o más personas. Quiso llamar a Sánchez, como si hubiese encontrado la clave del crimen, y recriminarle por no haber cuestionado la premisa con la que los dos habían emprendido la investigación. Pero trató de calmarse, evitando, tal como le habían dicho en alguna capacitación, que sus emociones fueran expuestas. Un policía, recordaba que le dijera el instructor, nunca evidencia sus temores. Témpano de hielo. ¡Bah!, pensó, al tiempo que sintió dos o tres latidos del dedo del pie. El hombre de hielo debería, a este paso, derretirse sobre la cama. Durante esos segundos, mientras miraba a don Freire hablar pero sin escuchar lo que decía, sintió que los años se le venían encima. Era como si de pronto, igual que el alud que se desintegra sobre un camino mil veces andado, la vida, la forma en que su vida había encontrado su propio sentido, empezara a desvanecerse, a vaciarse. Y haciendo un esfuerzo para romper con las cavilaciones, retomó el testimonio.

—... no me llega a tanto la imaginación —decía don Freire— pero creo que aquí en la universidad nadie habría actuado con tanta malicia. No lo querían tanto, por sus maneras pomposas o por sus continuos palanqueos, pero nadie tendría justificación para matarlo, al menos eso creo yo.

Más tarde, en el campus, mientras recorría los jardines de la Facultad de Filosofía, el teniente Veintimilla empezó a diseñar la figura del profesor. Las versiones de sus amis-

tades, aquellas que engalanaban las páginas de sociales, discrepaban con esta última, y, quizás por eso mismo, el teniente creía que debía continuar su investigación por este sendero. Abrió la libreta de apuntes —cubierta por una tapa de cuero que él mismo había mandado a confeccionar donde el maestro Andrade, un talabartero de El Vado— y revisó el contenido de sus últimas anotaciones. Le interesaba, sobre todo, el testimonio de doña Fátima Astudillo, una de las más entusiastas participantes de un club de lectura que el profesor conformara unos años atrás.

El teniente había llegado a la cita poco antes de las cuatro de la tarde, tal como la señora le había indicado. Era una casa que ocupaba toda la esquina de la Gran Colombia y General Torres. Doña Fátima residía en el segundo piso acompañada de la última de sus hijas, mientras que el primer piso se había remodelado para dar cabida a cinco locales comerciales. Todavía se conservaba el patio central, con una fuente de piedra y un soberbio cocotero. Doña Fátima vivía de las rentas de esas tiendas de ropa, teléfonos celulares y confiterías tradicionales. Cada día, con el canto del alba, ascendía un manto de dulces combinaciones aromáticas: canela, anís y harina, le contó a Veintimilla una vez que lo hizo pasar a la sala. Vestía un sobrio conjunto de telas negras y blancas, un collar de perlas, un anillo de matrimonio. Era una sala sin cabida para el vacío. Recubiertas las paredes de un desteñido papel tapiz, algún día amarillo o café: estantes y aparadores, cuadros y cortinas conformaban un universo de capas superpuestas. Varias alfombras roídas sobre el suelo de madera ondulada. El teniente imaginó que en esa sala, muchos años atrás, los hijos de doña Fátima correrían con los zapatos mojados en pleno frenesí de carnaval, humedeciendo la rígida madera hasta deformarla. Diversos muebles estilo rococó: sillas, butacas, bargueños y baúles, alguna mecedora vienesa junto a la ventana, floreros que contenían rosas y claveles de plástico. Sobre un piano blanco descansaba, contemplativo, un gato negro. El teniente creyó que se trataba de una escultura, pero de un segundo a otro el gato abandonó su quietud para levantar la pierna como una contorsionista y empezar a lamerse la entrepierna.

Todavía divagando por el conjunto de la sala, el teniente regresó a mirar a las dos mujeres que mantenían un silencio mustio, apenas un resuello de vida. Por un segundo, creyó que doña Fátima y su hija eran parte de la escena, dos figuras de cera postradas para siempre en un letargo ceremonioso.

—Tome asiento, teniente —le dijo doña Fátima, y en su manera de hablar se notaba una singular educación musical—. Ya le servimos un cafecito.

Entonces la hija, impulsada por la frase de la madre, un resorte acendrado, seguramente, en la memoria de la hija fiel, salió de la sala.

—¿En qué le puedo ayudar? —continuó con el mismo tono, esa forma almibarada con la que la gente de la ciudad solía empezar una charla.

—Mire, señora Astudillo, como le comenté por teléfono, estoy investigando el asesinato de...

—¡Ay, qué cosa más terrible! No hay hora que no me sobrecoja por ese pobre hombre de Dios, tan bueno él, y por su sobrina, la pobrecita, ¿y ahora, teniente, qué va ser de ella?, pobrecita, toda la vida al lado de su tío, viviendo para él, no es justo, no es justo, no se le puede condenar a nadie a esa vida, vea, y ella, que no era tan bonita, ni de jovencita siquiera, tenía un no sé qué, como disparejo, como árido, tuvo que renunciar a todo, incluso dicen, a mí no me consta, que tuvo posibilidades, digamos, de formalizar, con un pretendiente, no se sabe bien quién mismo era, aunque todos sabemos que era un dependiente de una funeraria, un chazo, un rubiecito de Cañar, descendiente de algún abuelo noruego, uno de esos curas protestantes que trabajaban en alguna comuna de la sierra, y ya sabe, que van poniendo su semilla en las indias jóvenes, años después, aparecen en la ciudad, estos mozos desconocidos, como caídos del cielo, uno de ellos parece, dicen, que estuvo tentando a la Marietita, pero ella no, no, siempre fiel a su tío, y ahora, teniente, ¿qué va a ser de la vida de la pobre chica?, no hay derecho, no.

En ese momento regresó la hija, las manos entrelazadas sobre el vientre como un animal temeroso. El teniente sabía que era su hija, aunque no la había presentado de esa manera. No cabía duda, pues era la imagen misma de su madre, treinta o cuarenta años más joven, como si fuese

la proyección de su rostro en el espejo, un espejo que refleja, en un juego fantástico y terrorífico, el rostro de ella misma —la severa Fátima Astudillo— pero rejuvenecido: los mismos ojos pardos, la misma palidez zurcida por unas cuantas pecas en los pómulos, la misma boca delgada, de prensados labios de lagartija.

—Ya puse el agua, mamita.

—Bueno, hija, pero no interrumpa. Como le decía, teniente, qué horror, qué horror...

—Doña Astudillo, ¿cómo definiría al...?

—Un hombre a carta cabal, un santo; él también, pues teniente, se hizo cargo de su sobrina, con el amor natural de la familia, pobre, cuando murió su hermana, pobre-cita, te acuerdas hija cómo murió, él decidió, bueno no le quedaba otra opción tampoco, que se haría cargo de la criatura, y ya ve, toda su vida así mismo fue, con ese breve periodo, cuántos sería, hija, dos, tres años, mientras duró su matrimonio, ya ve, ese fue otro golpe de la vida, su esposa, que era amiga mía, creo que fuimos juntas a la escuela, tienes razón hija, yo era mayor, ya ve, le llega esa enfermedad tan terrible, de un día para otro, no tanto no, hija, larga fue su lucha en Estados Unidos, pero nada se pudo hacer...

—¿Usted asistía regularmente al club de lectura?

—Para serle sincera —empezó a decir, al tiempo que el sonido de la tetera llegaba desde la cocina—, veré... hija, vaya pues a traer el cafecito, claro con unas rosquitas ha de ser, y traiga también unas quesadillas... veré, a mí no me gustaba mucho eso de la lectura, pero una amiguita me dijo que el club era muy entretenido, que el profesor sabía llevar bien la clase y que además luego nos serviríamos unos ricos téis, así que me decidí, y para qué, me quedé muy a gusto, porque aunque teníamos que cumplir con las lecturas, era muy bonito encontrarse con las otras señoras, a todas las conocía, por supuesto, cómo no, y departir algunas ideas sobre los poemas que leíamos, y él, teniente, era de lo más

simpático, sírvase, sírvase, hija, traiga servilletas, pues, y no sé cuánto tiempo hemos estado, unos tres o cuatro años, menos, hija, tienes razón, hasta que nos enteramos, qué terrible, qué terrible, pero ustedes deben hacer lo necesario, mover cielo y tierra para que esto se aclare, cómo va a ser justo que vivamos así, con este miedo, Dios no ha de querer, pero ustedes deben ayudar a Dios pues, teniente, no le parece, buen provecho, ricas, no, son las quesadillas que abajo mismo hornean, en uno de los locales que arriendo, así es que son como mías...

El teniente cerró la libreta. El cuero lucía impecable. Tomó el celular y buscó el archivo de imágenes: la más reciente mostraba el rostro del profesor. Durante unos segundos lo imaginó sentado entre las diez o doce señoras que conformaban el club de lectura, en una de aquellas casas en las que, rotativamente, se celebraban los encuentros. Reiría con las ocurrencias de la anfitriona, comería con gusto las rosquillas y bebería una o dos tazas de té, luego de haber escuchado las impresiones de las señoras sobre los poemas de turno. Seguramente, pensó el teniente, el profesor les habría pedido que leyesen la obra de Emily Dickinson, Neruda, García Lorca y, por supuesto, los poemas de Brummel. ¿Se habría dado el gusto, él mismo, de leer su propia poesía ante las miradas encandiladas de sus alumnas que lo consideraban un santo? ¿Nadie, ninguna de las señoras de vestido de terciopelo y enguantadas manos de encaje, pensó que el profesor podía, más allá de lo evidente, vivir otra vida, una vida que era la suya a pesar de no serlo? ¿Qué dirían esas distinguidas señoras, siempre tan dispuestas a escudriñar en la vida de los otros, sobre el cadáver de su profesor, postrado sobre la cama en esa pose obscena, con una margarita colgando del ano? ¿Se harían de la vista gorda, atribuyendo todo a la imaginación delirante de la solterona señorita Marieta o a los recursos escandalosos de la crónica roja? ¿Esperaban que la justicia, a través de la policía, terminase por develar las circunstan-

cias del asesinato de su profesor, a pesar de que bien podría resultar un escándalo mayor? ¿O deseaban que el caso se diluyera como se diluye la mugre de las piedras lavadas por el agua del río?

Veintimilla encendió un cigarrillo con la última de las cerillas y abrió la envoltura de un caramelo de menta. Con la primera bocanada, recordó la entrevista que realizó, horas antes de ir a la casa de doña Fátima Astudillo, a uno de los colegas del profesor. Lo encontró fuera de su clase y aunque había acordado una cita, el licenciado Ortega se sorprendió al descubrir, una vez abierta la puerta del aula, al teniente, cómodamente apostado en la baranda del segundo piso de la Facultad de Letras. La luz de la tarde golpeaba la espalda del teniente, ensombreciendo su figura. Desde la perspectiva del licenciado, parecía un bulto con alas, dado que el teniente lo esperaba con los brazos extendidos agarrándose de la baranda.

El licenciado Ortega, como insistía que lo llamasen, era un personaje singular. Vestido con un desajustado terno negro, pajarita y una camisa alguna vez blanca, parecía un actor cómico más que un profesor de lenguaje, especialista, tal como él mismo dijera, en los poetas decapitados. El bigote, la cara redonda y el sombrero de ala corta remitían al célebre Capulina, uno de los personajes que tanto disfrutara el teniente en su juventud.

Durante unos segundos, recordó aquella tarde, treinta años atrás, cuando asistió al cine 9 de Octubre. Era el estreno de *Un cura de locura*. Había logrado, por fin, una cita con Mariana. La recogió en su casa cerca de San Sebastián. Con una minifalda de círculos concéntricos y unos immaculados zapatos blancos parecía una colegiala. Apenas pudo sortear la timidez, ya dentro de la sala, ansioso como estaba por tomarla de la mano, quizás robarle un beso, acariciar sus huesudas rodillas. Mariana, pensó, cuando el licenciado Ortega estaba ya estirando la mano derecha para saludar-

lo, y, como una imagen disuelta en el resplandor del día, pudo todavía evocar la nariz respingada, el cabello lacio y negro que caía sobre la blusa blanca. Al estrechar la mano del licenciado, Veintimilla pensó en esa joven Mariana, treinta años atrás, muerta a la orilla del río, arrancada del mundo, entre los crisantemos, como el cuerpo de una princesa degollada.

El licenciado Ortega tenía un tono ceremonioso al hablar, como si todo lo que dijese fuese lo suficientemente peculiar como para formar parte de un glosario de citas célebres. El teniente se presentó, y sin mayor introducción, ante la curiosidad de algunos alumnos que caminaban lentamente observándolos, ambos en posición firmes junto a la baranda, le preguntó:

—¿Conocía usted a...?

—Claro, teniente, era mi colega, digamos mejor mi contertulio, usted sabe, un contendor de las lides retóricas.

—¿Amigo?

—No digamos tanto así, pues, aunque los vates transitamos por los mismos senderos, con el colega era poco probable llegar a las intimidades de la confabulación amistosa.

—¿Leyó su libro...?

—*Las tribulaciones...* cómo no, le hice unas nimias observaciones, ya sabe, develando esos confusos signos escondidos en el verso que solo nosotros, en tanto amanuenses del gran verbo, podemos encontrar.

—¿Y cómo lo tomó?

—Bueno, como solía hacerlo: no congeniaba con las críticas, era, cómo le diré, un diletante del rencor. Pero yo, aunque conocedor de sus filudas artes, opté por decir lo que pensaba, sin temor. El poeta era más ladrido que perro, mi teniente. Mire —subrayó, al tiempo que le tomaba suavemente del codo y lo conminaba a seguir hacia las gradas—, en las artes no todos somos corderos de Dios, incluso me atrevería a decir que la mayoría nos creemos lobos: el único lobo estepario que aúlla ante la luna llena.

Y, qué feo decirlo ahora que se nos ha adelantado en el camino al que todos debemos acudir, el poeta era, cómo le diré, una loba feroz. Y su libro era eso, en efecto, su lobezno, feo pero su hijo al fin. Por ello, hasta cierto punto, mi buen teniente, acepté que, luego de que le expresara mi desazón al encontrarme con formas tan edulcoradas del verso, me interceptara luego de mi clase, justo como usted lo hace ahora, hace unos meses, y, quizás envalentonado por los atajos químicos o por el oropel del espíritu de Baco, me espetara una grácil bofetada de bardo ofendido. Como es de suponer, teniente, y no estando en tiempos de duelos al amanecer, traté de reaccionar devolviéndole el gesto con un cruzado de derecha, jajá, algo inesperado en mí, pero, dado que las artes del boxeo no han sido cultivadas por mi espíritu, resbalé y, aunque no caí del todo, me doblé hasta el extremo del ridículo. Pero de eso ya tiempos ha, y todo, con el fulgor del día, desaparece, mi teniente. Ahora no he hecho sino lo que corresponde, expresar mis condolencias a su cándida y sacrificada sobrina.

Al llegar al final de las escaleras, el teniente, soltándose de la mano que lo había conducido por las gradas, como se conduce al hijo desobediente, preguntó:

—Licenciado Ortega, ¿usted lo asesinó?

—Mi teniente, ¿en verdad cree que estas manos están manchadas de sangre?

U nos minutos después, repasando todavía el encuentro con el licenciado Ortega —su andar de oso perdido entre los arbustos del jardín—, el teniente creyó que se había portado como un idiota. Había olvidado las mañas de su profesión. ¿Cómo había podido preguntar esa estupidez, pensaba, si mientras oía el testimonio del licenciado tenía la convicción absoluta de su inocencia? Era un sujeto triste, oculto detrás de la máscara de la petulancia, pero solo eso. Le faltaban las artes para ser un asesino. En esas estaba cuando, al recordar que se le habían terminado los cigarrillos, se acercó donde una señora de la limpieza. Quería averiguar dónde podría comprar una media cajetilla de Lark. La mujer le indicó que cruzara el jardín hasta llegar a los baños. Al doblar hacia la derecha, encontraría una caseta. Estaba a punto de empezar a caminar cuando se le ocurrió preguntarle si conocía al profesor asesinado. La mujer lo miró con desconfianza y le dijo:

—Usted parece policía...

—No —dijo el teniente—, tengo la pinta nomás, pero no. Quería saber algo de mi tío; verá, yo no lo veía con frecuencia y ahora que murió quisiera averiguar algo más...

En este punto más o menos —habríamos de enterarnos más tarde—, el teniente sufriría una especie de iluminación, como si ahí, frente a la mujer de la limpieza, hubiese estado a punto de encontrar la primera pista confiable. Otra vez tuvimos todos esa sensación repentina, como si un cuerpo extraño pujase por salir de la piel y liberar la presión en las arterias. La comunidad requería un baño de verdad, una confesión de parte, una explicación que ayudara a eliminar la creciente tensión que arreciaba entre la gente. Aunque lejos estábamos ya de los apacibles años en que los delitos no eran más que asaltos a domicilios o estruchantes que corrían tras arrancar los aretes de alguna despistada señora, la muerte de una persona renombrada, así como se dio, había hincado en la vulnerabilidad de la vida, exacerbando el miedo. Ahora todos, decíamos, éramos potenciales víctimas de una banda de psicópatas. También el novedoso método de secuestrar a una persona para llevarla al cajero automático había despertado una sensación creciente de temor. Eran eventos tan recientes que no sabíamos cómo sortear el miedo. No estábamos preparados para admitir que la colonial ciudad, cuna de una cultura que no era más que un espejismo o una mentira mil veces repetida, se caía a pedazos. De un momento a otro —quizás el asesinato del profesor no era más que un pretexto— las contradicciones de una ciudad cimentada en la creencia de pertenecer a un legado español empezaron a volverse visibles. Siempre estuvieron ahí pero emergieron de las tinieblas. De pronto, como el ciego que recupera milagrosamente la vista, nos enfrentamos a un mundo de formas antes tan solo intuitas. La clase media, a la que pertenecía el profesor, pugnaba por destronar el poder de las castas locales, en parte alimentada por el caudal de recursos económicos que los migrantes traían a su regreso a la tierra. Eso, al menos, era lo que unos cuantos decíamos en los bares montados a lo largo de la avenida Ordoñez Laso, o en las salas de las casas, cuando las últimas luces

de la tarde traían consigo las sombras —vaso de ron o un café en la mano—, entregados a las especulaciones sobre el caso del profesor. Quizás su asesinato podía entenderse, precisamente, como la manifestación de esas tensiones. Pobre, decíamos, tenía que ser él justamente quien pagara los platos rotos.

La mujer de la limpieza le informó al teniente sobre cierto club de lectura que solía celebrar, religiosamente, fiestas y recitales poéticos, todos los jueves por la noche, en una cantina de El Vado. Ella, como una presencia impalpable, solía escuchar las conversaciones vetadas, algunas de las cuales se desarrollaban en los baños de hombres mientras sacaba los tachos de basura o limpiaba los retretes. En esos momentos, le dijo al teniente, el profesor y algunos alumnos solían confirmar la asistencia, delante de ella, haciendo evidente su condición, invisible a no dudar. La primera vez casi no les prestó atención cuando acordaban la cita, pues acostumbraba a hacer oídos sordos. Pero la segunda vez algo despertó su interés, le contó al teniente. La escena, palabras más palabra menos, fue así: Marcia —así se llamaba la mujer— entró al baño de hombres de la Facultad de Artes, como todas las mañanas, a eso de las once. Empezó con su rutina tomando los tachos de basura para verter su contenido en una bolsa negra, luego limpió los lavabos con cloro. Con cepillo y escoba ingresaba al *infierno*, así lo dijo, es decir, a los retretes. Limpió el primero conteniendo el vómito pues, a pesar de ser una tarea habitual, no dejaba de asquearse frente al horrendo panorama. Luego se dirigió al segundo inodoro. Para facilitar el trabajo prefería cerrar la puerta a fin de maniobrar más cómodamente con el cepillo y la escoba. Fue entonces, en cuclillas, cuando escuchó las risas de varios hombres. Le resultaron conocidas. Miró por debajo de la puerta: pudo reconocer tres pares de zapatos, dos a todas luces de estudiantes —esos Converse rojos o negros, le dijo al teniente— y el otro par más formal. Lo que oyó le produjo dolor de estómago. No hay manera de comprobar este testimonio, pero se hablaba de una Fiesta de la Primavera, una suerte de celebración del cuerpo y la poesía. Era un evento anual —habría de descubrir el teniente en los días siguientes— que convocaba a poetas de varias ciudades del país. Durante dos días —dos noches, para ser

más precisos, pues los días servían solamente para que los poetas retomaran fuerzas, adormilados en las camas de los hoteles con los ojos en blanco— los recitales daban rienda suelta al frenesí de la carne y las delicias de una poesía que estallaba fuera del clóset. Aunque el descubrimiento debió de ser como un golpe en la conciencia del teniente, quizás hubiese preferido no encontrar este hilo, pues la madeja que avizoraba lo llevaría a descubrir una zona oscura de la ciudad que él seguía considerando una apacible estancia de Dios. En fin, se habrá dicho el teniente, a lo oído ido y empezó a desandar el camino andado.

El barrio de El Vado se hallaba a pocas cuadras de la universidad, pero el teniente prefirió enfilarse hacia la Comisaría de Policía. Quería encontrar a Acevedo, invitarlo a una cerveza, charlar sobre la situación catastrófica del equipo de la ciudad, siempre a un paso del descenso; recordar, otra vez, lo miserable que se sentía acorralado por la soledad. Con Sánchez no contaba, pues desde su matrimonio, un año atrás, se había convertido —era un pecador arrepentido—. De hecho, mientras se casaba con todas las de la ley —en la misma iglesia de San Blas—, el teniente observó cómo la mirada encandilada de su colega daba paso a una especie de luz de santidad. Pobre cabrón, le dijo a la salida de la misa, al tiempo que lo abrazaba con fuerza, estás jodido. El cómplice de tantas andanzas decidió colgar sus guantes o, como él mismo dijo, colgar los condones. Para él, el matrimonio —ni tan siquiera el amor eterno que le juraba Clemencia, la novia, esposa y futura madre de sus hijos, sino el matrimonio, a secas— era la tabla de salvación. Al menos eso es lo que suponía. Y durante el primer año, a pesar de las atrocidades de la modorra conyugal, las cosas marchaban más o menos bien.

Seguramente, ante la mirada dulce de Acevedo, convertido en fiel amigo de borracheras, Veintimilla le relataría nuevamente la crueldad de un divorcio que lo alejó para siempre de la boba felicidad del matrimonio. Y cómo su mujer, su exmujer, ahora en Italia —la hermosa Magda, idealizada en la melancolía del amor perdido—, estaría disfrutando de la pasta y el vino a costa de algún anciano italiano con quien, era de suponerse, debía haberse casado. Le hablaría sobre el hueco que se profundizaba en su corazón desde el día en que su mujer, embarazada de tres meses, perdió a la criatura. Y quizás, en los aleteos finales de la ebriedad, le confesaría nuevamente los estúpidos celos que sentía cuando ella, como buena mujer de la costa, caminaba por la ciudad moviendo sus insinuantes caderas ante la mirada lasciva de los parroquianos. Acevedo, ami-

go, le diría, es cierto, yo era una bestia, una bestia dominada por los celos, y esa vez, cuando me contaron que había almorzando con un colega del banco donde trabajaba como cajera, no pude contenerme y le increpé con furia, y ya sabes cómo es eso: una cosa lleva a la otra, de un grito a un puñetazo solo hay un segundo y de ahí al estallido. Un golpe en el vientre. Y a otra cosa. Al siguiente día, continuaría el teniente mientras Acevedo termina su cerveza, fue al hospital, pero ya nada se pudo hacer. Y sin mi hijo, ella prefirió desaparecer, compadre, se fue para su tierra y luego para las Europas, y ni rastro.

Es cierto, así debieron ser las cosas. El teniente se encontró con Acevedo en la comisaría y horas más tarde, antes de que empezara con el relato, entraron juntos a un conocido prostíbulo de Los Tanques —quizás, me aventuro a decir, el Sueñito lindo: una casa de dos plantas decorada con sillas celestes de plástico, en la que las mujeres desfilaban ataviadas con ridículas plumas y estrechas minifaldas de cuero negro, siempre aburridas— levantado, como los otros veinte, en una loma desde la cual se podían contemplar las luces de la ciudad. Minutos antes, montados en la vigorosa Honda de Acevedo, surcaron el aire, como dos endemoniados, evitando el tráfico de la autopista.

Mientras se emborrachaban, desfilaron al menos diez mujeres dispuestas a consentirlos pero los dos prefirieron el placentero juego del observador. Al menos eso es lo que creía el teniente, pues, en realidad, cuando se quedó dormido sobre la húmeda mesa de madera, Acevedo se dirigió hacia una de las habitaciones acompañado de una espigada negra que le llevaba al menos treinta centímetros de altura. Pero él, es fácil inferir, debió de sentirse a gusto con su diminuta humanidad mientras ceñía la cintura de la señorita. En medio de la ebriedad, el teniente Veintimilla le pidió a Acevedo que lo acompañara al taller mecánico para ver qué pasaba con su Blazer. Está cerrado, le respondió

Acevedo, consciente de hallarse en las primeras horas de la madrugada. No importa, dijo Veintimilla, el mecánico cabrón vive ahí también, entre sus latas viejas.

Nosotros estábamos a la expectativa del desarrollo de la investigación. Cierto es que había una sentida necesidad de descubrir a los autores del crimen, pero, sobre todo, queríamos conocer los detalles de ese mundo inexpugnable que el profesor, frente a nuestros ojos, había diseñado con esmerado disimulo. Su obra, decíamos, era una oda a ese torcido arquitecto del universo que se escondía en las cantinas de El Vado. Aunque, como creíamos desde el principio, se intuía que el respetable profesor de literatura —experto en la poesía anatómica de Brummel y él mismo poeta de poca factura— tenía cierta inclinación por adentrarse en los bosques vestido como caperucita, nadie podía suponer la profundidad de ese bosque, tan ensimismados nos hallábamos observando los árboles.

El teniente se tomó toda la mañana para superar la resaca, acostado en la cama, bebiendo litros de agua y fumando algún cigarrillo. A pesar de que conocía las consecuencias, había tomado varias cervezas y rematado con una botella de ron. Sabía muy bien que su médico le había recalcado que, en caso de ser inevitable la ingesta de alcohol, optara por el vodka pues era una bebida menos nociva para su condición gotosa. Pero ya en el antro era evidente que el bendito vodka no era más que una ilusión y, al tiempo que se mentía afirmando que podría contrarrestar el dolor causado por el aumento de los niveles de ácido úrico con una dosis reforzada de su medicina, bebió un vaso de cerveza sin respirar hasta terminar la última gota. Vaya ironía, pensó. A eso de la una de la tarde, por fin se levantó, se duchó y salió a la calle. Tomó otra pastilla de Urosín, la tercera del día y, a pesar del dolor que le producían los cristales, caminó algunas cuerdas hasta la picantería donde solía comer. Se llamaba Lamar, pero todos la conocíamos como La Bella y la Bestia: atendía una señora blanca y gorda como una nube invernal, y su esposo, un barbudo gigantón de andares torpes y manos de boxeador. Ella, envuelta en el sudado mandil, parecía en efecto una

belleza al lado de su esposo. El teniente acostumbraba a comer caldo de patas y seco de chivo. Sin embargo, esa mañana pidió un aguado de pollo. Caminar, a pesar del dolor en el pie, solía ayudarlo a eliminar los diminutos cristales asesinos que se le hincaban en los conductos nerviosos, por eso llegó hasta la picantería convencido de que esa afectada actitud de peatón le aliviaría sus males.

El sol del mediodía anunciaba un aguacero, como lo indicaba la tradicional geografía austral. Hacia el final de la tarde el cielo se caería, incrementando el caudal de los ríos que atravesaban la ciudad. En la oficina, el teniente se encontró con un repuesto Acevedo. Así era él: a pesar de los galones de alcohol inundando su cuerpo, al día siguiente lucía como si nada, lozano, con la mirada maliciosa de niño héroe. Desde que entró en el servicio policial hacía ya varios años, transferido desde Quevedo, el infante Acevedo (así lo llama en algunas ocasiones el teniente Veintimilla, jugando con los personajes del famoso cuadro de Velásquez) se había desempeñado con intachable profesionalismo a pesar de sus constantes juegos de seducción. El fotógrafo, de cuidado cabello negro y barba siempre recordada, tenía facilidad para encandilar a las jovencitas de los lugares que frecuentaba. En más de una ocasión se enredó en amoríos prenupciales: el primero, con una oficinista de la Telefónica Nacional, y el más sonado, con una estudiante colombiana que cursaba la carrera de Publicidad en la Universidad Estatal. Era evidente que Acevedo había perdido la cabeza por la cimbreada Noemí: la piel blanca, apenas matizada por el rubor de sus mejillas sonrosadas, la mirada fija, como de águila, los dedos largos de pianista y el tono musical de las pausas. No obstante, había algo en la naturaleza indomable de la mujer —su tenacidad para desbrozar la selva de la academia, esa peculiar sagacidad con la que miraba el mundo y el desplante de una sexualidad que lo gobierna todo— que terminó por ahuyentar al fotógrafo. Acevedo le contó a Veintimilla, una tarde

mientras tomaban un café en su departamento, que su ex le había enviado maliciosamente un *e-mail* desde Brasil, donde seguía sus estudios de maestría, contándole lo contenta que se hallaba, enamorada como estaba de la vida, le dijo, subrayando así la certeza de la decisión tomada. Por un segundo, el teniente imaginó a Noemí mirando a través de una ventana, el peso de su cuerpo apoyado en su pie derecho, mientras con el izquierdo se acaricia la piel del derecho. Al fondo, al otro lado de la ventana, se divisa un tornasolado mar estático. El teniente, todavía atrapado en la ensoñación, percibía nítidamente la intensidad del café colombiano suspendido en la habitación, mientras Acevedo le decía: “De la que me libré”, sin ocultar la melancólica rabia que se trazaba en su rostro.

El teniente cruzó un par de palabras con Acevedo y se dirigió a su oficina. Se recostó en el sillón y depositó su pie derecho sobre el escritorio. Unos minutos después entró Sánchez y, a pesar de que el teniente apenas ponía atención a lo que decía, le contó que tenía una pista firme sobre los delincuentes implicados en el secuestro exprés. Sospecho que son colombianos, le dijo, dada su eficiencia profesional. El *modus operandi* se repite: viajan en un taxi robado minutos antes, secuestran a una víctima y la llevan al cajero. Sánchez quería contarle sobre sus especulaciones, quizás el cómplice está escondido en la cajuela, le diría, pero al darse cuenta del estado de enajenación en el que se hallaba Veintimilla, prefirió salir sin continuar el relato. El teniente prosiguió, ya sin el murmullo de Sánchez, con el repaso de la investigación.

La vida del profesor parecía haber transcurrido entre la anodina esfera del mundo académico, a vista de todos, y, paralelamente, en una enturbiada zona de penumbra. Veintimilla debía encontrar la manera de ingresar a ese territorio secreto, a esa breve línea de luz que se dibuja debajo de una puerta cerrada. El resto de la tarde se pasó releando algunos poemas de *Tribulaciones del encierro*. En vano trató de imaginar que entre los versos podría hallar alguna pista. Era evidente que la voz poética se esmeraba por mostrar el dolor encarnado en el vacío, en el recuerdo de la madre ya partida, en la evocación de un amor adolescente, fortuito. El teniente se sentía frustrado, creía que algo velado se encontraba en el cuerpo del poemario, pero, se dijo a sí mismo, era evidente su escasa inteligencia para descifrar el enigma. Era más eficaz en la investigación callejera, en la pesquisa cara a cara.

Serían cerca de las cinco de la tarde cuando la lluvia arreció con fuerza, acompañada de truenos y olas batientes de viento. Durante una hora los techos debieron soportar la furia del cielo. En pocos minutos los ríos que atravesaban la ciudad asemejarían turbulentas entradas de mar. Al finalizar, como en otras ocasiones, seguramente aparecería en el cielo —en el espacio abierto que las nubes dejan— un arcoíris de perfecta curvatura. Como en la infancia, el teniente se diría para sí: la bruja y el diablo se quieren casar. Entretanto, el teniente maldecía a los mecánicos que no habían podido restituir la vida de su Blazer. Cuando la lluvia paró, la noche envolvía la ciudad y una leve neblina descendía sobre las cúpulas de las iglesias y los techos de tejas. Desde Turi, el mirador natural, la ciudad —un aglomerado juego de edificios, iglesias y casas de color naranja y café— parecería una estampa fantasmal. Una vez en la calle, el teniente pensó que sería mejor dejar la visita a El Vado para el día siguiente. Y así lo hizo.

Serían las nueve o diez de la noche de un jueves, tres días después de encontrar el cuerpo inerte del profesor, cuando Veintimilla empezó su investigación en El Vado. Conocía más o menos bien el barrio, pues en su juventud había jugado *indoor* fútbol en las calles empedradas. Entonces tuvo amores con la reina del barrio. Se llamaba Sara, era delgada y austera, aunque reaccionaba como un boxeador furioso cuando la invadía la ira. No obstante, cuando reía el rostro se le iluminaba como manchado por un instante de fuego.

Fue un periodo oscuro en la vida del teniente: un día cualquiera, a primera hora de la mañana, fue encontrado junto al río el cuerpo de su hermosa Mariana. Veintimilla todavía recordaba aquella tarde en que asistieron al cine. Una breve cita para un amor eterno. Mariana había sido asesinada por una mano siniestra. Su princesa, como la llamaba Veintimilla, nunca pudo descansar en paz. Y el asesino —se supo que fue una sola mano— se salió con la suya. Entonces, quizás sin saberlo, el teniente engendraba ya en su interior otro cuerpo que bregaba por salir. Años después, ese monstruo encontró su lugar en la sociedad y Veintimilla ingresó al cuerpo de Policía. Durante algunas semanas, Veintimilla se mantuvo activo gracias a la furia —atrapado en esa edad en que el cuerpo no termina de definir su fisonomía—, hasta que, abatido, cayó en un pozo de tristeza. De ahí emergió solo cuando, antes de empezar un partido de *indoor*, vio a Sara. Un clavo saca otro clavo, pensó el teniente, y poco a poco Sara fue reemplazando a Mariana. A pesar de haber sido el peor juego de su vida, empeñado en demostrar sus destrezas pero corroído por los nervios, conquistó a la chica. De ahí en adelante, vivió un periodo de constante temor pues él provenía de San Sebastián, barrio colindante con el que El Vado mantenía una rivalidad centenaria. Aunque no se trató de otro amor que termina en tragedia, era muy probable que los jóvenes de El Vado hubiesen protagonizado más de una pelea

con el intruso con el propósito de afirmar sus derechos territoriales. De esos amores apenas queda el testimonio volátil del propio Veintimilla, quien en alguna ocasión le hizo los consabidos relatos masculinos de su vida sexual a un risueño Acevedo, mientras tomaban cerveza y comían *hot dogs*, de pie, junto al carrito que se estacionaba frente a la entrada de un cine porno.

Desde la Cruz de El Vado era posible observar el río y las casas que lo vadeaban, así como parte del campus universitario, alguna de las alas de la Facultad de Filosofía y un fragmento del mural pintado en honor a los héroes del 3 de noviembre. Ahí, mientras la luna oscilaba entre una copa de nubes, el teniente encendió un cigarrillo. Gracias al Feldene Flash —un poderoso antiinflamatorio sublingual— el dolor en el dedo no se había agudizado. Era como si el apéndice se encontrara envuelto en un nido de algodón que, no obstante la molestia, le permitía caminar. La Cruz estaba levantada en una plazoleta tranquila, recientemente regenerada, que contrastaba con las casas viejas, de tejas roídas por la lluvia y el tiempo, y las estrechas calles de adoquín. De las paredes de esas casas se habían desprendido segmentos del enlucido, creando un rompecabezas de formas dispares. Las luces de los postes apenas iluminaban las aceras por las que alguna señora caminaba sin prisa, envuelta en un poncho, dos o tres perros que intentaban montarse entre sí, algún borracho balbuceante apoyado a la pared. El teniente sabía que debía tomar la calle Pío XII y girar en la Juan Montalvo para llegar a las cantinas que funcionaban clandestinamente sobre el barranco. Caminó sin prisa, tratando de disimular ese andar de policía que, con el tiempo, se había vuelto tan evidente: una forma de arquear el cuerpo, como si hubiese bajado de un caballo con sendas sandías entre los brazos. Todo el mundo sabía que en el cruce de las dos calles se expendía licor, a pesar de que en la fachada se anunciaban sándwiches de pernil y jugo de tamarindo. Al ingresar al pequeño local, el cliente debía pedir *los* especiales y una jarra de jugo de-los-que-usted-sabe-madre, para que la dueña del local, la conocida Mama Clorinda, le sirviese una jarra de aguardiente disuelto en jugo de tamarindo. Según se decía, esta práctica había sido resultado de muchos años atrás, cuando en la ciudad se prohibió el consumo de alcohol. Sin embargo, una vez eliminada la medida, la mamá

de la mamá de doña Clorinda mantuvo la fachada como una forma de protección, y de ahí, por línea directa, se convirtió en una práctica de la Fonda de Mama Clorinda. Se decía que la familia era poseedora de varios terrenos, edificios y automóviles, bienes obtenidos gracias a la persistencia de un negocio que era, sobre todo, una obra de caridad con el prójimo. Aunque también era sabido que la doña se dedicaba a la usura y que contaba con un arsenal de sobrinos que ejercían presión sobre los deudores. Las otras cantinas —una que incluía dos mesas de billar y la otra que, además, servía aguados de gallina— pertenecían a la misma familia de Mama Clorinda. Era en el primer local donde se la podía encontrar, detrás de un viejo mostrador de madera, o sentada bajo el dintel de la puerta en una silla mecedora. Las otras dos cantinas daban a la calle y, dado que las casas estaban construidas sobre el barranco que llevaba directamente al río, en los pisos subterráneos vivían hacinadas varias familias.

En la primera cantina las cosas no funcionaban de esa manera. En los dos pisos inferiores se habían montado mesas y sillas, barras y tubos de *table dance*, con una decoración precaria compuesta por afiches de mujeres desnudas, equipos de fútbol y algunos sombreros de charros mejicanos. En los dos niveles era posible escuchar música de antiguas rocolas que operaban con eficiencia, beber aguardiente y cerveza y ron, y pasar la noche entre el humo del cigarrillo y los gritos de los comensales. Esta información la había obtenido ya Veintimilla de una redada efectuada hace meses, quizás un par de años incluso, cuando las constantes denuncias y la necesitada popularidad del alcalde llevaron a que la policía montara un operativo para ingresar a los locales. Entonces descubrió —digamos “descubrió”, tal como señalaba el parte policial, porque conocíamos desde siempre las actividades de Mama Clorinda— que en los bajos del local de los sándwiches se había montado un espacio de dudosa actividad moral, tanto así que los

tubos de aluminio apostados en medio de uno de los salones hacían presumir que ahí, a horas no decentes, se desarrollaban bailes de carácter lujurioso. Sin embargo, no se encontraron habitaciones clandestinas que delataran que se trataba de un burdel, prostíbulo, antro o bulín. Debido a eso se determinó que la dueña-propietaria del local se pusiese al día con el cumplimiento de los requisitos para operar como bar —salida de emergencia, extinguidores y conexión wifi— y pagase una multa. Es sabido por todos que, además de la multa, Mama Clorinda depositó unos cuantos billetes tanto en el escritorio del comandante de la Policía como en los bolsillos de varios de los burócratas cuya labor podía entorpecer la noble empresa familiar.

Conocedor de esto, el teniente ingresó a la cantina pensando que, detrás de lo que se ve, siempre hay algo oculto, como el rostro que se intuye debajo de un antifaz. Quizás pensó que sería más o menos fácil recabar los testimonios de los meseros o de la propia dueña, incluso de algún cliente que a esa hora estaría libando. Pero al ingresar tuvo un mal presentimiento. Había en el ambiente, flotando como un fantasma, un aire disuelto, vago como si el local hubiese sido recientemente desinfectado. No había rastro de persona en las mesas o en la barra. Dos o tres luces alumbraban la espectral sala principal. Pudo calcular cuarenta metros de superficie. Había un biombo con motivos chinos en una de las esquinas. El teniente caminó hasta allá para verificar de qué se trataba. Reconoció una silueta masculina pintada en la puerta. Al abrir, creyó contar cinco o seis urinarios, unas cuantas tazas sin puertas, y estuvo tentado de encender un cigarrillo. Desde afuera llegaba el tremolar del río crecido que horadaba las piedras. Siguió mirando el espacio: era una sala vacía como aquellas que esperan la llegada de los invitados a un matrimonio. En el techo estaba todavía una estructura metálica. Parecía una parrilla de luces. El teniente las había visto instaladas en algunas discotecas de la ciudad. Se imaginó que de ella de-

bían colgar luces de neón, semáforos de colores y al menos una de esas esferas clásicas de las discos. Era evidente que el lugar había sido desmantelado, no del todo, sino despojado de aquellos elementos que pudiesen resultar comprometedores. ¿Comprometedores?, se preguntó el teniente, como si estuviese en un interrogatorio. Lo dijo en voz baja. Solía hablar consigo mismo frente al espejo de su baño, o cuando caminaba por las calles con alguna idea en ciernes, o al manejar por la avenida que circundaba la ciudad. Entonces, escuchó los pasos —un taconeo que se deslizaba por el piso de madera, el crujido de una tercera pisada— y regresó rápidamente a mirar, al tiempo que la mano derecha instintivamente buscaba su arma de dotación, una Beretta 92, guardada en la funda junto a las costillas. Por un momento se espeluznó ante la aparición: un pigmeo, un bulto con piernas y un bastón, cubierto por una manta negra. Apenas se lograban distinguir los diminutos ojos oscuros. Un segundo después, como si emergieran de las paredes o del suelo, aparecieron dos tipos fornidos, peones de un ajedrez de carne y hueso.

—No se asuste, mi señor —le dijo la voz, mientras se descubría el rostro.

—Por poco me mata... —respondió el teniente al mismo tiempo que se arrepentía por demostrar su vulnerabilidad.

—No hace falta la violencia —dijo la mujer, observando la pistola del teniente. Un breve resplandor sobre el metal.

—...

—Lo vi en sus ojos.

—¿Qué cosa?

—El miedo, mi amigo.

El teniente Veintimilla estuvo tentado de preguntar de quién se trataba, asumiendo así su autoridad, pero se calló. Pese a la escasa iluminación, descubrió la figura de Mama Clorinda. Era ella a todas luces, aunque lucía más vieja que

en la foto del archivo policial. Él la había visto, como todos nosotros, a lo largo de los años, siempre la misma, como si la vejez fuese una condición natural, irreversible desde el inicio de los tiempos. Y luego, ya devenido policía, constató esa idea al mirar la foto en los archivos. Pero ahí, frente a ella, con el ritmo cardíaco que comenzaba a estabilizarse, el teniente comprobó que la eterna Mama Clorinda —la arrugada mano huesuda, cubierta por lunares, aferrada al bastón— podía envejecer aún más. Sus sobrinos: macizos robots de breve factura. Tres figuras meninas, como salidas del cuadro de Velásquez, debió de pensar el teniente.

—Bonito juguete...

—Sí, sí —dijo al tiempo que guardaba su pistola en la funda.

—¿Qué lo trae por aquí, mi estimado teniente?

—¿Me conoce?

—Quién no, señor. Aquí todos nos conocemos, ¿cierto?

—Cierto. Quería hacerle unas cuantas preguntas.

—Estoy a sus órdenes.

—¿Supo usted del asesinato de...?

—Fue una lástima, una verdadera lástima, un hombre tan, digamos, correcto. No, es que ya no se puede vivir en paz. Cómo se ha puesto la vida, es francamente terrible, solo nos queda encomendarnos a Nuestro Señor...—¿Usted lo conocía personalmente?

—Jajá, no, no. Es que, verás, nosotros no frecuentábamos los mismos círculos sociales.

—Me imagino, ¿entonces cómo se enteró...?

—Como todos, por los periódicos. Oiga, ¿y cómo permitieron publicar esa foto tan horrible? No, no hay derecho, es que la gente es terrible.

—¿Nunca frecuentó este...?

—Local de entretenimiento, teniente —dijo mientras golpeaba el piso con el bastón—, así es como lo llaman en el municipio. Pues, la verdad es que no le podría decir con

seguridad, porque, ya sabe, aquí viene bastante gente, no se crea. Quizás alguna vez vendría, ahora no estoy segura.

—¿Piensa cambiarse a otro local?

—¿Por qué lo dice?

—Veo que algunas cosas ya no están.

—No, teniente, solamente estamos limpiando el lugar, ya sabe cómo es, se acumula la basura.

—Señora, me han comentado que aquí se celebraban fiestas...

—Ja, teniente, usted sí que es gracioso: la vida es una fiesta.

—Ya, pero usted alquilaba este local para reuniones de poetas, recitales, los llaman, y luego se armaban fiestas.

—¿Es una pregunta o una acusación? Porque hasta lo que yo sé, los poetas son gente buena, cierto, ahora claro que les gusta darse sus licencias, de eso ya no doy fe porque, cuando venían, yo les preparaba lo que me pedían y luego eran los encargados, mis sobrinos, los que vigilaban el asunto.

—Entonces es verdad.

—Bueno, no tengo por qué negarlo, todo ha sido cumpliendo las estrictas ordenanzas de nuestro queridísimo municipio.

El teniente empezó a detestar el tono arrogante y cínico de la vieja. Era evidente que no le contaba todo lo que sabía. Así que se dispuso a marcharse. Dio dos o tres pasos, ante la mirada fija de Mama Clorinda. Había en su rostro una mueca de desprecio. Las encías rojas y algunos dientes de oro.

—Antes de irme, señora, dígame, ¿esos tubos se utilizaban para qué tipos de baile?

—Jajá, teniente, pues para lo que se usan...

—¿Podría hablar a solas con sus sobrinos?

—Mi teniente, ellos saben lo que yo sé, no ve que somos una familia sin secretos —dijo mientras los dos so-

brinos festejaban el comentario de la tía con disimuladas sonrisas pasajeras.

Al salir, todavía se escuchaba el golpe seco del bastón.

Fue cuando abandonó el local y recibió el viento que ascendía desde el río —eso habríamos de decir meses después mientras especulábamos sobre los detalles de la investigación—, cuando el teniente sintió que, aunque intuía el sendero que debía transitar para desenredar el ovillo, se hallaba todavía en un camino quebradizo. Se dirigió a su departamento. Era el mismo lugar donde había vivido los últimos diez años. Sesenta metros cuadrados en un condominio apartado del centro. Irónicamente la urbanización se llamaba El Paraíso —quizás porque en los planes iniciales constaban amplias zonas verdes y caminos de flores que, hasta la fecha, no eran más que líneas y círculos trazados sobre papel vegetal— a pesar de hallarse a unos doscientos metros del río, entre viejos árboles de eucalipto y espeso ramaje agreste. En las madrugadas era posible escuchar las feroces peleas entre perros y ratas que se superponían al permanente rumor del río. Algunos días, sobre todo cuando el viento parecía emerger de las aguas, era casi imposible soportar el vaho nauseabundo que se esparcía como una plaga de langostas. Las escasas luces nocturnas cubrían zonas mínimas de parqueaderos y sendas entre la docena de edificios, de seis pisos, en los que vivían medio millar de personas.

El teniente subió las gradas que lo llevaban al quinto piso y maldijo, una vez más, la ausencia de un ascensor. Al ingresar a su departamento percibió el olor concentrado a cigarrillo. Abrió una de las ventanas. Unos minutos antes se había cruzado en la entrada con una pareja de vecinos. Era un matrimonio sin hijos que, de rato en rato, armaba bochinchas festivos. Él parecía uno de esos antropólogos de la nueva era y ella, la que mantenía la casa, una de esas coquetas vendedoras de seguros siempre con minifalda y zapatos sin medias. Algunas noches, los amigos de la pa-

reja —un grupo de maltrechos trotamundos que parecían haber sobrevivido a alguna guerra de guerrillas— tocaban guitarra y reían como estúpidos hasta la madrugada, entonando canciones de trova cubana. En más de una ocasión le dijo a Acevedo que bien estaría revisar sus antecedentes para ver si, por algún lado, les podían caer a esos comunistas de mierda.

A pesar de considerarse un hombre más o menos disciplinado, en los últimos días Veintimilla había descuidado el aseo doméstico. Platos y tazas se acumulaban en el lavadero, así como restos de queso y migas de pan sobre la mesa del comedor. Varias prendas de ropa estaban apiladas sobre las sillas de la sala, así como los libros de poesía que, de tanto en tanto, releía. Caminó hacia el baño y, tras tomar el libro del profesor y encender la luz, se sentó en el inodoro. Al terminar, tiró la cadena y esperó a que todo el material desapareciera. Era un baño viejo y debía, casi siempre, accionarlo al menos dos veces para que, por fin, pareciese limpio. Antes de salir, vertió desinfectante en el agua del inodoro, tomó un cepillo y, como una acción metódica e insustituible, limpió los restos de su propia humanidad. La casa podía ensuciarse pero el baño jamás, sería una licencia que el teniente no estaba dispuesto a darse. Buscó en el botiquín que estaba sobre el lavabo una pastilla de Urosín, constatando que le quedan tres, y bebió agua directamente de la llave. Salió del baño y se dirigió a la sala. Cerró la ventana, apagó las luces. En su habitación, a través de los cristales ingresaba el tenue resplandor de la luna. Se quitó los zapatos. Apagó el reloj despertador y se dispuso a dormir.

En el centro de la pista apareció La Divina. Era una negra alta y esbelta, como una pantera de dos piernas. Empezó a interpretar *I Will Survive*. Un chorro de luz caía sobre la peluca de cuarenta centímetros de altura. Vestía un ceñido traje cebra que revelaba los hombros y los brazos, las piernas y los potentes cuádriceps. Durante unos minutos bailó con soltura sobre los tacos de aguja, subrayando los gestos del rostro. Luego llegó el turno de Lady, una réplica menuda de Marilyn Monroe. Con la sonrisa aprendida, el lunar falso en la mejilla izquierda y un vaporoso vestido blanco, trataba de simular la escena de la actriz sorprendida ante el viento que producen las rejas de la ventilación. Al teniente, oculto detrás de unos de los pilares de la disco, le pareció que esa diminuta Lady tenía algo de la sobrina del profesor asesinado, como si la hubiesen deshidratado. Solo entonces se percató de que se hallaba en la cantina de Mama Clorinda.

Cuando Lady terminó de interpretar *La loca*, las luces se apagaron durante unos segundos ante el estruendo del público que repletaba el local. Al encenderse los reflectores, entre el estrépito renovado de los asistentes, el teniente descubrió la figura del profesor: caminaba entre las mesas de la cantina con un vestido rojo de generoso escote que dejaba libre la espalda y unos transparentes zapatos de plataforma. Parecía deslizarse sobre una pista de hielo. Reía y cantaba, *simulaba* cantar, haciendo la fonomímica de una canción de Donna Summer —*Hot Stuff*— que se escuchaba en la sala. Estaba maquillado con varias capas de colores rojos, amarillos, violetas, y enormes pestañas postizas. La boca roja y el bigote peinado hacia los lados. Una enorme peluca platinada, en forma de concha. Mientras bailaba entre las mesas, los asistentes —todos taciturnos poetas embriagados— lo aclamaban, le pellizcaban el culo y le lanzaban besos volados. El profesor llegó hasta la barra y bebió el contenido de un pequeño vaso de vidrio. Todo era un acto teatral, exagerado. En cada gesto,

en cada maniobra de su mano —la mano una paloma que finge ser una mano— el profesor parecía una bailaora de flamenco. La barriga ceñida al vestido parecía evidenciar una gravidez en los últimos meses de gestación. Al llegar al tubo abrió la boca y movió frenéticamente la lengua en círculos. Era una masa viscosa y rojiza, puntiaguda como la de una serpiente. Tomó con las dos manos el tubo y empezó a descender sobre sus rodillas al tiempo que movía las caderas con frenesí lascivo. Desde el techo, las luces de la esfera caían sobre el piso. Los semáforos colocados en las esquinas de la pista irradiaban esquirlas de luz sobre las paredes y el piso. De un instante a otro, una voz ronca que estremecía el local empezó: “Y con ustedes, señoras y señoras, la única-la fastuosa-la enigmática-la increíble: María del Río. Llegada recientemente de la tierra del olvido, esta diva popular, como vemos, es una especialista en los bailes españoles, haciendo gala de un gran conocimiento de la técnica y la improvisación. Su figura resulta un poema, un homenaje a la belleza del cuerpo barroco. Delicadas líneas del rostro, armonía de las formas anatómicas, fuertes tensiones de sensualidad infinita. María, María del Río: la única que hace del veneno un elíxir del amor. Se pasea a sus anchas, haciendo las delicias del público, del público quiero decir, pero, ¿por qué no?, del público también. Te amamos, María, te deseamos, te adoramos, María: diosa efímera del otro lado, diosa del más allá. ¿Dónde estuviste todos estos años? ¿Por qué nos abandonaste? Sin ti hemos sido huérfanos, pero ahora, redimida en la vida, estás con nosotros, ahora para siempre, para siempre, adorada belleza de incalculable fulgor, te amamos, te adoramos, ya te deseamos, María, María del Río, hermosa María del Río”. Y unas columnas de vapor mineral empezaron a brotar del piso e inundaron el salón de volutas de neblina. Los poetas gritaban, chispas y eufóricos, mientras proclamaban el baile: “Viva María, María, María del Río” decían, bufaban,

maldecían mientras el profesor desaparecía detrás de la cortina del vapor.

Al despertar, el teniente creyó que así debieron de suceder las cosas. Era una premonición, una escena diseñada por el lado oculto de la razón. Había que seguir el rastro de ese destello. Debía buscar a uno de los estudiantes que, según la señora de la limpieza de la universidad, organizaban sus fiestas desde los baños del alma máter. Encendió un cigarrillo y miró cómo el humo llegaba hasta el estucado. Se levantó, se preparó una taza de café y buscó una pieza de pan dulce. Estaba duro, así que lo remojó en el café, como lo hacía desde niño. En esos segundos, evocó la imagen de su madre. Debería cumplir noventa años si, hacía veinte o treinta años, no hubiese muerto de un infarto mientras dormía. Al menos tuvo una muerte dulce, le decían entonces los familiares. Su madre lo había criado con principios firmes: honestidad ante todo, era su lema. Y el teniente, a pesar de haberse convertido en policía —profesión que en principio parecía destinada a caminar por senderos opuestos a su credo—, tenía la firme convicción de que podía, en efecto, mantener esos principios. En una zona profunda de su memoria aparecía siempre el cuerpo mutilado de su amada Mariana. Terminó el café.

Al salir del departamento vio la silueta de un gato que descendía por las gradas. Afuera se encontró con un día nublado. Era evidente que, en pocas horas, se desataría la lluvia. Caminó un par de cuadras. Antes de tomar un taxi, observó, como en los últimos años, a una pareja de ancianos que se apostaba en las esquinas. Él vestía un traje sastre, viejo pero remendado, y ella, un vestido blanco, quizás matrimonial. Los dos hablaban al mismo tiempo, como si estuviesen en un eterno debate. No peleaban, nunca nadie los había visto trascender esa especie de pleito doméstico. Y, sin más, como si la escena hubiese terminado, se detenían, y en silencio, emprendían hacia otra esquina.

El chofer del taxi quería hablarle de las penurias económicas del equipo de fútbol que representaba, a decir de los hinchas, el luchador espíritu local, pues no se resignaba al inminente fracaso. El teniente Veintimilla dejó que el hombre lanzara la perorata, apenas respondiendo con monosílabos. Mientras se dirigía a la universidad miró a la gente que caminaba por la acera, junto a la orilla del río: eran rostros irreconocibles, nuevos, como si una oleada de personas hubiese bajado de cien aviones provenientes de un exilio prolongado. No reconoció a nadie. Circunstancia anómala en un pueblo en el que, hasta hace poco tiempo, todos eran más o menos descendientes, si no de las mismas familias, al menos de las familias de esas familias. Paraíso endogámico que, no obstante, apenas había engendrado pocos idiotas. El resto, esos seres limítrofes, aquellos que habitaban en otras zonas de la vida, también podían ser determinados a partir del cruce de apellidos castizos, estirpes indígenas o migraciones locales. Así, un individuo cualquiera, en pocos segundos, podía tener un identikit elaborado escrupulosamente a partir del cruce de los apellidos.

Al llegar a la universidad, empezó a caminar por los jardines de la Facultad de Filosofía. Encendió un cigarrillo y paseó sin prisa, con el mismo dolor en el dedo, por los senderos empedrados que juntaban a las diversas facultades. Pasó por Arquitectura, Artes y Literatura. Se sentó en la hierba bajo un sauce. Esta vez, dada la naturaleza de su pesquisa, había decidido dejar su vestuario habitual. Cambió la chompa de cuero negro, los pantalones de casimir y las gafas Ray-Ban, por unos desgastados *jeans* y un par de zapatos deportivos, se puso una camiseta blanca y una gorra de béisbol. Creía que así, en algo, disimularía esa forma tan policial de caminar, de mirar, de hablar. Y no se equivocaba. O quizás a los estudiantes universitarios les daba lo mismo que un hombre, a todas luces excéntrico en la comarca estudiantil, rondase por los jardines, o tal vez lo

tenían bien chequeado, observándolo en silencio, mientras él se creía un maestro del disfraz. Mientras miraba a los estudiantes caminar lentamente, con ese desparpajo de la vida que se cree infinita, o acostados en el jardín riendo a boca suelta, pensó que su vida, quizás, debió tomar otro rumbo. Se sentó. A lo mejor, si hubiese seguido su primer impulso, ahora mismo estaría disfrutando de una vida menos complicada, atareado con los deberes de los estudiantes de algún colegio. Aunque a todos nos parecía que su vida era más útil como teniente de la Policía, en él todavía latía con alguna fuerza su primer amor: la enseñanza. Había creído que podría dedicarse de lleno al magisterio, pero esa misma vida le tenía preparado otro destino. Su madre había sido profesora durante toda la vida y, quizás por eso —en esa usual y adolescente necesidad de ir a contracorriente— decidió optar por un camino tan disímil. Y ahora, era ya imposible regresar. Se regañó a sí mismo por sus flaquezas, por esos sentimientos temerosos. Basta, se dijo, como si de esa manera pudiese espantar a los fantasmas del pasado. Salió de la ensoñación en el momento en que una figura gigante se acercaba. Dada su postura, sentado en el césped, la figura le pareció, a contraluz, gigante y oscura. Al levantarse comprobó que era un estudiante, tenía al menos esa facha, y que era más pequeño de lo que le pareció al principio. Era un joven delgado, vestido de negro, con una incipiente barba que le ensuciaba el rostro. Tenía los ojos rojos y el aliento amargo del marihuanero. Eso lo supo unos segundos después, luego de que el joven empezara a hablar. Parecería, es un dato más o menos certero, que el teniente Veintimilla y el joven, luego de cruzar unas cuantas frases, se dirigieron a la cafetería universitaria y se sentaron en una de las mesas exteriores. Ahí, apostados, mientras algunos rayos de sol se abrían paso entre las capas de nubes, sostuvieron el siguiente diálogo:

—Entonces me decías... —dijo el teniente, retomando las frases que pronunciaron momentos antes, cuando todavía se hallaban en uno de los jardines de la universidad.

—Mire, teniente, usted sabe cómo son las cosas, lo que se hace se paga, ¿sí me entiende?

—Más o menos...

—Hay momentos en la vida en los que la justicia obra por cuenta propia, y él tenía que pagar por sus actos.

—¿Qué actos?

—Verá: ese *man* se creía la gran papaya, o sea, el más sabido de todos, el más leído, el más inteligente. Pero así no son las cosas.

—¿Por qué me cuentas eso?, ¿sabes quién lo mató?

—No se acelere mi teni, todo a su ritmo.

—No me hagas perder la paciencia, mira que te llevo detenido y ahí vamos a ver si te haces el misterioso. —Al terminar la frase se arrepintió del tono con el que le había reprendido. Total, pensó, este tipo vino por su cuenta y, tratando de sonar conciliador, retomó la calma:— Bueno, bueno, regresemos al principio —dijo.

—Así suena mejor, mi teniente.

—¿Cómo sabes que soy policía?

—Aquí tenemos mil ojos... desde hace días que lo es-
perábamos, y usted se ha demorado mucho.

—Estuve hace poco...

—Ya, pero no buscó bien, ahora está en el camino co-
rrecto.

Los siguientes datos del diálogo resultan confusos, entre otras razones, porque Veintimilla no tenía la escrupulosidad de pasar las conversaciones a limpio, es decir, de transcribir los apuntes que tomaba en su libreta. De hecho, a lo largo de su carrera policial, habían sido frecuentes los llamados de atención de sus superiores, debido a que los informes sobre diversos hechos eran ambiguos. Fue una

de las primeras recomendaciones que le hizo la comandante Carrión. Una semana después de asumir el cargo, ya en su despacho, lo recibió con la sonrisa profesional de una psicóloga. El teniente esperaba encontrarse con una oficina revestida con lo que él consideraba como irrefutables signos femeninos, pero no halló ni flores ni fotografías familiares, tampoco tapetes tejidos sobre los que descansarían los partes policiales o los informes forenses. Una vez sentados, al tiempo que en la ventana posterior al escritorio se miraban el vuelo fragmentado de unas palomas grises, la comandante le dijo que había leído sus reportes, también los informes de sus superiores y, dado que se hallaba en la misión de potenciar la institución, le conminaba a que corrigiera algunos errores detectados, como los insuficientes datos que acompañaban los registros de sus investigaciones. Luego le recalcó que confiaba en su capacidad y que esperaba —lo dijo ya no con voz familiar sino con el acento del superior que se dirige a su subordinado— que implementara su disposición. Antes de salir, el teniente se detuvo en el rostro taciturno de la comandante. Quizás el cargo de alta responsabilidad había afectado su vida privada. Se imaginó que su esposo —entonces al frente de un proyecto hidroeléctrico en el sur del país— no estaría tan contento con la nueva situación laboral. Por lo que sabía —eso se lo había dicho Sánchez— la señora Carrión todavía no tenía a sus hijos con ella, debido a las dificultades de trasladarse a un nuevo hogar. Los hijos cursaban los primeros años del colegio, y debían terminar el año escolar para juntarse con su madre. El teniente aceptó las disposiciones de su superior, sin emitir protesta alguna. No quería decirle que él haría las cosas como le diera la regalada gana y que ella debía fijarse en los resultados de sus investigaciones y no en los estúpidos detalles burocráticos. Por ello —dado que no hizo el menor caso a lo que la comandante le señaló— en esta investigación obró de la misma manera en la que se había desenvuelto a lo largo de su carrera: apuntó en

la libreta las primeras frases del testigo y, a medida que avanzaba el interrogatorio, consignó algunas palabras, una frase incompleta en el mejor de los casos, y luego dejó las páginas en blanco. Con ese material era imposible redactar un informe completo, a no ser que el teniente se inventara los testimonios, cosa que no haría: era, para qué negarlo, descuidado, pero jamás mentiroso.

Lo que se sabe con certeza es que Veintimilla, luego de la charla mantenida con el estudiante, fue a su oficina y solicitó los recursos para continuar la investigación en Guayaquil. Debía salir al día siguiente. En las primeras horas de la noche acudiría a una cafetería cerca del parque central donde algunos poetas y escritores solían reunirse con frecuencia. Tenía todavía dos horas para llegar hasta la Honorato Vásquez, calle en la que se encontraba el café Lisboa. Se recostó sobre su viejo sillón de cuero y levantó los pies sobre el escritorio, no sin antes quitarse los zapatos. Aunque su oficina era un espacio compartido con Sánchez y Acevedo —a esa hora cada uno en lo suyo—, a veces le llegaba un arresto de pudor. Entonces prefería comportarse como un caballero. Pero ahora, incluso a riesgo de que censurasen su comportamiento, se habría quitado los zapatos de todas formas, pues sus pies se lo pedían a gritos. Al diablo con el pudor, la vergüenza o las recomendaciones que, seguramente, pronto le haría su comandante. Qué le importaban los protocolos de convivencia. No sería la queja de sus compañeros, pues conocían sus mañas, sino la propia voluntad de la señora Carrión por adecentar el comportamiento de los policías, lo que la llevaría a vigilar hasta las prácticas penosas de sus subordinados.

Durante unos minutos cerró los ojos. Era un estado de duermevela que le sobrevinía de tiempo en tiempo. No estaba seguro, pero creía hallarse frente al cuerpo rígido y deshidratado del profesor. No estaba en su ataúd, dentro del mausoleo familiar —lugar en que él mismo, días atrás, había visto cómo era depositado ante el llanto contenido de

su sobrina Marieta y los rostros compungidos de una docena de dolientes—, sino que estaba apoyado en la puerta de fierro. Parecía un guardián silencioso, una figura esquelética que vigilaba a su otro, a ese cuerpo que yacía dentro del ataúd. Era un juego de dobles, de espectros y sombras. De un instante a otro, el profesor —es decir, devenido ya en muerte, cuerpo que se oxida y se seca— abrió los ojos y se desplomó como una lluvia de huesos, al tiempo que Veintimilla despertaba. Entonces miró Sánchez. Tenía un gesto de alegre estupor al descubrir a su colega acostado sobre la silla y con los pies sobre el escritorio.

—Compadre —le dijo—, mata perro, solo le falta la gota de baba cayéndole de la boca.

—¿Ah? —respondió el teniente, todavía desconcertado al hallarse nuevamente en el mundo de los vivos.

—Vea, quería preguntarle si este domingo, ya que estamos francos, vamos al fútbol.

—No, no —dijo el teniente ya más repuesto—, debo salir de misión.

—Si descendemos será también por tu culpa, cabrón, el equipo requiere de tus dotes de hinchita fiel —le dijo y sonrió.

Antes de dirigirse al café Lisboa, el teniente entró a una farmacia y pidió Urosín o algún fármaco genérico, pero, como en días anteriores, el dependiente le dijo que estaban a la espera de las medicinas. Compró unas cuantas pastillas de Feldene Flash. Unos minutos después, sin darse cuenta, llegó a La Colmena: la misma pastelería a la que había llevado a Magda en la primera cita. No supo bien cómo vino a parar a ese punto, quizás era una trampa de su cabeza. Durante los minutos que caminó no era consciente de lo que hacía. Transitó impulsado por una voluntad que no era la suya, como si alguna fuerza secreta lo impulsara a cruzar una esquina, esquivar a los peatones y esperar a que el semáforo se pusiera en rojo. La ciudad le pareció un laberinto. La noche era una fiera de diseminados filamen-

tos azulinos. Ahí, de pie frente a la puerta Lanfor, recordó aquella tarde de domingo con Magda. Debíó pasarla a buscar hacia las tres de la tarde. Las últimas semanas había movido las fichas con precisión, y de la primera reacción que tuviera Magda cuando el teniente, luego de realizar un depósito en su cuenta de ahorros, le la invitara sin más a tomar un café ese domingo, las cosas habían tomado un giro drástico. En la mirada de la muchacha, semanas atrás —ella al otro lado de la ventanilla— se evidenció un signo de sorpresa, pues aunque estaba más o menos acostumbrada a los coqueteos de los serranos —propensos genéticamente a rendirse ante las curvas de las mujeres costeñas— hasta ese momento ningún hombre había tenido la desfachatez de lanzarle los perros, en plena jornada laboral, mientras le devolvía la papeleta del depósito. La mirada del teniente la intimidó. Quizás no era la intensidad que Veintimilla creía poseer, sino una confusa dosis de tristeza y dulzura. Al menos eso es lo que ella le dijo, un par de días después, cuando el teniente la esperó a la salida del trabajo. Caminó a su lado, disculpándose por su atrevimiento, pero qué podía hacer, le dijo, si se sentía hechizado. Magda aceptó el juego, aunque todavía con reservas. Ella, como buena mona, sabía que los serranos se volvían locos, pero era una locura momentánea, ese frenesí impulsado por la fiebre de la entropierna. Al salir de su natal Chone —la tierra de las mujeres más hermosas del país, según rezaba la mitología nacional— su madre le recomendó repetidas veces que se cuidara de los serranos, y ella —a pesar de no ser la virginal muchacha que sus padres creían— hizo todo cuanto pudo para sortear los continuos embates de los cantarinos seductores, hasta que llegó Veintimilla. Había algo en él —quizás, en efecto, esa aparente fragilidad que Magda había detectado en los ojos del conquistador— que la atraía. Aunque el teniente le llevaba sus buenos quince años de diferencia, la escultural manabita se dejó llevar, y el teniente, aun cuando logró su cometido a la tercera

cita, decidió que seguiría con ella. Para el teniente, la niña Magda necesitaba que alguien la cuidara, y así, con ese argumento paternal, empezó su proceso de educación sentimental. Pero la chica no tardó en mostrar su carácter, una condición de la personalidad que el teniente pensó que estaba oculta debajo de la piel de cordero. No. Magda no era la mansa paloma que el teniente creía, nunca lo sería, confirmaría más adelante el teniente, una vez que sus ojos de enamorado se abrieran a la luz del entendimiento. Pero no lleguemos a tanto —después de todo, estas son algunas de las conjeturas que diseñábamos en alguna cafetería, ante la necesidad de imaginar la vida de nuestro teniente—, es mejor detenernos en esa tarde de domingo cuando la pareja de futuros enamorados ingresa a la pastelería La Colmena. El local tiene tres mesas con pequeñas sillas a su alrededor. Aunque vende helados y café, los dulces —cachitos de maicena, rosquillas y diversos confetis— son su mayor atractivo, así como la diversidad de panes. Magda ha pedido dos cachitos y una copa de helado de leche, y el teniente la misma dosis. Es posible que el teniente hubiese tomado una servilleta para limpiar una gota de helado de leche que hubiera quedado en la comisura de los labios de Magda, al tiempo que esta, aunque incómoda, perfila una sonrisa. Entonces se disponen a salir.

—Ignacio —le dice Magda—, ¿y ahora qué hacemos?

Si bien el teniente tiene un departamento propio, prefiere subir a su Blazer y tomar una de las vías que llevan al aeropuerto y de ahí a los extramuros de la ciudad. Magda intuye el lugar al que se dirigen pero prefiere callar. Un par de horas después, salen del motel y regresan a la ciudad. Se ven enamorados, y el teniente, a pesar de mantener la actitud fría, profesional, tantas veces asumida, toma de la mano a Magda y maneja solamente con la mano izquierda. Meses después se casarán. Fue un matrimonio civil, al que asistieron unos cuantos colegas de la Comisaría de Policía —Sánchez, Acevedo y dos o tres más—, varios primos y

toda la familia de la novia, es decir, quince personas que bebieron y comieron sin reservas en la recepción que el teniente costeara en una hostería de la ciudad. Pasado el tiempo, llegaría ese día maldito: los celos, la violencia y la muerte.

El teniente observa la puerta cerrada de la pastelería y luego su reloj. Entonces se dirige a la cafetería Lisboa.

De estilo clásico, la cafetería se halla entre una pizzería y un bar karaoke. Alrededor de las veinte mesas, se distinguen una serie de habitaciones que son rentadas, usualmente, por turistas que visitan la ciudad por unos cuantos días. En las mesas, precisamente, están sentados, con sendos cocteles multicolores, algunos extranjeros. Al teniente le parecen mochileros o *hippies*. Visten prendas indígenas seguramente compradas en los mercados locales. En una de las mesas, casi ocultos debajo de las ramas de un inmenso árbol de capulí, están tres jóvenes que, dadas las características de los comensales, resultan lugareños. Sabe bien que son algunos de los poetas reconocidos del pueblo. A dos los identifica sin mayor dificultad, pues los ha visto en las fotografías publicadas en *El Meteorito*, en la sección Cultura. El uno es rubio, de pelo lacio y cerquillo, la otra es una chica entrada en carnes, de ligeras manos ondulantes. Los dos parecen discutir. El tercero permanece en silencio. Es más delgado y mayor a los otros dos. El teniente cree conocerlo pero no logra establecer el lugar o las circunstancias en las que le presentaran. Por un segundo se siente perturbado. Aunque nunca ha tenido una memoria particularmente prodigiosa, no ha vivido lagunas mentales. No es usual que mire un rostro sin que llegue el nombre o, al menos, a una referencia bastante próxima. Piensa en su abuelo, muerto en la completa soledad de un mundo vacío, extraviado entre imágenes que no reconoce. Quiere encender un cigarrillo pero se resiste. A todos sus males no debería incrementar un futuro enfisema pulmonar. Permanece apostado en una de las esquinas observando el local. Detrás de la barra está la *bartender*: una chica de trenzas y bandana roja en la cabeza. Dos meseros llevan platos con tostitos, guacamole y cervezas. En la pared posterior a la barra está una bandera de Portugal, así como una serie de fotografías en blanco y negro de una cantante. El teniente respira una, dos veces, para espantar sus miedos, y se dirige a la barra. Ordena un vodka. Por un segundo duda,

pues el alcohol incrementará sus niveles de ácido úrico, pero confía en la eficiencia de las medicinas que lleva en la chaqueta. La chica le sonríe. Debe tener treinta años. Tiene ojos negros cubiertos por una capa de maquillaje oscuro. Al teniente le parece que es de origen árabe. Es atractiva a pesar de la nariz aguileña de la que cuelga un enorme *piercing* con forma de alacrán.

—¿Quién es la cantante? —pregunta, al tiempo que señala a la mujer de las fotos.

—Se llama Amalia Rodríguez —dice la chica en un perfecto español—, es una cantante portuguesa de fado. ¿Lo conoces?

—¿Qué cosa?

—El fado, pues.

—No, en realidad no.

—Es la música popular de Portugal.

—¿Y usted también es de allá?

—¿De Portugal...? No, para nada. Soy boliviana.

El teniente cree que no ha escuchado bien, pues en su imaginación todas las bolivianas deberían ser indias vestidas con trajes de lana, desdentadas y melancólicas.

—¿Ah sí? —alcanza a balbucear.

—Sí, sí, de Sucre. Es una ciudad pequeña, parecida a esta. De hecho, muchos creen que son ciudades hermanas, aunque la verdad yo creo que esta es todavía más conservadora que la mía.

Veintimilla, al tiempo que bebe su trago, regresa a mirar a los poetas que continúan la discusión.

—No parece boliviana... —le dice, regresando la atención a la chica.

—Ya ves, pues sí. No todos somos indios.

—¿Lisboa? —pregunta el teniente, sin contextualizar la frase.

La chica duda durante unos segundos, quizás descubre que este es otro ser perdido en la nada. Uno de esos trashumantes que aparecen en la barra, con la soledad a

cuestas, solo deseando charlar, dar rienda suelta a las palabras que se agolpan en el cuerpo.

—Viví algún tiempo en Lisboa y, ya ves, como romántica perdida, presa de lo que los portugueses llaman *saudade*, decidí poner un bar que lleve su nombre. Seguramente te preguntarás cómo llegué hasta aquí. Ya ves cómo es la vida. Unos se quedan en un país por amor, por trabajo o por estudios. Yo me quedé por desamor. Estuve viviendo un tiempo con un escritor en Quito, varios años en realidad, hasta que nos separamos, pero contrariamente a lo que se podría suponer no decidí regresar a Portugal ni refugiarme en el calor de mi familia en Bolivia, sino que, casi como una forma de venganza, busqué todas la maneras de permanecer en el Ecuador, bastante tuve que sufrir para lograr la residencia, como para mandar todo a la mierda. De una cosa a la otra, llegué aquí...

El teniente, mientras la boliviana continuaba con su relato, miraba de reojo al grupo de poetas, hasta que decidió interrumpirla, justo cuando terminó de beber su vodka. Pidió otro y, casi dejándola con las palabras en la boca, se dirigió a la mesa de los poetas. Al entrar en el café ya había decidido que no se presentaría como policía. Esperaba que el vestuario —un traje negro y un buzo tortuga de blanco hueso— lograra ser lo suficientemente eficiente para disimular su profesión. Se acercó a la mesa y, sin decir nada, se sentó, con la confianza que otorga el anonimato. Los tres poetas lo vieron llegar. Parecía el gerente de una funeraria. Se callaron en seco. Fueron unos cuantos segundos incómodos, hasta que uno de ellos, el rubio de cerquillo, le dijo:

—¿Usted no es primo del suco Tamariz?

El teniente vaciló. Se arrepintió de su actitud. Era obvio que, mientras todos callaban, en sus cabezas estarían estableciendo las conexiones necesarias, buscando en el árbol genealógico alguien que se pareciera al hombre de negro. El otro poeta —ahora lo reconoce, es un veterinario

que tiene su consulta en un local junto al parque de las Flores— le dice, con certeza:

—Claro, claro, usted es primo del suco Tamariz. ¿Se acuerda que una vez llevaron usted y su primo a un pastor alemán con una pata quebrada? ¿Es policía, verdad?

El teniente siente vergüenza, no solo porque hay un acento irónico en las palabras que precisan su profesión, sino porque su camuflaje ha sido una estupidez. Y cree comprobar que ha vivido el primer episodio de extravío. En unos cuantos años, como dicta la tradición familiar, se hundirá en la espesa enajenación, en el olvido y en las formas frágiles de un mundo que desaparece ante sus ojos. Pobre viejo, dice Veintimilla, evocando la imagen de su abuelo. Es cierto, piensa de pronto, entusiasmado al constatar que su cabeza todavía funciona. Ahora recuerda el episodio: el pastor alemán de su primo —el suco Tamariz— desesperado al descubrir dos gatos enjaulados. Ladra como un condenado.

—¿Policía? —pregunta la poeta de graciosas carnes, con preocupación, al tiempo que ciñe su cartera a las manos. El teniente supone que ahí, dentro del plateado cuero, esconde dos o tres paquetes de marihuana, cocaína, quizás Xanax.

—Pero no me hallo en misión —dice el teniente, por fin, una vez que ha recuperado la calma. Quizás el vodka le ha permitido sortear la situación con aparente solvencia.

—¿Y a qué debemos su compañía? —pregunta el poeta del cerquillo con un tono de fatua complicidad, al tiempo que sus colegas miran expectantes.

El poeta veterinario enciende un cigarrillo y la poeta bebe un trago más de su cerveza.

—¿Conocían ustedes al autor de *Tribulaciones del encierro*?

Los tres se miran como si fuese un gesto convenido. Tal vez, piensa el teniente, estaban esperando que, tarde o

temprano, algún policía se presentara para formularles esa misma pregunta.

—Y quién no —dice el poeta del cerquillo—. A todas luces parece ser el jefe de la banda, el líder, maestro o voz mayor.

—Claro, cómo no —dice la poeta—. Era un conocido profesor de la universidad.

—¿Sabían que fue asesinado?

Los tres, aunque aparentemente congojados, casi no pueden contener las sonrisas.

—Ah, usted sí que dice cosas, mi don —dice el poeta del cerquillo—, en este pueblo corren las noticias más rápido que las aguas de los ríos.

—Yo fui su alumno en un curso que dictó sobre la poesía de Sarduy —dice el poeta veterinario.

—¿Sarduy?

—Severo Sarduy, uno de los más grandes escritores que ha dado Cuba. Una cobra de doble filo, capaz de envenenarnos desde la primera letra.

Algunos acordes de fado flotan en la cafetería, así como el sonido de platos, tenedores y cuchillos. Una risa estruendosa y un grito parecen llegar de la calle. El teniente cree que podría ser el mendigo del río y por unos segundos imagina que ingresa con una escopeta recortada disparando sin ton ni son; quizás una de las balas atraviesa el rostro de la boliviana.

—¿Cómo se desempeñaba en el aula? —pregunta el teniente.

—Pues... aunque no conocía a profundidad la obra de Severo, se dio modos para que nos dejemos seducir por las capas de su vida múltiple.

—¿La vida, qué tenía de múltiple?

—Esa pregunta amerita todo un seminario, señor...

—Veintimilla, teniente Veintimilla.

—Verá, *teniente* —dijo el poeta del cerquillo, enfatizando el rango para demostrar que sabía muy bien con quién

se hallaba—, con Severo y otros poetas, a veces, la vida es todavía más maravillosa que su propia obra literaria: un continuum de variaciones tonales, de resonancias dobles.

—¿Otros, como cuáles?

—Yo le digo —dijo la poeta, dispuesta a demostrar sus conocimientos—: Verlaine, Rimbaud, Lorca, Oscar Wilde, Reinaldo Arenas, uff, son tantos.

—Y no te olvides de Alejandro Magno, Sócrates y hasta el mismísimo Dalí.

—Dalí no —dijo la poeta—, ese era asexual.

—Y hasta el mismo presidente —dijo el poeta veterinario.

—¿Cuál presidente? —preguntó el teniente, sintiéndose desubicado. Aunque tenía clara intuición del sentido que traslucían las palabras, le molestaba encontrarse a merced de la solvencia de los poetas.

—El actual, ¿cuál otro habría de ser? —dijo el poeta del cerquillo—. ¿Acaso no ha escuchado del círculo rosa?

El teniente llamó la atención de la chica de la barra y pidió otro trago. En esos segundos trató de retomar la compostura, mientras los poetas continuaban con las enumeraciones de escritores, intelectuales y políticos que, según ellos, pertenecían a la infinita lista de hombres cuyas vidas eran *múltiples*.

—¿Dónde estuvieron la madrugada del 2 de enero? —preguntó Veintimilla acudiendo a la entonación aprendida en el oficio. Era una voz severa, que buscaba terminar de una buena vez con chistes e ironías.

—En mi casa, en mi casa, en mi casa, también —respondieron los tres poetas, uno tras otro, como si fueran el eco de la misma respuesta.

—Y alguno de ustedes me puede hablar de las Fiestas de la Primavera...

Entonces el poeta del cerquillo tragó saliva. Solo frente a esa pregunta —un disparo efectivo, ya no las mansas

balas de salva— pareció inquietarse. Luego de encender un cigarrillo y lanzar un potente chorro de humo, dijo:

—Bueno, usted sabrá que se celebraban hace, no sé, ochenta o noventa años en la residencia del poeta López. No se conoce con certeza si fueron varias fiestas o solamente una. Algunos especulan que la primera edición fue tan desastrosa...

—¿Desastrosa...?

—Mire, teniente, con los poetas se sabe cómo empieza la noche pero nunca cómo termina.

—No será lo contrario... —dijo el teniente, acentuando la intención. Se sentía lúcido, con los huevos en su sitio.

—¿A qué se refiere? —dijo el poeta del cerquillo, y sus acompañantes esperaron la respuesta del teniente como se espera la sentencia de un juez.

—Que se sabe, precisamente, cómo terminan...

—Jajá, usted no es lo que parece —se atrevió a decir la poeta y terminó su vaso de cerveza. Encendió un cigarrillo con gesto teatral y mientras el humo le cubría parte de los ojos, sonrió. El teniente creyó que era una sonrisa hermosa, a pesar de la desviación de los caninos. Es una vampiresa, pensó, vestida de negro, con el maquillaje exageradamente blanco.

—Pues, quizás sea eso —continuó el poeta del cerquillo—, lo cierto es que el poeta López, gran modernista, bajó de su torre de marfil para abrir las puertas del Palacio de Cristal.

—Es cierto —dijo el teniente, como si en medio del relato estuviese contemplando las escenas de un mundo conocido. En ese fragmento de tiempo, miró a su antepasado, su añorado abuelo, caminar vestido de capa, sombrero de copa, bastón y guantes blancos, con la elegancia manifiesta en su paso petulante, hasta llegar a la casa del poeta López. Adentro, iluminados por el atardecer que resplandecía en el techo del Palacio de Cristal, los poetas serían un solo

cuerpo, formado por brazos y piernas y rostros unificados en el crepitar de la carne.

El poeta del cerquillo, ajeno a las ensoñaciones del teniente, terminó de relatar lo que conocía y encendió otro cigarrillo. El poeta veterinario miró hacia la barra y solicitó otra ronda de lo que bebía, quizás un mojito o una caipiríña.

—¿Ahora ya no se celebran esas fiestas? —preguntó el teniente, de vuelta al interrogatorio.

—¿Fiestas de la Primavera? —dijo el poeta veterinario, evidenciando que estaba dispuesto a tomar la posta en las respuestas. El teniente afirmó con la cabeza y esperó a ver qué decía. Encendió un cigarrillo, a pesar de que, en el fondo de la conciencia, una voz, casi ahogada por el alcohol, persistía en manifestar sus temores hipocondríacos—. Pues, no. Al menos no esa única fiesta. Esa que dicen fue un desmadre.

—¿Entonces cuál es la versión actual? —dijo el teniente. Aunque el dedo del pie comenzaba a protestar, se sentía jubiloso. Definitivamente había vencido la disputa a esa estúpida voz de la conciencia. Se imaginó a un enano que se ahogaba en el ácido estomacal. Ahí, pensó, seguramente, muere todo.

—Mire, teniente —dijo el poeta del cerquillo, retomando su autoridad—, hay mecanismos de actualización de todo comportamiento humano, individual o colectivo, sin embargo las marcas, digamos así, esenciales, se mantienen. Y no solo me refiero a estas fiestas sino a cualquier otra forma de sacralización del cuerpo.

—El cuerpo, mi querido teniente —dijo la poeta jugando con el tono teatral de sus palabras—, es un templo, el reducto sagrado de la comunión ancestral.

Al teniente le pareció que todo era una estupidez, un suma inútil de palabras vacías, sin embargo creyó descubrir en los ojos encriptados de la muchacha esa línea turbia que impulsa el deseo. Miró, ya sin remordimiento, los

senos, infames, y se imaginó que podría hundirse en ellas, beber de su amargo licor, como un enano que corona las albinas montañas siempre deseadas.

El poeta del cerquillo, también achispado, continuó con su relato magistral, entonando las frases con cadencias teatrales y declives mustios. Era él, imaginó el teniente, solo en un escenario, con una luz cenital que le bañaba la rubia cabellera angelical.

—Como he podido descubrir en mi investigación —dijo al tiempo que el humo del cigarrillo brotaba de los labios como un manto volcánico—, la Fiesta de la Primavera apareció ante la necesidad de cuestionar la vigencia de la Fiesta de la Lira, un espacio conservador saturado de los viejos afanes de una lírica aristocrática. Los poetas de López, es decir, aquellos que buscaban otras formas de expresión, se sumaron a su proyecto modernista, y esa fiesta, como le dije, posiblemente la única que se celebró, debió ser un momento de esplendor epifánico.

—¿Y qué pasó con el poeta? —preguntó Veintimilla, tratando de escarbar un poco más en la vida del enigmático personaje.

—Dicen que murió en soledad... —dijo el poeta veterinario.

—En su torre de marfil... —dijo la poeta, llenado su pecho con dos resoplidos apesadumbrados.

—Es cierto —sentenció el poeta de sonrosadas mejillas de querubín.

—La muerte, teniente —afirmó el poeta veterinario—, es la única verdad del mundo. Si lo sabré yo...

—¿A qué se refiere? —preguntó el teniente dispuesto a escuchar la confesión del asesino. Por un segundo creyó que ahí, de una vez por todas, podría resolver el crimen del profesor. Era demasiado sencillo, pensó, pero a veces la verdad se esconde a vista de todos, es tan evidente, tan transparente que se vuelve invisible.

—En mis manos he visto cómo la vida se vuelve muerte. Las mascotas, teniente, eso lo sabe usted bien, son más que animales, son nuestros hijos, nuestros hermanos, y cuando decidimos que deben partir hay algo de monstruoso en la decisión, sin embargo es lo que cabe. Poner una inyección no es difícil, lo difícil es decidir que la vida, ya no el soplo de luz, se desintegra frente a tus ojos y los ojos de quienes han amado a ese perro, a ese gato, a ese caballo. En aras de evitar el dolor, el sufrimiento de ellos, quizás también el nuestro, optamos por cegar la vida. Es monstruoso, pero profundamente humano.

En ese momento sonó el celular del poeta del cerquillo. Al contestar, asumió un tono de voz serena:

—Dame un segundo, corazón, ya te llamo —dijo, mientras estrechaba el brazo del poeta veterinario—. López murió, en efecto, como dice nuestro querido amigo, encerrado en su torre de marfil, observando los atardeceres en su Palacio de Cristal. No se casó ni tuvo descendencia que se conociera.

—¿Qué tipo de poesía era la suya? —preguntó el teniente.

—Bueno, aunque no hay signos evidentes de poemas homoeróticos, los numerosos poemas donde celebra la belleza femenina bien podrían leerse como una sublimación o transferencia de su verdadero interés sexual, como pasa en Proust. Además, su celibato perpetuo, su recurrencia a la figura del efebo y su obsesión con la iconografía floral son características del imaginario gay —dijo como si se citara a sí mismo.

Al teniente le pareció que el poeta dictaba una conferencia y que con esa frase clausuraba el evento. Solo faltaban los aplausos y quizás algún ¡viva! Antes de pronunciar las últimas palabras, su teléfono celular volvió a sonar. El poeta contestó:

—Sí, amor, estoy por salir —exclamó con musical entonación—. Bueno, mis amigos, mi querido teniente, el

deber matrimonial me llama. Le dije a mi esposa que regresaría antes de las doce y, ya saben, hay que cumplir con las fórmulas del hechizo.

—Yo también me voy —siguió el poeta veterinario—. Mañana debo acompañar a mi hija, tiene una presentación en su escuela.

—¿Te llevo? —preguntó el poeta del cerquillo, dirigiéndose a la poeta carnosa. El teniente pudo notar en sus palabras algún eco del pasado, quizás una aventura pasajera perfilaba en la memoria como el vuelo fugaz de una luciérnaga.

—No, gracias —dijo la poeta para alivio del teniente—, voy a tomarme un último trago, y luego, seguramente, el teniente caballeroso me dará un aventón, ¿no es así?

Los poetas no esperaron la respuesta. Se levantaron, se dieron un abrazo entre sí, y luego besaron cada uno, simultáneamente, una de las mejillas de la poeta. Estrecharon la mano del teniente y se dirigieron a la barra. Durante los segundos en los que pagaban la cuenta, Veintimilla observó a la poeta. Había algo en su desparpajo que lo atormentaba. No era que le recordara a su Magda. En lo absoluto. La poeta era un ser emergido de la neblina, como un personaje de cuento gótico o una estela fantasmal apenas vista en una noche de insomnio.

¿Qué veía la poeta en el teniente, en ese hombre de aspecto huraño, de mediana edad, que trataba de investigar el asesinato del profesor? Eso nunca lo sabremos con certeza absoluta, aunque podemos imaginar que la noche siguió por un sendero más o menos marcado, como la estela de cocaína que se queda sobre una superficie lisa. Quizás podamos imaginar que permanecieron en la cafetería Lisboa, bebiendo amigablemente, mientras los clientes —sobre todo aquellos que habían alquilado las habitaciones del hostel— se retiraban detrás de las puertas de madera, pintadas de celeste, verde limón y fucsia, al tiempo que la música descendía, como si fuese la señal de que, una vez que se silenciara del todo, la noche llegaba a su fin. Tal vez se contaron

algunos secretos —al tiempo que la boliviana, mientras bebía sus propios tragos, los miraba como se mira una película que está por terminar—, aquellas verdades que permanecen escondidas en la memoria, como los cadáveres vergonzosos que se arrastran por la vida, esos secretos que se confiesan a los desconocidos, con el convencimiento de que éstos jamás los develarán. Quizás el teniente le contó sobre el drama de su matrimonio, la partida de su esposa, el silencio, prescindiendo del episodio de violencia. Ella se inventaría una historia intrincada sobre su vida, lo suficientemente irreal como para que el policía se diera cuenta de que se trataba de una ficción. El teniente conseguiría un taxi en la esquina del bar y llevaría a la poeta a su casa. Pasarían junto al río. Las luces de la acera contigua se derramarían mansamente sobre las piedras lustrosas. Algunas ratas saltarían sobre ellas, como expertas malabaristas. El teniente buscaría con la mirada el bulto del loco acostado junto al río.

La casa de la poeta, eso sí sabemos todos, tenía dos plantas y un hermoso jardín delantero donde se destacaban varios rosales florecidos. Estaba a una cuadra del Estadio. Antes de que la poeta se despidiese, Veintimilla probablemente pensó que debería besarla, atraerla para que constatará el ímpetu que lo atormentaba, pero no se atrevió. Ella se bajó y abrió el portón. Mientras caminaba sobre un sendero de piedras hacia la puerta principal de la casa, dos perros pastores alemanes se acercaron para acompañarla.

Diez minutos más tarde, el teniente subía las gradas que lo llevaban a su departamento. Una profunda desolación le inundaba el cuerpo. En unas horas debería salir para Guayaquil. Antes de acostarse, preparó unas cuantas prendas y las organizó meticulosamente en un bolso. Tomó la penúltima pastilla de Urosín y un Feldene. Estaba seguro de que el dedo del pie no le daría mayores problemas.

Afuera, el viento aullaba sobre la superficie vibrante del río.

Como la institución tenía escasez de recursos económicos, el teniente debió viajar por tierra, con los viáticos mínimos para dos días de investigación. En el camino dormitó, con la cabeza cayendo sobre sí varias veces, hasta que el calor de la costa terminó por hundirlo en el sopor. En medio viaje, la sangre bullía en las articulaciones del dedo y, para prevenir que el dolor se intensificara, se colocó otra pastilla debajo de la lengua. En la mañana, había tomado con una taza de café la última pastilla de Urosín. Cinco horas más tarde, descendió de la unidad 23 de la cooperativa Divina Niña. No se presentó en la comisaría local, tal como rezaba el protocolo, sino que se trasladó directamente al hotel La ensoñación, sobre la avenida 12 de Octubre, lugar que conocía de visitas anteriores pues era céntrico y le permitiría moverse con facilidad. Se registró, tomó una ducha, bajó a la recepción y llamó desde su teléfono celular a Báez, un amigo suyo de la juventud, al que había conocido en sus andanzas playeras. Luego de quedar con él por la tarde, tomó un taxi y pidió que lo llevaran a Samborondón. Desde ahí debía dirigirse al centro comercial Plaza Miami. Aunque no tenía idea de qué encontraría en la tienda de modas Duda's, era imprescindible que empezara ahí su investigación. Era un local amplio, en el tercer piso del *mall*, escondido en la parte final de un pasillo en forma de uve. Le llamó la atención la ornamentación déco, con formas circulares, blancas y negras en las paredes, y diversos sillones de cuero. En las perchas colgaban pantalones *lift* amarillos, fucsias y verdes, y chaquetas blancas, rosadas y de cuadros escoceses. En una de las mesas de centro —un espléndido mueble de granito negro colmado de estrías blancas— estaban colocadas en hileras superpuestas pajaritas de diseños jaspeados en colores estridentes y otras negras con círculos blancos, billeteras de cuero y monederos con incrustaciones de piedras falsas. El teniente recordó que en su ciudad, sobre la calle Padre Aguirre, había un local de ropa con caracterís-

ticas similares, cuyo dueño era conocido por sus vestidos estrafalarios y una vida de doble faz. Debía ir ahí, por si acaso, pensó, al tiempo que simulaba una sonrisa cómplice al ser examinado, desde el mostrador, por un joven de tez morena, delgado, anoréxico a todas luces, que vestía una ceñida camiseta blanca de cuello en ve.

—¿Busca algo en especial, señor? —preguntó el joven, claramente sorprendido por el tipo de cliente.

El teniente, mientras preparaba su maleta varias horas atrás, había metido dos camisas blancas, un par de zapatillas y un pantalón de pana. Ya en el hotel de Guayaquil desistió de vestir el mismo pantalón de casimir con el que había viajado y prefirió el pantalón negro de pana, a sabiendas de que el calor tropical —cerca de 32 grados en esas fechas— le calcinaría el cuerpo. Era claro que se trataba de un serrano, pensaría el dependiente, al percatarse de su ropa. Además, Duda's era una tienda exclusiva, cuyos precios ahuyentaban incluso a los curiosos que hacían de todo *mall* un espacio para la disipación. Sin quitar la mirada del teniente, el dependiente continuaba jugando con el iPad y tecleaba varios mensajes en WhatsApp. Veintimilla esperaba que el joven se acercara, pues había decidido que, en lo posible, debía parecer un cliente despistado y no un agente de la policía.

—Me gustaría una camisa —dijo el teniente Veintimilla, cuando tuvo a su lado al dependiente. Este era, en efecto, en extremo delgado, aunque tenía los bíceps marcados. Se imaginó que haría dieta tras dieta, comiendo y vomitando con regularidad. Llevaba un estrecho pantalón rojo y sandalias blancas que combinaban con la camiseta y los marcos de los lentes. Seguramente, pensó el teniente, eran lentes sin medida.

—A ver —dijo el vendedor—, usted debe ser *medium*.

—No —dijo el teniente—, soy *large*.

—Ay, no, señor. Yo creo que usted no pasa de *medium*
—dijo el dependiente con voz aflautada al tiempo que, de reojo, miraba hacia el bulto del teniente.

—Pues no, joven, sé muy bien mis medidas.

—Dígame Kike, así me llaman mis amigos... pues bueno, cada uno sabe lo de uno, ¿no es verdad? Tenemos varios modelos, ¿en qué color le gustaría?

—Quisiera en blanco o negro, porque es para un evento especial.

—¿De qué se trata?

—Es una Fiesta de la Primavera...

Solo entonces el joven miró con atención al teniente. Hasta ese momento, probablemente, pensó que se trataba de algún caballero perdido, quizás un hombre de edad mediana que se resiste a evidenciar su naturaleza. Alguien que todavía se hallaba escondido entre el vestuario de una falsa masculinidad.

—Ah, no sabía que se estaba organizando una... Qué raro, porque nosotros somos de los primeros en enterarnos —dijo y se puso las dos manos en las mejillas, acentuando de esta manera la evidente sorpresa.

—¿Cómo así?

—Usted no está para saberlo ni yo para contarlo —respondió y asentó el dorso de la mano derecha sobre la cadera mientras levantaba ligeramente la pierna—, pero muchos de nuestros clientes piden alguna ropa especial para la celebración porque, ahí donde nos ve, no solo tenemos ropa para el diario vestir sino que además preparamos trajes originales para fiestas de disfraces o para iniciaciones...

—¿Iniciaciones?

—Sí, pues, para los nuevos socios que ingresan en nuestra hermandad, a esas fiestas las llamamos de iniciación...

El joven se calló en seco, llevándose una mano a la boca con gesto excesivamente dramático. Había hablado más de la cuenta. Cerró el ceño, remarcando una profunda huella vertical entre las cejas. Se dio cuenta, pensó el teniente, y antes de que se evidenciara su desconocimiento, apuró la frase:

—Claro, claro, precisamente la mía es una fiesta de iniciación. Es que con los nervios se me olvidó...

—Ajá —dijo el dependiente pero era obvio que se en su cabeza se había encendido una luz de alerta—, no te creo nada de nada, ¿si sabes?

—Dime, Kike, ¿todos los chicos de por aquí son así tan creídos?

—¿Creídos, cómo así? —respondió Kike, con desconcierto. Es probable que hubiese pensado que el serrano le coqueteaba. Y entre el halago y el estupor, optó por seguirle la corriente—. Pues, no, la verdad, solo cuando nos tratan con grosería.

—Pero yo no he sido grosero.

—Ah, no sé, pero medio raro...

—Todos somos raros en el mundo, ¿no crees?

—Jajajá, sí, es la plena —dijo y jugó varias veces con sus pestañas de muñeca.

Para nuestra fortuna, esa misma tarde el teniente le relató a Báez casi todo lo que habló con Kike, por ello hemos podido organizar la escena con bastante precisión. Se encontraron en un bar-restaurant que daba hacia el río Guayas, donde también se vendían cangrejos, cuyo nombre no era propiamente original: La cangrejada de Agustín. Pidieron una jarra de cerveza para Báez y una botella de agua para el teniente. Brevemente, le comentó que tenía un episodio de gota, pero el amigo apenas creyó la historia y, tras verter la cerveza, pidió otro vaso para que el teniente lo acompañara.

Se acomodaron en la terraza del segundo piso en la sección de fumadores. Una ligera brisa ascendía desde el río trayendo consigo un aroma a dulce descomposición vegetal. Era como si estuviesen junto a un cañaveral. Algunas olas surcaban las aguas del río a ritmo constante, acompañadas de un breve silbido. A escasos centímetros sobre el espejo del agua sobrevolaban unas cuantas garzas.

Hacía varios años, al menos diez, pensó el teniente, que no había visto a Báez. Algunas canas pintaban las sienes y la barba estilo candado. No había perdido mucho pelo aunque la frente lucía más amplia. Un día antes, cuando estaba todavía en su oficina esperando sus viáticos, lo recordó con nitidez: lo había conocido por azar, una noche en un bar de la playa de Atacames. Él estaba acompañado de su esposa: eran evidentes los silenciosos acuerdos a los que llegan los casados, los gestos conocidos y las entonaciones con las que se dicen las cosas. Así mismo la presentó, cuando el teniente Veintimilla terminó la copa que bebía y se acercó donde la pareja a solicitar un encendedor. Resultó que Báez gustaba de la poesía y rápidamente se enfrascaron en un diálogo sobre la lírica de los poetas de la Generación del 27. Los dos compartían el gusto por García Lorca y, durante un par de horas, ante el aburrimiento creciente de la esposa, se dedicaron a recordar la vida y obra del poeta asesinado. A medida que las copas se terminaban, las risas

y las gansadas se tornaron inevitables. El teniente acompañó a la pareja hasta el hotel y se encaminó al suyo. Al día siguiente desayunaron juntos, ya sin la esposa que había preferido quedarse en el hotel simulando una jaqueca. El teniente recordaba claramente los ceviches y las cervezas que bebieron para combatir la resaca. La charla se prolongó hasta el mediodía en el mismo restaurante frente a la playa. ¿Era un mar verde, turquesa o caoba sobre el que el día se desleía como el hielo de las cervezas, o fue un día brumoso, apenas marcado por unos segundos de resplandeciente luz?, se preguntaba el teniente, enredado en una telaraña de imágenes. Cuando estaban nuevamente al borde del delirio alcohólico, apareció la esposa. Al teniente le pareció que se veía más guapa que la noche anterior: era alta, blanca, con firmes senos de silicona, y mirada desafiante. Sin más preámbulos, se disculpó y tomó de la mano a su esposo. “Tenemos que viajar en unas horas —le dijo— así que será mejor que duermas”.

Durante los años siguientes, mantuvieron alguna correspondencia mínima, gracias a la llegada de nueva tecnología. Esa mañana, cuando se disponía a viajar a Guayaquil, el teniente envió desde su computadora un *e-mail* a Báez comunicándole que iría a su tierra. Le pidió que le enviara su número de celular por esa vía. Mientras tomaba una caja de balas del armario para su Beretta 92, y comprobaba que tuviese la cédula y alguna tarjeta de crédito, recibió la respuesta de Báez con el número celular. Vaya agilidad, se dijo para sí, y salió de la oficina. Ahora, frente a frente, tantos años después, esa misma complicidad le permitió relatar sin escrúpulos el caso del asesinato del profesor. Le describió la escena del crimen y el curso de sus pesquisas. Se rieron juntos de la sobrina del profesor y de Noviembre, el gato endemoniado. Le habló sobre los personajes a los que entrevistó —la empleada de la limpieza, doña Fátima, el ridículo profesor que se creía Capulina, el estudiante soplón, todos como salidos de una absurda

comedia— y de cómo se sintió perdido en medio de la cantina que regentaba la vieja Mama Clorinda. Le contó, además, algunos datos del informe forense que escribió el Dr. Aulestia: la daga que ingresó por el abdomen destruyendo a su paso los intestinos, el páncreas, el vaso; los golpes en diversas partes del cuerpo, más de treinta, así como una serie de mordiscos y laceraciones de la piel. El informe concluía que el profesor no murió a causa de los traumatismos sino que la daga cegó su vida. El teniente le dijo que lo más ridículo de todo era la margarita —de largo tallo animal— que brotaba del culo del profesor.

—O sea —dijo Báez, deduciendo a partir de la información que le proporcionaba Veintimilla— que los hijueputas lo torturaron a sus anchas y lo mataron de una forma salvaje. El uso de la daga —continuó luego de beber un trago de cerveza— me parece que es un guiño al harakiri que, a diferencia del tradicional que se efectúa a manos propias, en este caso lo hicieron los asesinos. El teniente miró con ojos cómplices a Báez, tratando de evidenciar la coincidente percepción.

—¿Y cómo deduces que han sido varios? —preguntó el teniente, visiblemente intrigado por el uso que su amigo hizo del plural.

—Es obvio, maestro, tenían al menos que ser dos para generar tanta maldad. Y lo de la flor, pues parece cosa de payasos.

—En fin —dijo el teniente, y se animó a beber un poco de su cerveza.

Luego le relató el encuentro con los poetas en la cafetería Lisboa, aunque prefirió excluir cualquier información sobre la poeta de anchas curvas. Era preferible guardarse para sí toda muestra de sentimentalismo. Hombre de hielo. ¡Cómo no! Finalmente le contó el diálogo con Kike, horas antes en Samborondón, y cómo luego se encaminó a las escalinatas de Las Peñas donde pudo encontrar al dueño de la tienda de modas Duda's, sentado apaciblemente a una

de las mesas de su terraza desde donde pudo contemplar la serena quietud de las aguas del río Guayas y el regenerado Malecón. Algunos pájaros sobrevolaban el río en bandadas perfectamente alineadas, le dijo, y abrió los brazos, simulando ser él mismo un pájaro. La cerveza impulsaba el ánimo del teniente, mientras Báez, un tanto avergonzado, miraba de reojo a las mesas contiguas. Le contó, además, que don Vivanco —vestido de blanco, como un ángel bronceado— había respondido algunas preguntas y evadido las restantes, mientras a escasos metros eran vigilados por dos guardaespaldas. El empresario —uno de los millonarios excéntricos de la ciudad, que vivía cómodamente entre sus negocios de exportación de banano, inversiones financieras y las tiendas de ropa de moda— aceptó dialogar con el teniente a pesar de no tener una cita acordada, gracias a que se presentó como detective contratado por la familia del profesor para investigar la muerte del reconocido poeta provinciano. El teniente supuso, le dijo a Báez, que finalmente accedió a la entrevista debido a que, a través de la cámara de seguridad, don Vivanco descubrió que el teniente llevaba una de sus guayaberas con incrustaciones de falsos brillantes. De hecho, ya en la terraza del departamento, don Vivanco lo recibió con el cálido apretón de manos con que se reciben los viejos amigos.

—Veo que tiene buen gusto —dijo don Vivanco al tiempo que, con el pulgar y el índice de la mano izquierda, tocaba la tela de la camisa comprada en su local.

—Nunca es tarde —respondió el teniente y se dejó caer sobre la silla de mimbre.

El sol caía sin piedad, pero ellos reposaban bajo la sombra de los parasoles. Al poco rato bebían tranquilamente y fumaban, ajenos al mundo. El teniente aceptó un vodka con hielo, mucho hielo en realidad, pues creía que era la única manera de evitar que los niveles de ácido úrico terminasen por explotar. Aunque sabía que estaba perdido, debía sortear la situación con aparente solvencia. Un

teniente de policía, a pesar del dolor que le hincaba en las articulaciones del pie, debía mantener una serena compostura profesional. Veintimilla le relató a Báez que don Vivanco aceptó el hecho de conocer al profesor porque, desde hacía varios años, era un cliente asiduo de su tienda. A inicios de 2009, fue invitado, como tantos otros clientes, a la fiesta de Año Nuevo que tradicionalmente celebraba en uno de sus yates anclado en las costas de Salinas. Esas fiestas, le explicó don Vivanco al teniente, eran y son un tributo a las delicias de la vida mundana. Se bebía champán, *whisky*, vino y todas las combinaciones espirituosas que exigieran los invitados y, claro, aunque no lo dijo tajantemente, a veces se daban algunos excesos. Pero esa es la vida, mi amigo, le dijo don Vivanco, mientras el teniente empezaba el tercer vodka.

—¿Quiénes son los invitados frecuentes, don Vivanco?

—Usted debe saber, teniente, que ese es un dato que no puedo revelar. Mis clientes son como los pacientes para un doctor o los pecadores para un cura. Pero hay de todo: empresarios, futbolistas, políticos y, desde luego, gente del arte.

—¿Poetas?

—*Puetas*, críticos literarios y docenes universitarios, desde luego.

Veintimilla le dijo a Báez que don Vivanco acentuó la *u* de *puetas*, haciendo evidente su desprecio por los escritores de versos. Al terminar el relato, Báez le comentó que algo había escuchado sobre las fiestas que daba don Vivanco. En esta ciudad, mi Panamá —le dijo—, todo se sabe, aunque los detalles ya son cosa secreta o juegos de la imaginación. Báez, contrariamente a lo que pensaba el teniente, no se había dedicado a la poesía, como le dijo que lo haría diez años atrás, mientras se emborrachaban en las playas de Atacames. Luego del nada sorpresivo divorcio viajó a Nueva York, donde trabajó seis años reuniendo dinero para poner un negocio a su regreso. Y ahora

gerenciaba una cadena de pollos a la brasa con bastante éxito. Antes de terminar la charla, luego de varias jarras de cerveza, Báez le dijo que si alguien sabía los detalles de esas famosas fiestas en el yate de don Vivanco era Klinger, un escritor consagrado en la cultura local, pero que ahora, por desgracia, se hallaba recluso en un centro para alcohólicos. No te resultará fácil el acceso —le aseguró Báez—, pero hay cómo, ya sabes que todos tenemos un precio, y no te olvides de llevarle una botella a Klinger.

Aunque no lo sabemos con certeza, es muy probable que hubiesen terminado la jornada en algún cabaret admirando a las mujeres cubanas que, desde la reciente ola migratoria —gracias a la apertura de fronteras a iniciativa del gobierno nacional—, hervían en los centros del placer asalariado. O, quizás, como solía suceder habitualmente en la tormentosa mente del teniente, hacia la madrugada, justo antes de que los primeros rayos de sol pugnaran por entrar en la habitación, debió transitar por los meandros de la pesadilla. Entonces habría completado —con las licencias que otorga la ficción, el cuerpo agotado y los mililitros de químicos y alcohol que circulan por la sangre— la escena que le relatara oblicuamente el poeta del cerquillo alado, la noche anterior en el café Lisboa: la sala de la casa del poeta López recibe a una decena de poetas modernistas correctamente trajeados, con ondulantes bucles que caen sobre las frentes como colas de peludos gatos adormilados. Algunos llevan capas negras, sombreros de copa y bastones. Las puntas de los zapatos lucen desgastadas y cubiertas por una pátina de lodo seco. Han debido caminar por las calles adoquinadas o vadear algunos de los ríos que atraviesan el pueblo. Seguramente, a través del techo de cristal —el poeta López lo llama su Palacio de Cristal— puede intuirse el puntilloso tremolar de Venus. Acomodados en sillas de madera y esterilla, están sentados los bardos. Se destacan dos bargueños taraceados con carey y bronce, así como una serie de pinturas naturalistas que cubren buena parte de las paredes. Quizás algún adolescente poeta —eso lo intuye Veintimilla, oculto detrás de una columna— está en la famosa biblioteca del anfitrión embelesado en la magnífica colección de libros encuadernados en piel, al tiempo que el poeta López, mientras fuma con una boquilla, lo contempla: los dedos que acarician la piel de los libros, los labios entrecerrados, las luces que brillan en las pupilas. El teniente cree reconocer al joven que recibe los halagos de López. Es seguro, se dice para sí

mismo, mientras la mirada se acerca al rostro del joven. Hay en las facciones un ligero parecido con su propio rostro. Como si ese joven fuese él mismo —escondido tras la misma columna— cincuenta años después. Es evidente que el poeta —ahora acepta el dedo índice de López que le acaricia el cuello— es su propio abuelo, entonces todavía sin serlo, ajeno a que años después engendrará a un hijo que engendrará a otro que será él. Minutos después aparecen los dos —López y su abuelo— y empieza el recital. Uno tras otro, los poetas se levantan de sus sillas para leer sus versos. Alguno recita. De un momento a otro, la sala del poeta López se desvanece en una nube de colores azules y púrpuras. Ahora los poetas son otros —igualmente jóvenes como los modernistas llegados segundos antes—, pero es otra sala, en otro tiempo. Han reemplazado las capas y los sombreros de copa por chaquetas de cuero y boinas francesas. Solo su abuelo permanece en el mismo sitio, ajeno al mundo que se transforma, a la materialidad que se deja invadir por otra. El teniente determina que es la misma sala del poeta López pero en vez de los bargueños se encuentra un televisor y un equipo de sonido. El Palacio de Cristal ahora es un techo con estucos de color blanco. Tampoco están las sillas de mimbre sino butacas de cuero. Hay algo de confusión, como si dos escenas conviviesen en tiempos distintos. No obstante, detrás del decorado, se puede todavía identificar su verdadera piel. El profesor —recién ahora el teniente recuerda que se ha producido un crimen horrendo y que se halla en la misión de descubrir a los asesinos— llega desde el fondo de la sala, como antes lo hiciera el poeta López junto con el joven que lo acompañaba en la biblioteca— y se apostaba en el centro de la sala. A su alrededor, los jóvenes poetas —el teniente descubre a los tres con quienes conversara la noche anterior en el bar Lisboa— ríen sin prestar atención al profesor. Parece invisible. Y sin embargo recita algunos versos de *Tribulaciones del encierro*. El teniente reconoce la simpleza de los versos.

Ahora le resultan todavía peores. Le recuerdan la letra de alguna balada mejicana. El profesor exige, vocifera, se sacude, pero no logra la atención de ninguno de los asistentes. Entonces escupe. Es una ola de baba que se disemina sobre los asistentes. Una baba espesa que los cubre como si fuese el vómito de un gigante. López y su abuelo reciben el manto ácido que los disuelve. Ya no son piel ni carne ni órganos ni sangre. Apenas la suma de huesos que se resisten a caer. No hay marcha atrás. El teniente Veintimilla toma su Beretta y dispara dos, tres veces. El cuerpo del profesor, impulsado por la fuerza de la munición, se estrella en la pared posterior. Durante unos segundos, ensangrentado, permanece de pie, sosteniéndose en un bastón de madera, hasta que este cede y cae. El teniente cree ver un hilo de luz que surge del pecho y vuela despacio, ingrátido, hasta atravesar el techo que ahora, nuevamente, está conformado por una telaraña de cristales. Afuera el sol del atardecer vibra sobre la superficie, creando un estallido de mínimas formas brillantes. Parecen peces en el agua, estrellas marinas, anémonas, solitarios pólipos.

El teniente despierta. A pesar de estar desnudo suda como un gallo hervido. Un espiral de ideas se desvanece en su cabeza como si fuera la disolvencia de una película. El mundo del sueño y la realidad circundante se disputan a dentelladas. Al retirar la sábana que lo cubre, mira el dedo del pie. Está rojizo y brillante. Busca en su maleta las pastillas. No le queda ningún Urosín aunque tiene tres Felden Flash. Se levanta y camina al baño. Un millar de cristales le crispa los nervios del pie. En el baño bebe agua del grifo. Deposita una pastilla debajo de la lengua. A pesar del líquido que le recorre la garganta, la siente seca como la piel de un lagarto. Busca su arma. Está ahí, sobre el velador, dentro de su funda. No huele a pólvora. La munición está completa. Regresa a la cama y se deja caer. Le duele la espalda y el cuello. Debe ser la madrugada. Aunque se escucha algún auto que circula por la calle, todavía la vida

no ha resurgido. Se vuelve a dormir y despierta dos horas después. La luz ingresa por la ventana como el estallido distante de un disparo. Le duele la cabeza, el corazón es un músculo agotado.

Una hora más tarde el teniente Veintimilla se presentó en el hospital San Lázaro y, con el dinero que obtuvo de un cajero automático, convenció al jefe de seguridad que lo dejara pasar. Era un negro de canosas mechas rastafaris, más bien pequeño y de sonrisa inocente. Con unas libras visiblemente expuestas en el abdomen y gafas de marco rosado, hablaba como si todo lo que dijese fuese una fiesta. Había algo de obsceno en su trato, en la forma lasciva con la que colocaba los labios como si estuviese imaginando, siempre, que lamía alguna zona íntima del prójimo. A Veintimilla le pareció que él mismo —vestido con una bermuda militar y una camiseta roída del club de fútbol Emelec— era uno de los habitantes del psiquiátrico. Quizás el más orate.

—Me llamo Santana —dijo sosteniendo las eses como si fueran el eco de sí mismas—, pero dígame su Santa. Mire, mi don, la cosa es así: afloje billete y le doy unos minutos para que hable con nuestra lumbrera de las letras parias.

El teniente quiso preguntarle de cuánto hablaba pero le pareció una estupidez y le extendió unos cuantos billetes. Tampoco se atrevió a averiguar si quiso decir patrias o parias.

—Vea eso... Usted es gracioso, ¿sí sabe?, es cojudo pero me cae bien... con esto no hay posibilidad siquiera de ingresar a la jaula.

El teniente dobló la oferta, sabiendo que se quedaría solo con unos cuantos dólares, apenas los imprescindibles para regresar al hotel.

—Tiene el tiempo contado. Así que apúrese —le dijo como si fuese el presentador televisivo de un programa de concursos, mostrando una extraña hilera de dientes relucientemente blancos. El teniente supuso que el negro Santana, su Santa, se haría frecuentes tratamientos de blanqueamiento dental. Lo imaginó sentado en una silla de dentista, resistiéndose a lanzarse al cuello de la doctora, una gentil profesional de minifalda blanca y gráciles manos

que atacan la boca abierta, descomunal, del hombre. El negro lo tomó del brazo. Tenía una mano firme, con gruesos dedos velludos, y lo condujo a través del mugroso edificio.

—Mi don, aquí aguanté, no se mueva de esta esquina, las cámaras de seguridad no tienen acceso a este punto ciego.

En los segundos de espera, el teniente percibió, suspendido en el edificio, el olor fétido que emergía de las paredes, el piso y el techo. Era un vaho apestoso. Una mezcla de humedad, humores humanos y excrementos. Hacía calor. Quiso encender un cigarrillo pero recordó que le había dado los que tenía a Santana. Pensó que era una lástima no tener cámaras de seguridad en las calles de su ciudad. Habría sido fácil determinar a las siluetas que se escabulleron en la casa del profesor para terminar con su vida. Una nata silenciosa se percibía en el hospital, pues a esa hora, le dijo Santana, los pacientes se hallaban en los talleres de terapia en otra ala del edificio. Sin embargo, de rato en rato, se escuchaban unos quejidos prolongados que parecían llegar desde el más allá. Veintimilla creyó que, en otras celdas, estarían los médicos sometiendo a los pacientes a torturas experimentales a fin de desterrar los demonios que llevaban dentro. Alcohólicos, esquizofrénicos y ninfómanas vagaban por las noches entre los mohosos pasillos buscando el tridente del diablo. El teniente estuvo a punto de persignarse, pero se detuvo, al tiempo que se reprochaba por no tener el coraje para sortear la situación con prestancia profesional. Entonces, llegó Klinger. Lo reconoció de inmediato. El negro Santana les dijo que estaría unos metros más allá y que no trataran de hacerse los vivos.

Del siguiente diálogo ha sido factible una reconstrucción bastante próxima, dado que el teniente —raro en él— transcribió gran parte de la charla. La libreta en la que se consignara la información llegó a nuestras manos meses más tarde, cuando la comandante Carrión —luego de rastrear infructuosamente el destino de su subordinado— declaró al teniente como desaparecido y cerró el caso o lo archivó en el folio de pendientes, que es lo mismo. Ante la insistencia colectiva, Carrión no tuvo más remedio que admitir que esta libreta, así como otros documentos del teniente, les había sido remitida a través de un *courier* nacional. “¿Quién era el remitente?”, preguntamos. Y aunque no quiso declarar nada al respecto, todos supusimos —yo, que imaginaba ya la historia como el escritor imagina las palabras que anteceden al tecleo en la computadora— que habría sido Santana. Supuse que su Santa, al día siguiente, habría buscado a Veintimilla en el hotel que este, por un principio de sobrevivencia, le habría especificado. Se presenta en la recepción y, como si fuese lo más natural del mundo, le dice al incrédulo sujeto que lo mira entrar: “Habla care papa, vengo a recoger las pertenencias del polis, ¿sí sabes?”. Luego, el mismo tipo de la recepción, por miedo a que el negro le sodomice, lo acompaña a la habitación que ocupara Veintimilla. Seguramente todavía no la habrían limpiado y, sin mucho buscar, Santana encuentra la libreta del teniente debajo de la almohada, como se halla la prenda íntima de una amante o el diente de un niño a la espera de la recompensa.

Una tarde, quizás cuatro meses después de la entrevista que realizara el teniente al escritor Klinger, la comandante Carrión nos recibió en su oficina. Tenía el rostro tenso —en pocos meses de gestión ha encanecido y una huella profunda se advierte entre las cejas— y a regañadientes nos dejó revisar la libreta. Así son las cosas acá, mi señora, le dijo alguno de nosotros, y ella, aceptando que así mismo debía ser, se sentó en un sillón de cuero a unos

pocos metros. De reojo miraba su postura firme, como un cuervo camuflado en el follaje de un árbol negro. Era una libreta pequeña resguardada por el fino cuero austral, propicia para caber en uno de los bolsillos del pantalón. A pesar de la letra errática y minúscula del teniente, nos fue más o menos fácil determinar el sentido del interrogatorio.

“Nos quedamos de pie —escribe el teniente en su libreta— arrimados a la pared. La humedad me entra hasta los sesos. Klinger se presenta: tipo amonado, piel amarillenta, prominente barriga, escaso cabello pegado al cráneo, 1m70, aprox. Ojos perdidos entre las ojeras, labios morados. Posible origen: deficiencias hepáticas y consumo de basuco. Me habla con confianza y me pide que le dé la botella de aguardiente. No hay problema, le respondo, y extraigo la cabinera del calzoncillo. Quiero contarle que la puse ahí para evitar que me la quitaran en la garita. Pero me callo. Klinger sonrío. Se burla. Con esta huevada —me dice, subrayando *huevada*— tiene solo para tres preguntas. Le creo. Hay algo verdadero, detrás de su mirada desorbitada. Quiero decirle que era el único sitio donde podía esconderla, pero me arrepiento, otra vez, pensará que soy un cojudo. ‘¿Sr. Klinger, se enteró usted de la muerte de...?’. Klinger no me deja terminar, sonrío cuando le digo señor. Veo sus dientes ennegrecidos y la lengua morada. ‘Ese fue un asunto sucio, amigo, pero merecido’. ‘¿Sabe quiénes lo mataron?’, le pregunto. ‘Lo sabemos todos —responde— pero de ahí a que alguien se lo diga, es otra cosa. Mire —y se pasa el dedo por el cuello simulando una navaja— lo único que nos resta es la vida, aunque sea en este infierno’. ‘¿Asistió a las fiestas en el yate de don Vivanco?’. ‘Desde luego, amigo, esas sí eran fiestas de verdad. Todavía, cuando creo que me voy a morir aquí dentro, evoco esas escenas, me hago una paja y puedo dormir unas pocas horas’. ‘¿Quiénes asistían a las fiestas?’. ‘Eran tres preguntas, pero para que vea que soy bacán, si tiene cigarrillos le respondo la cuarta inquietud’. Busco en mi bolsillo, aunque sé que no tengo

nada, simulo que busco. Le miro con temor y le extendo un billete de diez dólares. El último. Tendré que regresar a pie. Klinger toma el billete y dice: ‘Eran fiestas propias, exorbitantes, frenéticas, sanitas al fin, solo de manes, ¿sí me entiende? Yo la verdad no le entraba a la cogida, pues no les hago la maldad a los miembros del mismo equipo, ¿sí sabe? Qué triste, yo le entraba al guaro, usted dirá pero medio raro que le inviten al *man* si no juega ese partido. Pero es que esperaban que yo escribiera una novela. Esa es la plena, así mismo me lo dijo Vivanco, el duro, santo patrón del pecado viril’. ‘¿Por qué dijo *sucio* y *merecido*?’. Veo el gesto de Klinger y me saco el reloj. Lo mira un par de segundos, se lo coloca en la muñeca de la mano derecha, y dice: ‘Mire, teniente, yo le voy a contar pero usted ya luego evalúe las cosas en calma y vea qué mismo saca a limpio, ¿sí me entiende?’. Asiento con la mirada. El negro Santana aparece, tiene la mirada encendida. Es medio diabólico. Le digo: ‘Dos minutos más’. Acepta y se da la vuelta. Otros quejidos se escuchan más allá de las paredes. ‘Vea —declara Klinger— ese veterano, su poeta, profesor de la patria desalmada, se pasó de la raya. Todo tiene su límite. Era un cabrón: se hacía el santurrón pero bien que se tiraba a los alumnos que necesitaban puntos para pasar en su materia, o se vendía en los concursos de literatura al mejor postor, o hacía negocios con los burócratas para obtener becas y viajes, todo una ficha, porque además, y eso el *man* lo sabía, era pésimo poeta, deleznable como pocos, ya nada. Yo no me hago el justo porque también he hecho lo mío, pero el veterano se pasó’. ‘¿Puede ser más específico?’, le pregunto, mientras Klinger mira mis zapatos con abierta codicia. ‘*Time over*’, me dice y, como si Santa hubiese estado esperando la frase, aparece y me toma del brazo. Antes de llegar a la puerta de salida del hospital, se presenta Klinger y me dice, al oído, ‘Pregunte por Virginia Ponce, en Quito, trabaja en el Banco Equinoccial’. Siento el hedor que emana de la boca pero quiero abrazarlo. Punto aparte: aunque he

salvado los zapatos me voy sin reloj. Sé que debo caminar diez, treinta cuabras, pero no me importa, ya nada queda, ya nada importa”.

En la puerta del hospital psiquiátrico, el negro Santana le palmea la espalda, es un gesto de complicidad. Mientras camina regresa a verlo. Tiene una mirada inocente, cínica. Al teniente le parece que, quizás, no sonríe todo el tiempo, sino que tiene una mueca, una parálisis facial. El sol se confabula con la humedad. El teniente debe pensar que se halla en el desierto.

Dos horas más tarde, Veintimilla se encerró en el hotel con una botella de vodka, sin que le importase el dolor del dedo y una creciente sensación de asfixia. Atribuyó el malestar a los efectos usuales que sufren los serranos poco acostumbrados al calor y la humedad. Ha caminado tantas cuadras, se ha perdido como solo un serrano puede hacerlo, ha preguntado una y otra vez cómo llegar a la avenida 12 de Octubre. Ha debido soportar la humedad de la ropa que se pega a la piel, a los genitales. La ciudad le parecía una broma, una de esas ridículas escenas de humor programado que se producen para que caigan los incautos. Finalmente, al doblar una calle descubrió el hotel. Entró en una licorería y compró una botella de vodka y una cajetilla de cigarrillos. Aunque la cajera desconfió un momento del cuerpo hecho agua que le pedía que le fiara, al comprobar que en efecto era un policía —la foto de la credencial mostraba un hombre, varios años atrás, pero definitivamente el mismo—, aceptó la propuesta. Mañana tempranito vengo y le cancelo, dijo el teniente, imprimiendo al cantado natural de sus palabras una dosis de teatralidad.

El hotel le parecía la misma entrada al infierno: húmedo y caliente, como el sexo de un monstruo femenino; los pasillos estrechos, oscuros, eran lenguas y dientes carnívoros que le lamían el cuello, la espalda, los genitales; del suelo parecían emerger mantos de lava; cada paso era un suplicio. Seguramente, pensó el teniente, un ataque cardíaco lo dejaría ahí, abandonado durante horas, hasta que alguien lo descubriese como un insecto deshidratado.

Ahora ya dentro de la habitación, al tiempo que miraba, apostado en la ventana disfrutando del aire acondicionado, a los peatones vestidos con guayaberas, creyó que no había como el frío de las montañas, qué hermoso le parecía el rumor de los ríos deslizándose sobre las piedras. Qué fascinantes eran sus atardeceres luego de que la lluvia terminase su baile de sonora humedad andina. Esos

arcoíris que se perfilan al final de la loma de Turi. Extrañó la complicidad entre los habitantes que se reconocen cada día, en cualquier esquina, en medio de la plaza o en la fila de un banco. Había en ellos una suerte de familiaridad, como si todos, finalmente, perteneciesen a la misma desgracia. Cómo deseaba encontrarse en su departamento, en esa soledad que le anidaba, que le imprimía una dosis de fe en el mundo. Pobre infeliz, se dijo para sí mismo y aguantó el llanto. Terminó el vaso de vodka. Habría preferido beber con Klinger en un bar, sin el temor de la vigilancia, sin el encierro infernal, acompañado también del negro Santana. Durante unos segundos creyó que podía ser amigo de los dos. Quizás un día me reúna con ellos en el hospital, pensó al tiempo que buscaba sus cigarrillos. Caviló durante las horas siguientes, mientras el cielo se tornaba naranja y luego daba paso a un manto de negra tristeza. Tenía un sinfín de preguntas acechándolo en la cabeza. A medida que se emborrachaba, se sentía vacío, como si el cuerpo fuese un conjunto de huesos, sin órganos, sin vida. Era un cuerpo ingrátido, etéreo, desdoblado. De un segundo a otro, creyó que ingresaba a un túnel del tiempo. Estaba consciente de sí mismo, pero también de que se miraba como se mira a otro.

Aunque no tenía experiencia, creyó que se encontraba en una trinchera, soportando la furia de morteros, cañones y balas de ametralladora que estallaban a escasos centímetros. No sería uno de esos soldados que espera a los enemigos con la mano firme y la bayoneta lista para insertársela en las entrañas. No. Quizás moriría en el primer ataque y, de sobrevivir, gracias al azar o a la suerte del tonto, preferiría cubrirse con los cuerpos inertes de sus compañeros, uno, dos días, hasta que todo termine. Entonces se levantaría de entre los muertos, cubierto de sangre, vísceras y excrecias, quizás con un brazo o el fragmento de un rostro sobre el pecho, de un cuerpo o de varios cuerpos que no identifica, para caminar por los

calcinados campos, segundos antes verdes y vivos, ahora cubiertos de cadáveres apenas visibles detrás del manto de humo y pólvora. Era un sueño, estallido de una realidad paralela, *déjà vu* o mínimo cataclismo cerebral.

Debió dormir con la ropa puesta, sin probar bocado alguno.

Al día siguiente —es la información que diera el recepcionista del hotel a Santana, luego de que este ya con la libreta entre las manos se dispusiera a cruzar la puerta de calle—, el teniente salió a eso de las ocho de la mañana. Minutos antes se sirvió el desayuno, incluido en el precio de la habitación. El recepcionista también le contó a Santana que él mismo le prestó unos cuantos billetes al policía, luego de que le enseñara la credencial. “El teniente le prometió hacerle un depósito en las próximas horas pero era dinero perdido”, le dijo el recepcionista a un aburrido Santana, desesperado por salir a la calle, porque ni siquiera le había pedido el número de su cuenta bancaria.

No sabemos con certeza, pero es de suponer que no regresó a su ciudad, sino que optó por comprar un pasaje de bus para Quito. En el terminal terrestre debió de buscar, con creciente desesperación, una farmacia para aprovisionarse de los fármacos que lo ayudasen a combatir el episodio de gota. Para su fortuna, encontraría un blíster de Urosín. Es posible que haya comprado un par de chancletas que, en algo, aliviarían la presión del dedo gordo. La Comandancia de Policía no quiso informarnos sobre los pasos que diera Veintimilla, en medio del sopor y la resaca, pero es factible pensar que las cosas siguieron el rumbo más o menos previsible. Él sabía que no había marcha atrás. Tal vez pensó que las cosas serían más fáciles o al menos más llevaderas si estuviese con Sánchez: su agudeza y sentido de humor permitirían sortear la situación con mayor prestancia. Quizás, pensaba el teniente, le habría dicho: “Fresco, compadre, sigue el camino trazado que, tarde o temprano, todo cobra sentido”. Quizás creyó

que, de estar con Acevedo, este le habría cuidado, evitando, como una enfermera personal —esa que, seguramente, acompañó a su abuelo cuando ingresó en el mundo del absurdo desconocimiento—, que se excediera en el alcohol o asegurándose de que tomara sus medicinas a la hora indicada, con el estómago lleno para evitar úlceras posteriores o complicaciones gastrointestinales. ¡Ja!, se rio el teniente, sin importarle que unos cuantos pasajeros listos para subir al autobús lo mirasen con extrañeza. Jajá, volvió a reír al confirmar para sí mismo que, de estar con Acevedo en esas tropicales tierras, estarían perdidos en el laberinto del delirio.

Las horas en el asiento, mientras el autobús pugnaba por romper el celofán caliente y se adentraba en la boca de niebla, debieron de resultar una tortura para Veintimilla. Estaba cansado y con una resaca que le crispaba los nervios y le aceleraba el ritmo cardíaco. El dedo del pie era una bola de carne brillante, apenas soportable gracias a la ingesta descontrolada de los poderosos químicos. Sin que le importase la reacción de los otros pasajeros, el teniente se sacaría los zapatos y las medias, buscando un poco de alivio. Quizás, en efecto, subió al transporte con las chanquetas y guardó los zapatos en una funda de plástico. En su cabeza estaría procesando la información. Había estado varios días concentrado en la investigación del asesinato del profesor. Toda otra forma de vida que no fuese vinculada a las pesquisas había desaparecido. Incluso los sueños estaban invadidos por fracciones de una realidad apenas perceptibles a primera vista pero que, con el ojo afilado, podían estallar de un segundo a otro. Solamente en el recuerdo de su Magda encontró unos segundos de luz, un remanso de paz. Sin embargo, se culpaba, una y otra vez, por haber sido el único culpable de que ese amor fracasara. La fatiga empezaba a cobrarle factura. Tenía un dolor permanente a la altura del hígado. El cuello era una piedra. Sin embargo, todos estos achaques —incluso la persistente

gota que, en otras ocasiones, lo habría tendido sobre la cama— parecían soportables. Era como si su cuerpo —amparado en los químicos que consumía sin control— estuviese dispuesto a dar la última batalla. Cuando empuñaba el arma de dotación —frente al espejo o sentado en la cama de ocasión— la mano le temblaba. Sin embargo, presentía que se acercaba el final, que el hilo, por obra y gracia de sus investigaciones, estaba por llevarlo al centro mismo de la madeja. Esa idea le reconfortaba, le imprimía una dosis adicional de entusiasmo. De todas maneras, nos hemos preguntado con frecuencia si en el teniente Veintimilla se recrudeció el temor que debió sentir cuando entrevistaba a Mama Clorinda, si la sola idea de descubrir los móviles, autores, cómplices y encubridores del asesinato del profesor, contrariamente a lo que parecería, le llevarían a un estado de postración emocional. O si, como parecían dictarle los sueños, la verdad se hallaba encubierta detrás de un enjambre de sombras.

Quito lo recibió con el rabioso sol de la mañana. Era un mar de fuego. El intenso brillo, que hincaba a través de la ventana del autobús, terminó por despertarlo. Sería un día sofocante, sin nube pasajera. Nada parecía tener la ciudad de su pasado brumoso, oculta o perfilada debajo de las capas de lluvia y soledad. El teniente sentía un sabor amargo en la boca. A pesar de haber dormido las últimas dos horas, desde que la máquina superaba el ascenso a más de 2000 metros de altitud, se sentía agotado. Se introdujo una pastilla sublingual y a los pocos minutos sintió cómo el cuerpo respondía al químico. El dedo gordo del pie, a pesar de hallarse saturado de infernales cristales de ácido, parecía envuelto en una nube de morfina que evitaba el estallido definitivo. El teniente se bajó del autobús y sintió un alivio al desprenderse, por fin, del ruido que lo acompañó todo el trayecto. Esas malditas canciones que tanto gustaban a los choferes. Salsa, merengue, reguetón, tecnocumbia y algunos pasillos formaban, en la cabeza saturada del teniente, una masa monocorde. Sin embargo, creyó escuchar, justo cuando la furia parecía gobernarlo, alguna canción de Gloria Gaynor —uno de los pocos gustos adquiridos en el viaje que hiciera a New York para realizar un curso de capacitación en uso de luminol y otros químicos en prácticas de investigación forense— pero era imposible. En su casa, en una funda de papel junto a zapatos y botas militares, descansaba el único disco que compró en Brooklyn: *Never Can Say Goodbye*. Era imposible, se dijo, que alguno de estos tarados, chofer o ayudante, tuviesen la sensibilidad para disfrutar de la potencia vocal de la negra.

Ya en la calle cambió las sandalias por los zapatos. Se desprendió de la modorra estirando los brazos. Bebió una taza de café y comió huevos revueltos en un restaurante del terminal terrestre. Conocía un hotel cerca de la basílica, y hacia allá se dirigió. Al bajarse del taxi, buscó un cajero automático. Sacó los últimos 200 dólares que tenía en su cuenta. Este dato nos resultó revelador. Una vez determi-

nado este movimiento —a través de la copia del estado de cuenta, que el banco Nuevo Austral nos facilitó— pudimos registrar las grabaciones de los Ojos de Águila y, efectivamente, la cámara superpuesta sobre las calles Páez y Patria muestra al teniente Veintimilla cuando se acerca al cajero. Hora: 9:02 a. m. Luego, gracias a la cámara de seguridad del mismo cajero, se registra su entrada. Es una mancha, una sombra que aparece de la nada y que permanece un par de minutos. Al retirarse, el teniente, como si mirase a la posteridad, alza el rostro directamente hacia la cámara. Durante ese segundo es posible descubrir a un hombre fatigado. Hay un asomo de incredulidad en los ojos, de estupor. Para otros, el teniente se muestra satisfecho, quizás cansado, sí, pero contento. Incluso alguien se aventuró a decir que esa enigmática expresión —conformada por los labios que no terminan de sonreír y una mirada altiva, orgullosa— no es otra que el cinismo. El teniente miró a la cámara del cajero automático como el héroe que atisba al horizonte, seguro de que esa imagen será la única con la que habría de recordárselo.

Las horas siguientes han sido reconstruidas a partir de la intuición y la buena voluntad que hemos puesto todos, más que a las vagas referencias testimoniales que la policía pudo recopilar. Eso al menos es lo que nos informó la comandante Carrión. Era imposible creer que las pesquisas emprendidas por la Comandancia de Policía obtuvieran datos superficiales, sobre todo porque se trataba de uno de los miembros de la institución. Por algo, durante muchos años, se había consagrado la frase: “Espíritu de cuerpo”. Esa era precisamente la condición del cuerpo policial, una suma de células, órganos, miembros que hacían un todo férreo, inquebrantable. De esta manera pudieron soportar varios escándalos que estallaron en los últimos años: torturas, asesinatos, extorciones y toda la gama de sofisticadas formas de corrupción. A pesar del rechazo creciente de la comunidad y de los esfuerzos sensacionalistas de

los medios de comunicación —sobre todo alrededor de casos vinculados con muertes de estrellas de la farándula nacional— por denunciar las prácticas poco nobles de la institución policial, esta seguía teniendo todo el respaldo del gobierno. Ni siquiera una incipiente rebelión de los miembros de tropa, secundada por los mandos medios, ocurrida pocos años atrás —ante el anuncio de una disminución de algunos beneficios económicos— llevó a que perdiese su poder. No. El Estado necesita de mecanismos idóneos de control social. Y la policía está para eso. Nos dijimos: sencillamente, la comandante Carrión se niega a otorgarnos más información, amparada en ese espíritu de cuerpo. Y, quizás, su orgullo personal la ha llevado a no ceder ante ninguna presión local. Suficiente, debe haber dicho para sí, con proporcionarles la libreta del teniente. El resto, que se joda. Por ello, enfrentamos a la disyuntiva, decidimos que el relato de los siguientes eventos bien podría construirse a partir de algunas licencias de la ficción. La vida, dijo alguno de nosotros, está siempre alimentada por verdades a medias, es decir, por mentiras verdaderas, es decir, por juegos literarios.

Así las cosas, el teniente debió dirigirse al hotel Amnecer, una antigua casa colonial apenas refaccionada para que diera cabida a una decena de huéspedes. Se hospedó en una de las habitaciones que daba a la calle Francisco de Caldas. Desde ahí, era posible mirar la enorme estructura gris de la basílica: una interminable iglesia gótica que se alzaba en el centro occidental de la ciudad. Abrió la ventana y se dio modos para acomodar una de sus camisas entre las rejas. Debía recibir con urgencia un poco de aire, al menos eso, pues era imposible pensar en lavarla. Se acostó veinte minutos sobre la cama, con el pie encima de dos almohadones. Fumó sin prisa, observando como el humo se dispersaba antes de llegar al estuco. Se dio un baño aceptando a regañadientes la temperatura apenas soportable del agua. Con los ánimos reanimados se vistió y acomodó la Beretta

en su funda y luego se colocó los tirantes de cuero detrás de los brazos. Ya en la calle, se sorprendió al encontrarse con una columna de autos. Desde su perspectiva, parecía una hilera interminable, uniforme, una serpiente metálica. Tomó un taxi hacia la casa matriz del Banco Equinoccial. Debía entrevistar a Virginia Ponce.

El banco se alzaba en la nueva zona financiera. Una serie de edificios, de marcados diseños expresionistas, que ocupaba casi la totalidad de la calle República del Salvador, a pocos metros del estadio de fútbol. Pocas casas se resistían al embate furioso de la modernidad. Los edificios, como gigantes plantas carnívoras, devoraban todo con sus tentáculos de hierro.

El teniente había venido, varios años atrás, en algunas ocasiones para acompañar al equipo de fútbol de su ciudad. Entonces, se desempeñaba como jefe de seguridad de la comitiva. Ahora, le parecía que era otra ciudad, el cuerpo de un conocido —el flaco del barrio, esmirriado y escocido a insultos— que aparece inflado por los anabólicos, luego de permanecer varios meses desaparecido. Las mismas calles lucían diferentes. Era una nueva máscara sobre un rostro viejo. Pensó en los espectáculos *drag queen*. Recordó el sueño en que el profesor bailaba con el rostro maquillado y el vestido español, mientras los asistentes coreaban su nombre artístico: *María del Río*.

Por las aceras desfilaban apresurados jóvenes ejecutivos con trajes a la medida y corbatines de excéntricos diseños, y chicas delgadas, lívidas, envueltas en sedas blancas sobre tacones águila. Era el nuevo mundo: un mundo dominado por los jóvenes. Era casi impensable, en ese marco, que un personaje como el teniente pasase desapercibido. Era un hombre de mediana edad, muy mal vestido, con el pelo encanecido y las piernas delgadas. Era imposible que esos jóvenes no se percataran de aquel sujeto errabundo que miraba hacia los edificios como lo hace el turista ter-

cermundista cuando camina en Nueva York. Al menos eso debió creer el teniente —por un segundo estuvo tentado a entrar en una de las tiendas de ropa y, a cuenta de la tarjeta de crédito, cambiar su facha, disimular su origen, travestirse—, pero desistió de la intención al darse cuenta de que nadie miraba a nadie. Había en el caminar de los ejecutivos algo de procedimiento fabril, de engranaje aceitado. El teniente miró a unos cuantos niños sucios que pedían dinero y a los negros que cuidaban los autos. Era la misma ciudad: un rostro viejo apenas oculto detrás de varias capas de barniz. Después de todo, pensó, soy policía y hago lo que me da la gana.

Ascendió decidido por las gradas que llevaban al edificio. El calor enturbiaba el ambiente. Era seco, incisivo. El cielo parecía una caldera azulina apenas matizada por algunas nubes estriadas. Se presentó en la recepción del banco y pidió hablar con la señorita Virginia Ponce. La recepcionista —una peliteñida rubia de ojos negros y piel color sepia— le preguntó:

—¿Tiene cita con la economista?

—No. Dígale que soy el teniente Veintimilla y que estoy investigando un asesinato. Me urge hablar con ella.

—Espere un minuto.

Fueron varios minutos, luego de que la recepcionista preguntara por Virginia Ponce, y contestara diez o veinte llamadas, a las que respondía con una monocorde frase: “Un minuto, ya le comunico”. Mientras tanto el teniente observaba el gigante *lobby* del edificio. Una butaca blanca, con una pequeña mesa cafetera, estaba en una de las esquinas. Detrás, en la pared blanca, se encontraba un cuadro de gran formato, pintado al óleo, que retrataba un grupo de indios, de rostros duros y enormes manos deformes, sentados en una calle. Parecían hundidos en el letargo idiota de una borrachera infinita. El sol estallaba en las ventanas contiguas y se diseminaba sobre la superficie del lienzo,

iluminando las tonalidades ocres del cuadro. Algunas personas entraban y salían por la puerta principal del edificio, hablando por sus celulares y caminando presurosos sobre la superficie blanca de porcelanato. Era un susurro permanente que se expandía como el eco de un silabeo religioso.

—Ok —dijo la recepcionista, al tiempo que el teniente regresaba a mirarla—, por favor, deje una credencial y tome el ascensor que está a su izquierda. Piso 13.

El ascensor daba hacia la calle. Era una cabina cristalina desde la que podía contemplarse la ciudad y las montañas que recortaban el paisaje: una masa compacta de tierra enclaustraba a Quito. A medida que el ascensor subía, se veía con mayor amplitud el conjunto de calles y edificios circundantes, así como la cantidad de gente que sorteaba las columnas de autos aglomerados en las esquinas. Al teniente le pareció que la ciudad crecía como la maquinaria salvaje de la selva. Todo era caótico, indescifrable. Durante unos segundos imaginó que el mundo estaría por desaparecer abatido por una guerra entre máquinas, humanos, animales y zombis. En ese mundo oscuro, solo los estallidos de las bombas iluminarían la perpetua noche. Se sacudió la cabeza, inhaló aire como si estuviese a punto de lanzarse al agua, y se acomodó la camisa dentro del pantalón.

Cuando la puerta del ascensor se abrió, percibió un perfume que flotaba en el ambiente. Caminó unos pasos y un joven de impecable traje gris y zapatos miel le estiró la mano, y lo acompañó a la sala de espera.

—Venga, pase, tome asiento, la economista lo atenderá en unos minutos— dijo con tono de almibarada cortesía.

El teniente se acomodó en un sofá y tomó una de las tantas revistas que estaban sobre la mesa de cristal. Distinguió *Times*, *Cosas* y *Country Society*. Ojeó en esta algunas fotos de recepciones sociales, catas de vino y matrimonios en el Country Club. Sintió, otra vez, esa punzada en el corazón que le acompañaba los últimos días. Una de las fo-

tografías registraba a un grupo de hombres —entre los que se destacaba don Vivanco— mientras sonreía a la cámara. Era un día soleado, todos vestían trajes de lino y zapatos de gamuza. En el lado derecho de la foto estaba la única mujer, cerca de don Vivanco. El teniente leyó el pie de foto: “Alegre grupo de empresarios celebrando el bautizo del benjamín de los Pérez-Urresta. De izq. a der.: Paco Aristizábal, Jorge Poveda, Javier Vásconez, Leonardo Hidalgo, don Álvaro Vivanco y su hermosa sobrina, Virginia Ponce”. El teniente sufrió un sofocante disparo de adrenalina. Se quitó la chaqueta y se abrió uno de los botones de la camisa. Dos manchas de sudor humedecían las axilas. Abrió otra revista. Era una preciosa edición conmemorativa de la Asociación Ecuatoriana de Amantes de las Armas. El teniente, con una evidente taquicardia que le inflaba el pecho, pasó las hojas de pistolas, revólveres, escopetas y carabinas, y se detuvo en las tres páginas, a color, que mostraban las armas blancas. Y ahí, como si estuviese esperando su llegada, estaba la daga, es decir, la réplica de aquella que cegara la vida del profesor. Lo supo de inmediato al reconocer el color rojizo de la empuñadura, el compás, la escuadra y la letra G. El teniente buscó su celular y tomó una fotografía. Entonces percibió otra vez el perfume —ácido, corrosivo— y unos pasos de tacón que se acercaban.

—Hace calor, ¿verdad? —dijo una voz, al tiempo que el teniente alzaba la mirada.

Virginia Ponce lucía más hermosa que en la foto. Debía tener treinta años, a lo sumo. Con el cabello negro recogido en un moño, la piel ligeramente bronceada. Vestía una falda azul que entallaba su cintura y una blusa blanca de seda. Era delgada. Apenas se percibían sus senos debajo de la tela. Sonreía abiertamente, mostrando una hilera perfecta de dientes brillantes. El teniente no atinó a decir nada. Virginia lo miró un segundo. Había en su mirada algo de conmiseración, de indulgencia. El teniente se sintió incómodo.

—Venga, acompáñeme, en mi oficina estaremos más cómodos —le dijo Virginia, mientras le daba la mano.

El teniente apenas la estrechó. Era una mano de largos y delgados dedos. Manos de bruja, pensó el teniente. La piel suave, cuidada a base de una costosa cosmética diaria. En ese instante que duró el apretón de manos —un segundo de quietud, que engarza las pieles, que las contamina entre sí—, el teniente distinguió, o creyó hacerlo, el poder que otorga el dinero y la posición social. Sintió también la superficie metálica de un anillo.

Solo entonces, mientras caminaba unos pasos atrás de Virginia, Veintimilla pudo constatar su altura: debía llevarle al menos veinte centímetros. Se arrepintió de no haber cambiado de facha, así se habría sentido menos ratón al lado de la espigada figura de la economista. Al entrar a la oficina, le inundó la luz que estallaba en los ventanales. Virginia no fue hacia el escritorio, sino que tomó a la derecha donde había una sala con varios muebles de cuero rojo. En el centro de mesa, resaltaba un arreglo floral con una veintena de margaritas. Margaritas, pensó el teniente y sintió como si su corazón golpeaba contra el pecho. En las paredes lucían varias pinturas de corte abstracto, manchas estridentes y paisajes neofigurativos. El teniente no reconoció ninguna de las obras. En un librero, de lustrosa madera de caoba, estaban unos cuantos libros encuadernados en piel y una escultura. Virginia se sentó, cruzó las piernas —estilizadas, raquíticas, como dos lágrimas de miel—, y le indicó al visitante, con un gesto de la mano, que se sentara también. Distante, detrás de las ventanas, llegaba el zumbido apenas perceptible de un avispero. Y luego, como si fuese una escena programada, empezaron a sonar los acordes de alguna pieza de música clásica.

—Antes que nada, oficial —dijo con el mismo tono amistoso con el que hiciera el comentario sobre el calor—, es inusual que reciba a nadie sin una cita previamente acor-

dada, pero dado que ha mencionado un *asesinato* he accedido a recibirlo.

—Antes que nada, economista —dijo Veintimilla, tratando de que sus palabras sonasen rigurosamente profesionales— no soy oficial, sino teniente, y le agradezco su gentileza. Desde luego, me habría gustado llamar primero pero, dada la premura de los eventos, me ha sido imposible hacerlo. De hecho, acabo de llegar de Guayaquil. Casi no he tenido tiempo de nada.

Quizás, inconscientemente, el teniente se arreglaba la camisa como un gesto de justificación. Él, en medio de esa habitación, parecía un pedazo de carne podrida sobre un planchado mantel blanco. La música *in crescendo* dotaba al diálogo de un áurea teatral. El teniente evidenció su incomodidad.

—Es *La cabalgata de las valquirias*, un clásico de Wagner. ¿Lo conoce? —preguntó Virginia.

—No.

—Es comprensible... Dígame, ¿en qué puedo ayudarlo? —Y, cambiando el tono de voz, como si fuese un paréntesis en medio de una frase, preguntó:— ¿Quiere una taza de café, un vaso de agua, un *whisky*?

—Estoy bien, gracias —respondió Veintimilla, al mismo tiempo que sintió una punzada en el dedo del pie—. Sabe, en Guayaquil estuve con su tío: un hombre muy amable.

El teniente creyó determinar que ella sabía de esa visita. Seguramente, el tío le habría contado de la llegada inoportuna del jodido policía.

—Estuvimos hablando de las famosas fiestas en su yate —continuó.

—Ja, mi tío... Se pasa de buena gente, le encanta ser el mejor anfitrión, el centro del mundo. Y de alguna forma lo es.

—¿Usted asistía regularmente a esas fiestas?

—Mire, teniente, creo que nos hemos apresurado. Empecemos por el principio. ¿A qué asesinato se refiere?, ¿qué tengo que ver yo con esto?, ¿qué tiene que ver mi tío?

La pieza musical entró en un momento de tensa calma, como si los dos —protagonistas de una ópera en medio de la gerencia del banco— estuviesen adecuados al ritmo de las notas.

—Tiene razón, perdón —dijo Veintimilla—. Es que creí que usted estaba al tanto. Se trata del asesinato de una importante figura de la cultura local del sur del país. Poeta y prestigioso profesor. Uno de esos hombres que ha dedicado toda su vida a la cultura, digamos así.

—Ajá.

—Bueno, pues todo indica que su tío era amigo del profesor, y que, en varias ocasiones, lo recibió en su yate...

—Mi tío recibe a muchas personas y tiene varios yates. Como le dije, teniente, siempre se ha caracterizado por ser un espléndido anfitrión. Desde que recuerdo, para él, la vida se ha dividido entre trabajo y placer. En lo primero ha sido un hombre de éxito, eso no cabe duda. Y en lo segundo, más que para sí mismo, ha destinado parte de su dinero a la felicidad de los otros.

—¿Es una especie de filántropo?

—Ja. Usted es simpático, teniente. Si quiere puede llamarlo de esa manera. Filántropo, qué curioso suena. Yo prefiero decir que se trata de un hombre generoso. Pero todavía no me explica en qué puede estar relacionado con la muerte...

—¿Usted conocía ese yate?

—Claro que sí. Todos en la familia hemos navegado varias veces en él, si se refiere al Carlo Magno.

—¿Por qué lo bautizó con ese nombre?

—Me extraña que usted no tenga la respuesta; los policías averiguan todo...

—¿Conoció en alguna ocasión al profesor?

—Mire, teniente: el profesor, como usted lo llama, pudo ser cualquiera de sus invitados. Cientos, por no decir miles, han sido las personas que, a lo largo de estos años, han recibido las ofrendas festivas de mi tío, y no solamente en ese yate que tanto le preocupa, sino en su casa de Guayaquil, o en Quito en una de sus fincas, o incluso en su departamento de Miami. En mi familia todos lo queremos. Es, como se diría, el tío favorito. Muchos le hemos gastado la broma, aunque en serio, repitiéndole que si se lanzara a la política, al menos de alcalde sale electo sin mayores dramas, pero a mi tío no le interesa la política.

—¿Qué le interesa?

—Sus negocios y vivir la vida. Es un ser hedonista, epicúreo, ¿sabe lo que eso quiere decir, teniente?

—Algo sé, economista.

—Dígame Virginia, si prefiere. Total ya somos amigos, ¿cierto?

—Su tío no es casado, ¿verdad? ¿A qué se debe que un hombre tan exitoso no haya formado su propia familia?

—Ja, teniente, tengo varios asuntos serios que atender. Usted debe saber que estamos pasando por una situación crucial. El sistema financiero ha tenido que reformular sus políticas debido a las exigencias del gobierno, así que, por favor, le pido que si no tiene alguna pregunta que no sea de índole familiar, me disculpe...

—Su nombre me fue proporcionado por el escritor Klinger. Quizás sepa que está recluido en un hospital psiquiátrico de Guayaquil. Cuando se refirió a usted me dijo claramente que sería la persona indicada para proporcionarme la información precisa.

—¿Precisa?

—Me dio a entender que usted sería la persona idónea.

—¿Idónea?

—Es decir, adecuada.

—Mi teniente, sé perfectamente el significado de la palabra, pero no creo entender el sentido. ¿Por qué habría

yo de tener alguna información sobre la muerte del dichoso profesor?

—A eso he venido. Creo que, como dijo Klinger, usted conoce algo que no quiere revelar.

El teniente desvió ligeramente la mirada —hasta entonces concentrada en el rostro de Virginia— para observar la escultura que estaba en el librero, pocos metros detrás de la economista. Era, sin duda, una réplica de La Piedad, la famosa escultura de Miguel Ángel. Lo sabía bien pues la había visto en varios libros de historia del arte. Incluso le pareció que estaba esculpida en mármol de Carrara. Era sublime.

—¿Y usted le cree a un loco? —dijo Virginia, rompiendo de esta manera el segundo de ensoñación en el que el teniente se había hundido.

—Alcohólico, nomás, de loco nada.

—Es lo mismo, señor.

El teniente notó como la educada economista Ponce, la mesurada y arrogante señorita, perdía la calma. Un tic nervioso empezó a manifestarse en el párpado izquierdo que se abría y cerraba, trayendo como consecuencia que todo el lado izquierdo del rostro se moviese como el cuerpo blando de una gelatina. Eran breves chispazos nerviosos que interrumpían la armonía de un rostro imperturbable. Ese mínimo gesto dotaba a su rostro de una efímera fealdad, como si, debajo de la lozanía y la perfección simétrica, se escondiese un monstruo. En esos instantes, el teniente se imaginó a la señorita Virginia —la sonrisa arcaica, apenas visible detrás del manto de la arrogancia— entregada a los juegos lascivos que le propone Klinger, así, desenfundados ambos, entre las sábanas inmaculadas de una cama *queen size*, escondidos del mundo en una de las residencias amuralladas de Samborondón.

—¿Usted conocía a Klinger?

—En alguna visita mía a Guayaquil mi tío me lo presentó. Mi tío es un hombre muy democrático, y se jacta de

tener las amistades más diversas. El escritor al que usted hace referencia era uno más de sus amigos.

—¿En qué circunstancias lo conoció?

—Una noche se presentó en la casa de mi tío, para regalarle un libro que había publicado recientemente. Durante media hora, más o menos, estuvimos charlando junto a la piscina, mientras ellos, yo no, porque soy abstemia, bebían unos *whiskies*. Luego se despidió y hasta la fecha.

Sonó el timbre del teléfono, mientras los últimos acordes de la ópera terminaban. Virginia tomó el auricular y dijo:

—Ajá. —Luego colgó y, con el semblante algo pálido, continuó—: Ahora si me permite debo continuar con mi jornada. Espero haber solventando sus preguntas. —Y sin dar tiempo a nada más, se levantó. Se despidió con un apretón de manos. Era ahora una mano cálida, apenas con un barniz de transpiración. El teniente tomó una de sus tarjetas de la billetera.

—Gracias por su tiempo, economista. Por si recuerda algún dato... —le dijo, y le entregó la tarjeta. El sol seguía explotando en los amplios ventanales de la oficina.

Antes de salir, regresó a mirar a Virginia y, como quien no dice nada, sentenció:

—De Wagner me quedo con *El holandés errante*. —Virginia frunció el ceño y entrecerró los ojos. Había en su gesto un breve destello de ira.

Veintimilla entró al ascensor. Le dolía el cuello. Se masajeó un poco debajo de la nuca, mientras se contemplaba en el espejo. Cómo deseaba sacarse el zapato y comprobar el estado de su dedo. Se imaginó que estaría brillante y rojizo. No le importó que dos personas ingresaran en el décimo piso, ni que una más lo hiciera en el cuarto. Cuando el ascensor se abrió en la planta baja, esperó a que todas las personas salieran. Dudó un segundo. Quizás, pensó, debía regresar donde la economista y preguntarle si su tío era el jerarca de una secreta comunidad gay. Si se dedicaba a organizar orgías en su yate, si había mandado a matar al

profesor. Era absurdo, se dijo, y quiso salir, pero no pudo. Ante sí descubrió una figura delgada. Por un segundo dudó si estaba alucinando. Era el rostro de Virginia, los mismos ojos negros y grandes, el mismo porte. Ella pero sin el moño. La misma altivez, consagrada en la maquinaria gestual.

—¿Sube? —preguntó el joven, sin mirarlo.

—Sí, dijo el teniente. —Y aplastó el botón del piso 14. El doble de Virginia aplastó el 13. Durante esos segundos, mientras los dos contemplaban, a través del cristal del ascensor, la ciudad envuelta en los soplos de un infernal bochorno, Veintimilla tuvo una corazonada.

—¿Es usted el mellizo de Virginia? —preguntó.

—No —respondió y simuló una sonrisa. El teniente no supo qué decir. Había algo de desafiante en la respuesta.

—Soy su gemelo —dijo y terminó de reír—, ¿lo conozco?

—No creo, soy el teniente Veintimilla, y estoy investigando la muerte de...

—Ay, no —dijo el muchacho, y el teniente percibió el tono temeroso que se deslizaba entre las palabras.

—Me gustaría hacerle unas preguntas...

Entonces, el ascensor se abrió. Los dos salieron al mismo tiempo. El teniente estaba ansioso. Un nuevo golpe en el pecho lo sacudió. Tenía que hacerle varias preguntas. Había algo en el rostro del hermano de Virginia: estupor, alivio. El centro de la madeja. A pocos pasos, como si atravesara la pared del pasillo, apareció Virginia. Tomó del brazo a su hermano y lo llevó rápidamente con ella.

—¡Deje a mi hermano en paz! —exclamó Virginia. Más que una voz autoritaria, al teniente le pareció que era una voz temerosa, como el aullido de una loba que arremete contra una amenaza velada.

El teniente los siguió, pero un segundo después un gigantón le cercó la entrada. No hubo posibilidad de nada más.

Al salir del edificio, el sol descendía perpendicularmente. El calor debió ascender a 26 grados o más. El teniente caminó hasta la esquina y giró hacia la derecha. Se sentó en una de las sillas de una cafetería, bajo un parasol, y ordenó una cerveza, pero luego se arrepintió y pidió que le trajesen una mineral con gas. En su retina brillaba la escena: los hermanos, uno junto al otro, idénticos, diferentes apenas en los matices que produce el sexo. Quizás en las miradas era posible encontrar lo que los separaba: la de ella, desafiante; la de él, dubitativa. Luz y sombra. Infierno y cielo. Los dos, únicos y dobles de sí mismos, como la imagen sutilmente deformada que se proyecta sobre un espejo. Buscó su celular y abrió la carpeta de imágenes. Buscó las más recientes. Ahí estaba la daga junto al cuerpo muerto del profesor. La comparó con la que tomó minutos antes en el despacho de Virginia. Era la misma, quizás una más de las que fabrican en serie. Debía seguir esa pista. Buscar al importador. Determinar a los compradores. Estaba seguro de a quién encontraría en la factura. El teniente debió pensar que era imprescindible quedarse en Quito. Hablar con el hermano de Virginia le permitiría comprobar sus sospechas.

Por ello mismo, nos hemos preguntado las razones que lo llevaron a prescindir de reportarse con su Comandancia, por qué no respondió a las insistentes llamadas a su celular, ni a los enérgicos *emails* que le envió la señora Carrión, conminándolo a que informara sobre el avance de sus investigaciones. Qué pasó, en efecto, más allá de nuestras conjeturas, por la mente del teniente.

El resto del día recorrió las librerías de dos centros comerciales averiguando si disponían de algún ejemplar de *Divagaciones del encierro*, pero no encontró ningún ejemplar en las perchas ni en los sistemas informáticos. En una de las librerías —un espacio de dos pisos, con miles de portadas que brillaban como brillan las botellas de vino o los cuadros chinos expuestos en los escaparates— se sentó junto a una ventana. Quería hojear una novela policial, *El vuelo del espantapájaros* de J. Castro, que llevaba entre las manos. Quizás solamente descansar, simulando ser un lector informado. A través de la ventana se miraba un fragmento del parque La Carolina: unos cuantos peatones se distinguían atrapados entre los filamentos de los árboles y la masa compacta de autos amontonados sobre la avenida República. De un segundo a otro, Veintimilla escuchó un rumor monocorde: “Mango, jamón serrano...”. Al darse la vuelta, descubrió a una mujer que ocupaba otra de las sillas de la mínima sala de lectura. Era blanca, de edad incierta, vestida con una suma irreal de prendas: camiseta, blusa, saco, gabardina, bufanda, pantalón, vestido, botas de lluvia, guantes de cuero y un sombrero blanco de ala corta. Un árbol humano formado con pliegues de telas, colores y texturas. Tenía la mirada extraviada, con un libro de cocina entre sus manos. Al rato continuó: “Mango, jamón serrano, vinagre balsámico, pasta cruda y alcachofas”, mientras leía el libro abierto y, al mismo tiempo, miraba de reojo al teniente. Era como si cada ojo —de turbio verde aceitado— tuviese voluntad propia. El teniente creyó recordar algún cuadro de Picasso. Algunos compradores vagaban por los pasillos de la librería indiferentes a la mujer, a esa repetitiva lectura de una receta inexistente. Tampoco los vendedores le prestaban atención. Durante unos segundos, mientras se sentía observado por uno de los ojos —el otro vagaba como un insecto extraviado—, el teniente creyó que, quizás, la mujer era un espectro, una manifestación virtual.

Luego de almorzar una sopa de verduras en un restaurante de la plaza Foch, tomó un Urosín y un Feldene Flash, y se dirigió hacia la Casa de la Cultura. Aunque el dolor del pie persistía, caminaba sin descanso. Conocía de sobra que, precisamente, debía hacer algo de ejercicio para eliminar el nivel de ácido úrico. En una tienda compró una botella de agua de litro y haciendo esfuerzos, ante la mirada de unos cuantos peatones incrédulos, bebió las tres cuartas partes. Encendió un cigarrillo y prosiguió con la caminata. Fueron cerca de diez cuadras de recorrido, con la molestia del pie, envuelto en el sopor de una ciudad infernal. El teniente no había pisado esas mismas calles —la Juan León Mera, en línea recta hasta la Patria y de ahí hacia la 6 de Diciembre— en los últimos años. No tenía la certeza, pero supuso que serían al menos diez. Entonces, era otra ciudad: siempre atrapada por dos climas que se disputaban la soberanía a golpes. Pero ahora, pensaba el teniente mientras aplastaba otra colilla, este Quito era otro, una ciudad atravesada, como un cuerpo torturado con miles de filamentos de acero incrustados en la piel, por los diamantes furiosos de un sol desconocido, desértico.

Ya en la Casa de la Cultura se encontró con los rostros aburridos de los funcionarios que lo mandaron de una oficina a otra, de un piso a otro, subiendo y bajando gradas. Las ventanas abiertas parecían las velas de un barco gigante que está por encallar. En la librería habló con una funcionara de extrañas convicciones metafísicas. Mezcla de poeta maldita y funcionaria aburrida, la dependiente disparó unas cuantas ideas sobre la inexistencia del amor, la falta de recursos económicos y las penurias de una institución subsumida a la maquinaria del Estado. Pero en torno al poemario del profesor, se mostró indiferente, como si evadiese la respuesta. En la biblioteca habló con una consumida señora de edad indeterminable, que no obstante desconocer el poemario que el teniente buscaba, le expresó el sentimiento de pérdida, ya que el profesor austral se

trataba, le recalcó, de un ejemplar intelectual de la patria, poco justipreciado.

El teniente emprendió el regreso al hotel, caminando por las calles, sin mayor prisa. Parecía desprovisto de emociones, un autómatas que se movía gracias al poder de una fuerza invisible. Sin saber cómo, de pronto, se halló frente a una librería de viejos. Un trueno estalló a la distancia. Era un pequeño local saturado de libros, en una calle escondida entre el follaje de unos arúpos rosados y blancos. Parecía una calle de otro tiempo, de otro mundo. Las casas vecinas tenían jardines frontales y puertas de hierro fundido. Pintadas de celeste, rosa, azul o amarillo, con techos de tejas terracota, lucían como parte de una escena maravillosa. Una tenue brisa corría sobre los adoquines que conformaban la calle. Una pareja de ancianos, sentados en una banca de madera junto a la puerta de calle, charlaban amenamente. Un hombre, de camisa blanca y sombrero de paja toquilla, paseaba a su perro dóberman. Dos o tres niñas correteaban detrás de un chico que montaba una bicicleta. El teniente estuvo tentado de encender un cigarrillo, pero se desanimó. Al ingresar, un aroma concentrado de humedad le produjo un fuerte estornudo.

—Salud —dijo una voz ronca.

Era un hombre no tan viejo, con una abundante barba gris en forma de chiva y una gorra náutica. Parecía un capitán de mar. La piel bronceada se dejaba entrever debajo de una desgastada camisa *jean*. Flotaba en el ambiente un ligero aroma a sales de mar. Al decir “salud”, apareció de la nada. Hasta entonces estaba detrás de su escritorio, a ras del suelo, como un niño que juega a las escondidas. El acento era, a todas luces, español, quizás catalán.

—Se me cayó esta pluma —dijo, al tiempo que le mostraba una hermosa pieza negra. El teniente reconoció que se trataba de un estilógrafo Visconti. Era parecido al que su abuelo tanto atesoraba. En los repartos de las herencias, nunca supo cuál de los buitres se lo llevó.

El teniente miró los estantes repletos de libros, de pared a pared. Desde el piso hasta el techo formaban un aglomerado mosaico de papel. No había espacio para uno más. Sin embargo, entre los cientos de libros, se destacaba una fotografía en blanco y negro. Era una escena captada en los exteriores de un edificio. Podía determinarse una puerta de cristal y unas gradas. Cuatro hombres miraban a la cámara. Uno apoyado a la puerta, otro en la mitad de las escaleras, el tercero sentado al inicio de las gradas, y uno más frente a todos, en el espacio intermedio entre el primer hombre y el segundo. El teniente comprobó inmediatamente: el hombre que se hallaba en la mitad de las gradas —lo supo por la barba en forma de chiva y la mirada arrogante— era el viejo librero que, entonces, lo contemplaba con un gesto de complacencia. Seguramente, observar al visitante descubriendo a los personajes de la fotografía le parecía gracioso, pues el teniente, al regresar a mirarlo, descubrió una risita socarrona que no terminaba de armarse en el rostro.

—Hace ya tantos años, joder —dijo el librero, con una mezcla de melancolía y resignación. Podía notarse que sus palabras rezumaban un tiempo perdido. Ese fragmento de la vida que se consume en un instante, cuando pasados los hechos, miramos hacia atrás. Un fulgor entre la neblina. El teniente regresó la mirada a la fotografía y trató de establecer quiénes eran los otros hombres. Aunque jóvenes todos, era evidente, no cabía duda. Era increíble que no los hubiese reconocido de inmediato, pero, quizás, por ello mismo, una parte de su cerebro se negó a aceptar que aquellos hombres —vestidos con impecables trajes sastre, corbatas y pañuelos en las chaquetas— no eran otros sino las estrellas mayores de ese estridente escenario al que todos llamaban *boom*. Lo suyo era la poesía, se dijo para sí mismo, tratando de esta manera de justificar la ignorancia. Regresó a mirar al capitán de navíos, interrogándolo sobre su rol en la fotografía.

—Yo ayudé, entonces, a esos chavales —dijo, restando responsabilidad a sus propias palabras. El teniente no supo qué decir. Quizás el librero descubrió a un hombre aturdido, perdido en una escena que no lograba descifrar, por ello lo invitó a sentarse en la única silla que había frente al escritorio.

—No me diga nada: busca novelitas policiales —dijo, cambiando de esta forma el tópico de la conversación. En ese momento el teniente regresó a la realidad. Fue una salida abrupta del ensueño, como si le hubiesen desparramado un vaso de agua helada sobre el rostro para despertarlo de una prolongada resaca. Veintimilla no pudo ocultar su sorpresa. A pesar de que se consideraba un detective profesional, con relativo éxito, tenía también la convicción absoluta de sus escasos recursos como actor. En ninguno de los varios cursos de investigación que realizó a lo largo de su carrera logró sortear con relativa fortuna las lecciones sobre frialdad expresiva. Por el contrario, sus colegas, Sánchez sobre todo, solían gastarle bromas en ese sentido dado que frente a situaciones comprometedoras su rostro mostraba con sobra de evidencias los rasgos de su espíritu convulsionado. El teniente calló.

—Con estos años de penitencia me he vuelto detective —continuó el librero y simuló una sonrisa. El teniente miró al hombre tratando de escudriñar más allá de lo evidente. Todos los hombres, pensaba siempre, tienen algo que ocultar. Quizás el capitán era un viejo policía o un editor de novelas negras. Quizás solamente un lector apasionado. Uno de esos sujetos que miran pasar la vida entre las páginas de los libros acostado sobre una hamaca mientras contempla el lento descenso del sol mediterráneo.

—Es curioso, señor...

—Carlos, dígame solo Carlos —dijo el librero y carraspeó un poco. El teniente supuso que sería un fumador de toda la vida.

—Es curioso, Carlos, pero al parecer en la vida, en algunas ocasiones al menos, son los libros los que se vuelven las puertas de los laberintos...

—Seguidor de Borges...

—Ni tanto, la verdad. Me ha gustado más la poesía.

—Borges fue, ante todo, un poeta.

—Me refería a otros poetas...

—Gustos complicados en estos tiempos. Ahora mismo es un hallazgo extraño encontrar algo llamado poesía. Por aquí abundan las usuras y las fugas, más que esa verdad que encierra el doble.

—¿Doble?

—La poesía es un juego de dobles, de sombras que proyectan otros cuerpos. Un informe personal sobre el alba. Si una persona común y corriente, como usted o como yo, ve un pájaro, el poeta mira en la pared no la sombra de ese pájaro sino el perfil de la tarde, recortado como las alas del ave. Para el poeta el infierno no es rojo fuego, es azul, como la fuga.

—Es un poco complicado.

—No se crea, amigo, no se crea. Solo hay que amanecer en la vida con un ojo singular. Un ojo que reorganiza las horas.

El teniente tragó saliva y suspiró. Durante un segundo trató de escudriñar en el rostro del librero, un rostro quebrado por las arrugas y las sombras de un pasado incierto.

—¿Conoce usted el libro *Tribulaciones del encierro*?

—Vamos, desde luego. El único libro que publicara en vida...

—¿Sabe de su muerte?

—Mire, amigo, los viejos como yo nos hemos convertido en confidentes. Aquellos que entran por esa puerta suponen que somos animales sin colmillos, y claro, se sientan, como usted ahora mismo, y empiezan a hablar.

Al teniente no le sorprendió que el catalán se definiera de esa manera. Obviamente ese bronceado era el resultado

de todos los días bajo el sol marítimo. Ese sol y ese mar que ocupaban las mansas o turbias o inexistentes páginas de los libros.

—¿Qué ha escuchado, si se puede saber? —dijo el teniente, asumiendo un todo amigable. Parecía el hipócrita confesor ante el testimonio viciado del pecador.

—De saber, se puede, pero ¿quién quiere conocer la verdad? Ese es el dilema. Conocer o no conocer. Me pregunto: ¿la gente está preparada para enfrentarse con aquello que está velado, aquello que permanece en las sombras, como el pájaro que ya no es más un pájaro sino el perfil de la tarde?

—No sé bien a qué se refiere...

—Vamos, es solo para dotar a la escena de una dosis de misterio, nada más. Uno pasa tanto tiempo con las horas veloces que empieza a hundirse en la soledad.

—Pero usted, Carlos, con tantos libros nunca debe sentirse solo.

—Mi amigo, usted es un espíritu inocente. La vida está afuera, al otro lado de las figuraciones que se organizan en las páginas. Los libros, como las botellas lanzadas al mar, están ahí para que alguien se sienta rescatado por ellas, por los libros, digo, pero eso, si lo sabré yo, es solo una ilusión, el truco desgastado de un mago inútil. La desesperación del almirante frente a la inmensidad de una ola que se derrama sobre su barco.

Otra vez el silencio, apenas matizado por un trueno que se formaba a la distancia. Una línea de luz pareció caer sobre el ancla dorada de la gorra náutica.

—El poeta de *Tribulaciones del encierro* murió asesinado salvajemente hace unas cuantas semanas. Yo estoy a cargo de la investigación.

—Eso es fácil de deducir. ¿Y qué lo trae por estos lares?

—Siguiendo las pistas —dijo el teniente. Tenía una inmensa desesperación por alzar el maldito pie, desnudo,

sobre dos o tres almohadones, y dormir hasta que todo termine. Todo, incluido el dolor que le estallaba en el cuerpo.

—Mire, ese poeta era bastante conocido en la ciudad, desde que ganó el premio aquel, una gilipollez, por cierto. Solía venir con frecuencia a Quito, invitado a congresos, concursos de literatura y demás actividades del mundo cultural. Yo lo conocí cuando me visitó. Buscaba algún ejemplar de... sí, de Al-Mu'tamid. Un ejemplar difícil de encontrar pues aunque fue editado por María Jesús Rubiera, en los años ochenta, es uno de esos objetos extraños casi imposibles de hallar.

El teniente, desconcertado al hallarse en terrenos desconocidos, regresó a mirar la fotografía.

—Esa fotografía la he puesto hoy por la mañana y la esconderé, nuevamente, en el fondo del baúl, una vez que usted se vaya —dijo Carlos.

El teniente no comprendió bien el sentido de las palabras. Todo le parecía irreal, una proyección fantástica como la calle que afuera reproducía las estampas de un mundo feliz.

—¿Qué opinión le merecía el poeta? —dijo Veintimilla retomando a su pesar el interrogatorio. Sentía un torbellino en el corazón.

—Pues, a mí no me gustan los comportamientos sibilinos, pero no soy nadie para sentenciar al prójimo, vamos, eso lo dejamos para los jueces, o para Dios o para su doble, el gozoso ángel de Sodoma.

Al escuchar *jueces* el teniente se sumió en otra ensoñación: durante unos segundos imaginó a los jurados que otorgaron el premio al profesor. De entre los doce —sentados en una enorme mesa de mantel blanco sobre la que descansaban botellas de vino y la cabeza de un toro— distinguió a uno: vestía un traje negro, una de esas telas que usan los beduinos en sus travesías por el desierto. Hablaba y reía sin parar, moviendo solo la mano derecha: una mano que era un pájaro, un relámpago de carne con vida propia.

Entonces se percató de que no tenía la otra mano. Debajo de la manga izquierda había solo el vacío. Creyó que, quizás, el tipo, en algunas ocasiones, se pondría una extensión mecánica, un implante, un garfio de metal. Con esa mano —el implante de mortal acero— el jurado sabría jugar al malo de la película, blandiendo el arma sobre los rostros de los otros jurados, entonces temerosos frente al frenesí delirante del pirata calvo. Carlos dejó que el visitante se hundiera en el silencio, hasta que, apenas carraspeando, lo trajo de nuevo a la realidad. Veintimilla retomó la pregunta que se le quedó en la punta de la lengua:

—¿A qué se refiere con sibilino? —dijo.

—Joder —respondió Carlos, enfureciéndose repentinamente. En su voz despuntaba un relámpago, un trueno que reventaba en las aguas del mar... con el mismo vértigo, retornó a la calma. El mar desarmó sus motines de sal—. Conmigo siempre se portó como un caballero, pero sé de buenas fuentes que su reputación estaba en franca caída. ¿Desde cuándo?, me preguntará. Pues le ahorro el tiempo. Desde que fue nombrado candidato al Premio Diógenes Icaza, esa gilipollez que otorga el Estado a una figura reconocida de las letras. Es un buen premio, a qué no, más de cuatro mil dólares mensuales de por vida, y el prestigio, amigo, ese ego que se disfraza con piel de oveja.

—¿Se merecía el reconocimiento...?

—¿Qué supone el reconocimiento en estos tiempos? Nada. Las formas de la transparencia se han disuelto en la fuga y las figuraciones. Era una verdad refrendada; movió todas las influencias de sus coterráneos que ahora maman de la teta del poder. A mucha gente le colmó la paciencia, ¡joder!, pues durante muchos años conocimos de sus formas de comportamiento. Era, cómo le diré, un tío de doble faz: de delicadas maneras al hablar, pero con un puñal que se escondía detrás de esas palabras. Supe que varios de los poetas de la ciudad habían sufrido, como le diré, intromisiones...

—¿Intromisiones?

—Vamos, le relato el siguiente cuento y con eso usted sabrá por dónde iban los tiros. Durante varios años fue invitado por una universidad para que dictara seminarios sobre la poesía del poeta Brummel, ¿eso lo sabe? Vale. La universidad le ofrecía, como parte del convenio, una habitación gratuita en su campus. Ahí, coincidía con estudiantes de las maestrías que venían de otros países de la región, en calidad de becarios; y, claro, también con poetas que, durante uno o dos días, participaban en recitales, encuentros literarios y demás inventos que la academia fomenta para dotar de sentido a su espuria vida. Bueno, pues así las cosas, el poeta solía escudriñar en las habitaciones de los más despistados tratando de, cómo le diré, tomar con sus manos ese *pájaro* de la poesía, ese oscuro pájaro de la noche. Hubo uno en concreto, un chico que estudiaba una maestría en Literatura que, según él mismo me relató, indignado como se encontraba, una madrugada, luego de una fanfarria de los cojones, despertó en su habitación, todavía con los ojos nublados por el aguardiente, y descubrió la figura del poeta ese profesor de tan justa medida que usted se empeña en descubrir, esa Cándida Eréndida, casi sobre el imberbe estudiante que, como usted podría deducir, estaba medio desnudo, y le dijo, más o menos, es lo que me dijo el chaval, que había entrado a la habitación para ver si no estaba muerto, pues lo había escuchado al llegar. Le dijo que el estudiante había golpeado su puerta, la del poeta, y que este se hallaba presto para auxiliarlo. Mientras le decía esto, me dijo el estudiante, el poeta tenía ya sus manos aferradas, una al muslo y la otra yacía cómodamente enroscada en la virilidad del estudiante, vamos, el *pájaro* de la poesía, ¡joder! Es gracioso, ¿no? Quizás tragicómico sea más pertinente decir, porque el estudiante, me dijo, tuvo que sobreponerse a los estragos del alcohol para ponerle un pare al intruso, y estuvo a punto de zurrarle unos cuantos golpes, que, digo yo, bien se los habría merecido. El

estudiante le declaró la guerra del fin del mundo. Una vez que se corrió la voz, otros estudiantes empezaron a narrar experiencias similares. Y eso, como podrá imaginar, en un pueblo como este, se convirtió en un polvorín. Vaya follón en el que se encontró el poeta. Eso, la guerra.

El teniente no quiso preguntar más. Toda la historia le parecía uno de los apuntes que todavía no estaban escritos en su libreta. Una verdad imposible de ocultar. Sin embargo, se le ocurrió mostrar la foto de la daga junto al cuerpo del profesor y luego la otra, aquella de la revista que descubrió en la sala de espera de la oficina de Virginia Ponce. Carlos miró las fotografías. Un gesto de asco marcó su rostro.

—Joder, tenía que ser una daga —dijo—. Pues claro, el arma blanca de la ambigüedad. Tiene larga tradición. Desde los albores mismos de la edad de bronce. Es un arma secundaria. Sabe, Julio César murió con 23 puñaladas, una por cada miembro del Senado. Una pieza hermosa, desde luego. Madera roja de Kossipo y remaches de oro. Sin duda, un arma de lujo. Quien lo mató no tuvo reparo en perderla.

—Creo entender a qué se refiere —dijo el teniente y se guardó el celular. Dio unos pasos vacilantes. La realidad afuera, al otro lado del marco de la puerta, le parecía el ojo de una cueva. Regresó a mirar al librero y le preguntó: ¿Es posible que haya gemelos idénticos del mismo sexo?

El viejo se acicaló la chiva y se levantó. Durante unos segundos observó los lomos de varios libros hasta que extrajo uno de ellos. Buscó entre las páginas y dijo:

—Escuche esto: “Una de las diferencias fundamentales entre los gemelos idénticos (monocigóticos) y los mellizos, además de la cuestión genética, es que los primeros siempre son del mismo sexo. Pero esto no es completamente cierto ya que existe una excepción extremadamente rara que se produce cuando uno de los fetos está afectado por

el Síndrome de Turner, en cuyo caso es posible que nazcan gemelos idénticos de distinto sexo”.

El teniente agradeció nuevamente a Carlos. Al salir, no encontró a ninguna de las personas que miró al llegar. Tampoco corría una brisa fresca entre los arupos. Por el contrario, el calor parecía bullir en todas las direcciones, como flechas de fuego. En la esquina se encontró con un perro muerto. Era evidente que había sido atropellado hacía varios días. Tenía las tripas expuestas y los ojos desorbitados. Algunos gusanos se movían, contentos en medio del hedor. Veintimilla miró los escorzos de vida que se difuminaban en los ojos del perro. Era un pastor alemán.

Así debió ser, nos dijimos todos, así debieron suceder las cosas. Unos segundos después, luego de encender un cigarrillo, enfiló hacia el hotel. El dedo del pie, extrañamente, parecía resistir al dolor, o era esa forma del dolor que el cuerpo ha terminado por hacer suyo. Tomó un taxi, y mientras la ciudad a través de la ventana se asemejaba a un barrido de formas y colores —una mancha que se estira como una masa chiclosa— dormitó a pesar de los repentinos saltos que el taxi daba esquivando los baches. En el sueño debió encontrarse con Magda. Ella había tomado recientemente un baño, por eso traía el cabello mojado cayendo sobre sus hombros desnudos. Sus ojos lucían luminosos, felices. El teniente reconoció que se hallaban en Baños —un complejo turístico que se levanta cerca de su ciudad—. Si estaban fuera de la piscina o dentro no era posible determinar con certeza. A ratos, en los filamentos del sueño, en Magda se reflejaban las luces oblicuas del agua de la piscina, pero luego parecía estar fuera, quizás sentada en una de las mesas de la cafetería. Sonreía o lloraba, prensada en un estado de júbilo. El teniente quería acariciar su rostro, pero le era imposible, como si la mujer fuese una proyección, solo un rostro compuesto de partículas inmatrimales que sus manos atravesaban sin poderlo asir. Se despertó cuando el taxista le dijo que habían llegado al hotel.

Estaba por ingresar —quería bañarse, acostarse sobre la cama, darle un poco de descanso al pie, serenarse—, pero en la puerta misma del hotel recibió una llamada a su celular. Al instante supo de quién se trataba. En el taxi que lo llevó al encuentro escuchó un boletín urgente sobre una explosión del conducto de gas de uno de los tantos nuevos edificios que se alzaban sobre la avenida Eloy Alfaro. Al menos, decía la voz de la periodista, se reporta la muerte de una joven y su esposo, y diez heridos, así como una docena de edificios contiguos que han sufrido el quiebre de los ventanales. Fue como vivir una oleada de temblores, decía uno de los testigos.

Una hora más tarde se encontró con el gemelo de Virginia, en una cafetería de la plaza Foch. Decenas de jóvenes se juntaban para retomar la celebración de la vida pospuesta durante las últimas horas. Los acordes de los parlantes se confundían en la atmósfera como un espiral de estruendos. El sol todavía destellaba en el horizonte sorteando una masa incomprensible de nubes que apareció súbitamente. De pronto, el calor acumulado durante toda la jornada pareció debilitarse. Quizás se encontraron entre las seis y las siete, porque a esa hora la ciudad empezaba a hundirse en la bruma a pesar del coctel de luces de bares, restaurantes y cafeterías que se derramaba sobre la plaza.

El joven vestía un conjunto blanco, a excepción de los zapatos de lona que eran rojos y la gorra, estilo hip hop, recubierta con una placa plateada. Era evidente que trataba de ocultar al menos la mitad de su rostro con un par de gigantes gafas de marcos blancos, que cubrían los ojos y los huesudos pómulos. Se sentaron en una de las mesas apostadas al borde mismo de la plaza por petición del gemelo pues, le dijo a Veintimilla, sufría de claustrofobia. Ordenó un granizado de café y el teniente un expreso doble. Hay algo de este diálogo —escrito con la confianza de relatar lo que, probablemente, debieron decirse— que siempre nos fascinó. Digamos que a varios de nosotros, porque a otros cuantos la sola idea les produjo estupor o asco.

—¿Por qué quería hablar conmigo? —empezó el teniente, como dictaba el protocolo de ambigua indiferencia.

—Mire, teniente, he vivido un infierno y creo que si hablo con usted, finalmente podré tener algo de paz.

—Si de infiernos se trata, debería contarle yo el mío...

—Veo que mi hermana no se equivocó al describirlo: usted tiene algo atrapado en el alma.

—Jajá, ¿y qué más le dijo su hermana, si se puede saber?

—No mucho; que era una buena persona, aunque extrañamente ingenuo e idealista para ser un policía ecuatoriano.

—¿Qué importa la nacionalidad?

—Bah, importa, claro que sí. No es lo mismo ser un policía, digamos, de Scotland Yard...

A Veintimilla le habría gustado decirle que era una falsa imagen, que él —un teniente provinciano, enredado en las desazones del amor quebrado, un policía sufrido por las dolencias del cuerpo abatido— era en realidad un tipo duro, una mezcla explosiva de inteligencia sobrenatural y audacia animal. Que él poseía —cómo dudarlo, no faltaba más— la sagacidad de Barnaby Jones y la furia de Charles Bronson. Si lo sabría él que tantas veces había destrozado narices y pateado los traseros de los líderes más peligrosos de las bandas locales, emulando a sus héroes de televisión. Pero también hubiese preferido decirle que, en efecto, poseía una maldita fragilidad que lo exponía frecuentemente a situaciones patéticas. Y que, en esos casos, estaba tentado a golpearse la cara con sus propios puños o reventar las paredes con su cabeza. Pero no dijo nada. Tomó un cigarri-
llo de la cajetilla, con modosa actitud taciturna y mientras expiraba una bocanada de humo creyó que el gemelo era, realmente, un hermoso ejemplar, una mezcla perfecta: dulzura y malicia bullían como las alas batientes de un animal innombrable. Un fulgor de crueldad se prefiguraba detrás de las enormes pupilas negras.

—¿Sabe lo que le pasó a...?

—Sí. Fue su culpa —respondió el gemelo como si las palabras fuesen agua liberada de un dique absurdamente represado—. Yo le dije que no se atreviera pero él no me hizo caso, y eso que se lo repetí varias veces, pero él estaba poseído, era como un diablo.

Durante una hora, más o menos, el teniente debió indagar al gemelo. Parecían dos amigos de toda la vida, poniéndose al día. Pidieron otra y otra ronda de café, hasta que el teniente sintió que su corazón era un tambor de hojalata. Es posible, además, que hayan bebido un carajillo. En esas estaban, cuando el gemelo descubrió unos ojos que

lo escrutaban desde la barra. Reconoció al hombre que no disimulaba su observación. Era uno de los guardaespaldas de su hermana, y mientras se lo indicaba al teniente señalando con los labios hacia donde se hallaba, le dijo que debían irse. El teniente lamentó el descuido. Era torpe, debió pensar, fascinado con el inicio del relato de su testigo. El gemelo le comentó al teniente lo que debían hacer y sin más se levantaron de sus asientos. El guardaespaldas los miró y se acercó con paso sigiloso.

Al salir a la plaza parecía que una multitud se hubiese concentrado para presenciar un concierto, pero solo eran almas en pena vagando sobre los adoquines, inertes como zombis. En el cielo, varias nubes amenazantes habían cubierto todo resquicio de luz. Un trueno sonó a la distancia. Un relámpago. Según el plan del gemelo, cada uno tomó un rumbo distinto. El teniente hacia la izquierda y el gemelo hacia la derecha. Se mezclaron con la gente que parecía flotar sobre la plaza. Ante la disyuntiva, el gigante optó por seguir al hermano de su jefa, dejándose arrastrar en medio de un torbellino de personas, cientos de hormigas que le cerraban el paso. De un segundo a otro, perdió de vista a su protegido. Tres cuadras más allá, Veintimilla buscó la casa que le describió el gemelo. Era una fachada apenas visible entre el follaje de unos inmensos fresnos florecidos. El teniente dudó por unos segundos. ¿No se hallaba en la misma calle que horas atrás lo llevó al interior de la librería del catalán? No. Era otra, sin embargo parecía la misma, como si se hubiese disfrazado entre los pliegues de la noche. El teniente se acercó donde el guardia y le dijo que venía en nombre de Iris —así era como el gemelo le había aconsejado que dijera—. El guardia todavía incrédulo lo miró un segundo, de abajo hacia arriba —el gesto del desprecio que ilumina el rostro: los labios se fruncen, la ceja se levanta— y luego de bufar alguna palabra incomprensible, abrió la puerta.

El teniente debió sentirse sorprendido al ingresar en un mundo acuático: el piso y el techo estaban pintados en gamas de celestes, azules y turquesas. Las paredes eran en realidad inmensos acuarios en los que peces de diversos tamaños, colores y formas —killis, gatos, carpas, globos, ángeles y hachas— desarrollaban singulares danzas sincronizadas. Algunas luces lanzaban líneas de colores iridiscentes que recorrían la estancia. Sonaban los intensos acordes de música tecno mientras los hombres bailaban en el centro de la pista. El teniente buscó con la mirada a Iris. Caminó hacia la barra y pidió un Cuba libre sin importarle las consecuencias sobre sus niveles de ácido úrico. En momentos de júbilo solía gustar del ron, de ese sabor dulzón que golpeaba todo a su paso. Lo pidió con abundante hielo, como si un rezago de lucidez le dijese que al menos la bebida mezclada con agua le haría menos daño. Quizás el teniente vivía un estado de postración, modorra o apatía. Es posible que creyese que todo llegaba a su fin y mal haría, dadas las fuerzas ocultas de lo inminente, en resguardarse para un mañana improbable. El mesero era un atlético hombre que vestía una musculosa verde agua. El teniente lo conocía, era seguro que lo había visto pero no recordaba el origen de la certeza. Con la bebida en la mano miró hacia la pista y descubrió al otro lado, en la esquina en la que convergían los dos acuarios, creando una especie de punto ciego, una puerta. Hasta allá se dirigió. Los hombres que bailaban en la pista, pegados y oscilantes, formaban un solo cuerpo; parecían salidos de una revista de modas: pantalones ceñidos, camisas de seda, zapatos de gamuza. El teniente se sentía ridículo. Miró un rostro y otro y otro —barbas delineadas, pieles bronceadas, labios brillantes— y las manos que se enroscan y se acarician, y el movimiento acompasado del baile que se dibuja en los juegos armónicos de pelvis y caderas. Mientras atravesaba la pista, esquivando a los bailarines como se esquivaba el

dolor, el teniente creyó que se hallaba en medio del fuego. Finalmente terminó de cruzar la pista.

Al abrir la puerta que mirara desde el otro lado, se encontró con pequeñas salas, apenas cubiertas por cortinas de terciopelo azul marino, donde algunos hombres charlaban y reían obscenamente. Otros se besaban, eran infinitos besos húmedos, amorosos. Vio a uno de rodillas, hundido en la entrepierna de otro, ese otro sentado en una butaca de cuero, con la mirada perdida en un manto de leche. Caminó por el pasillo de paredes rojas. El piso era de madera negra, veteada de líneas blancas —por un segundo recordó los lentes del profesor—, del que emergían puntos focales de intensa luz blanca. Llegó al inicio de unas gradas. Algunos hombres —eran hombres hermosos, de cuerpos moldeados en el gimnasio; eran jóvenes delgados envueltos en bufandas satinadas; eran cuerpos que flotaban sobre el piso, como si estuviesen conformados por partículas vaporosas— dejaban los juegos del amor —los labios vueltos una sola flor de carne— para mirarlo por unos segundos, sonriendo o comentado algo entre dientes. Nunca se sintió tan observado por cientos de ojos, nunca nadie lo había escrutado de esa manera. El teniente creía hallarse en una sala de disecciones. Durante unos segundos pensó que su cuerpo era solamente carne. Descendió por las gradas. Eran oscuras. Las luces del suelo, que brotaban como vapores volcánicos, dotaban a la estancia de un aire fantasmal. Ahora se escuchaban los ritmos de una música *new age*, apenas algunos acordes disueltos en el aire. Al llegar al rellano de la escalera, se encontró con un espacio amplio, igual de amplio que el primer piso. Pensó que había caminado en espiral, descendiendo, sin percatarse de que se hallaba exactamente debajo de la primera sala. No había acuarios ni salas privadas sino una serie de cabinas de vidrio —el teniente supuso que serían quince— que rodeaban la pista. Adentro uno o varios hombres desnudos

se bañaban con aparente letargo. Eran jóvenes y corpulentos. El teniente imaginó que serían bomberos, agentes inmobiliarios, banqueros o amantes esposos. Había algo de religioso en la escena, quizás la contemplación platónica de los espectadores, sentados en inmensos *puffs* blancos y rojos. Quizás la brevedad de los genitales cubiertos por la espuma y apenas visibles detrás del vapor. Quizás las miradas alucinógenas de esos hombres que parecían robots encerrados en cápsulas verticales. El teniente terminó su trago y sintió en su hombro el ligero toque de una mano. Al darse la vuelta, comprobó que se trataba del gemelo. Iris lo tomó de la mano —la piel blanda, traslúcida— y lo condujo mansamente hacia una de las esquinas de la sala. Al paso, el teniente comprobó las lascivas miradas enajenadas de los hombres que se bañaban. Y miró de soslayo, avergonzado de sí mismo, algunas vergas tiesas que golpeaban las paredes cristalinas. Iris lo condujo por un estrecho pasillo camuflado detrás de una falsa puerta. La música terminó por perderse. Era solo un resuello al otro lado de las paredes. Subieron unas escaleras en forma de caracol. El teniente se dejó llevar sin intentar desprenderse de esa mano que lo tomaba con amigable prestancia. Iris abrió una puerta y súbitamente ingresó una ola de frío. La terraza. Varias mesas estaban apostadas junto a calentadores de gas. Unas cuantas personas fumaban y reían. La terraza estaba resguardada por paredes de vidrio, a través de las cuales se contemplaba la ciudad: las luces de las casas y edificios y la mancha férrea de las construcciones, la masa apenas delineada de la montaña. Ya no era una ciudad caliginosa. El calor demoniaco había sido vencido por el frío en una batalla silenciosa. Aunque la noche cubría el cielo, era posible determinar una masa compacta de nubes que, de un segundo a otro, se iluminaban con descargas eléctricas.

Se sentaron. Iris miró durante unos segundos a Veintimilla y retomando el diálogo emprendido antes —treinta, cuarenta minutos, un siglo—, como un actor teatral que

ha hecho una pausa para intensificar el dramatismo, continuó:

—Yo le dije que no, pero él no me hizo caso. Lo conocí en una de esas fiestas que organizaba mi tío, ya sabe, en el Carlo Magno. No me gustó para nada. Era viejo y gordo y olía mal. Además tenía un bigote mal recortado. Empezó a decirme que era un poeta famoso, y que si esto y lo otro, y hasta me recitó unos versos de un tal Brunet, Brukel, no me acuerdo bien. Era gomoso. Se me pegaba asquerosamente. Mi tío me observaba a la distancia. Siempre me había prohibido asistir a sus fiestas. Es para protegerte, me había dicho, pero yo quería saber cómo eran. Curiosidad, ya sabe. Y en esa ocasión me valí de uno de los tripulantes, con quien algo tuve, que me avisó de la fiesta. Yo estaba en Quito, pero me di modos para escaparme de mi hermana, y ya, un día después estaba en el yate escondido en el camarote del capitán hasta que zarpamos. Cuando aparecí en cubierta ya era demasiado tarde. Mi tío me tomó del brazo y me dijo entre dientes que era un imbécil, que qué mierda hacía ahí, escondido como un ladrón, que regresara a su camarote hasta regresar a puerto. Pero yo me planté, y, divertido como me hallaba, pues había bebido unas cuantas copas de champán, le dije “No tío, tranquilo, no va a pasar nada”. Mi tío, que es un pan de dulce, tuvo que conformarse. La fiesta fue divertida. Había de todo. Hombres guapos y jóvenes y estúpidos, y viejos interesantes y calenturientos y degenerados. Circulaba champán como si fuese el último día en el mundo, y coca. Yo me pegué unas cuantas líneas y ahí fue que su poeta apareció. No lo había visto cuando subí a cubierta. Yo estaba escondido. Quizás no quise verlo. Pero en seguida se me pegó y me dijo que tenía un cabello hermoso, y que le encantaba mi camiseta a rayas y que le recordaba a Tadzio, así me dijo. Tengo, tenía, una de esas camisetas que usan los gondoleros en Venecia. Yo me resistí a su acoso, porque no estoy acostumbrado a que se me peguen los viejos. Por ahí estaba también Klinger, el escri-

tor guayaquileño por quien mi tío tenía una consideración especial. Decía que él escribiría las crónicas prohibidas. Jajá, pero era solo una broma de mi tío, pues era extremadamente reservado y cauteloso con esas reuniones. La fiesta terminó como se puede imaginar, y recuerdo, apenas recuerdo, créame, unas manchas de carne, moviéndose a ritmo, jadeando y babosas, sin rostro, y yo saltando sobre ellas, esquivándolas, hasta bajar al camarote de mi tío, y ahí él desnudo con uno de los tripulantes, acuchillado, entregado a su sexo que se perdía en la boca. La escena, la verdad, me perturbó, pero solo un poco, porque es como ver a nuestros padres haciendo el amor, los hijos sabemos que nuestros padres lo hacen pero no estamos preparados para enfrentarnos con la imagen, ¿no es así? Igual pasó con mi tío, que era como mi segundo padre, porque el primero... en fin, así que al verlo tan entregado sentí vergüenza, no sé, quizás miedo, pero se me pasó. Luego fui a la popa, y ahí otra vez me encontré con el viejo ese, su poeta, y se me acercó, y quiso hablar, pero detestaba su enorme barriga, roja ya de tanto sol y las piernas flacas y blancas, ji, ji, de leche, así que le dije que ya volvía, que iba un ratito al baño, y hasta quiso ir conmigo, te ayudo con el pajarito, me dijo, qué asco. El viejo me buscó por todas partes, pero yo cerré la puerta del baño junto al camarote de mi tío, y aunque insistió, terminó por cansarse, pero no crea que por arrepentimiento, qué va, sino porque se quedó dormido junto a la puerta. Al salir lo vi, con la cara roja como la de un tomate riñón, y el bigote, ji, ji, era medio ridículo. Una hora más tarde ya estábamos de regreso. No hubo mucha marea, así que el viaje fue tranquilo. Poco a poco los invitados empezaron a despertar, a vestirse, a combatir la borrachera con las tazas de café que circularon en manos de los meseros. Desde el mar se veía Guayaquil: las luces de la costa y luego ya llegamos. Mi tío me llevó a su casa en Samborondón, y me dormí sin problemas en el sofá de cuero que tiene en la sala de juegos junto a la piscina.

“Al día siguiente, fui a la playa con León, con el tripulante que le dije, a la playa de Salinas. Yo tenía una resaca del diablo, pero León, tan lindo, me preparó un *bloody mary*, y en algo me repuse. ¿Le dije que estaba hospedado en la casa de mi tío, no? Me levanté cuando León me mandó un mensaje al celular. Caminé por la casa, no había ni un alma, supuse que las empleadas estarían de vacaciones. Al borde de las gradas que llevan a los dormitorios, estaba una maleta de cuero, con rueditas, que mi tío utiliza para llevar sus papeles, es vago, ji, ji, no quiere ni cargar ni el peso de su maletín, ¡ay, mi tío! Busqué ahí las llaves del departamento de Salinas, pero no las encontré. Yo sabía cuáles eran porque estaban en un llavero con forma de abanico español. Así que subí las gradas, treinta escalones o más, y entré en el dormitorio de mi tío, que roncaba como una morsa, ¿las morsas roncan?, bueno, no importa, y fui directo al velador derecho, y ahí, como supuse, encontré las llaves y salí disparado. Menos mal que mi tío no tiene perros ni nada, porque hubiesen hecho escándalo cuando la moto de León tronó. Una hora más tarde ya estábamos en Salinas. Hacía buen sol. Llegamos al departamento. Busqué algún pantalón para ponerme y no me quedó más remedio que usar una bermuda de mi tío, era horrible, celeste, con barquitos rojos. Salimos a caminar un poco por el malecón. Hacia el mediodía comimos ceviche de langosta en un restaurante con vista al mar. Yo no me sentía cómodo, tenía una angustia en el cuerpo, un presentimiento, le dije a mi hermana al día siguiente, y traté de disiparlo con dos botellas de vino blanco. Fue un día despejado y cerca del atardecer nos metimos al mar con León. Regresamos al departamento, nos duchamos y dormimos un par de horas. Al despertarme, serían cerca de las diez, León me dijo que fuéramos a caminar por la playa, y a pesar de una brisa que soplabá, accedí. León tomó una manta y una bufanda, y salimos. Yo me puse una chaqueta de mi tío, una hermosa Príncipe de Gales, azul marino, con un escudo dorado en

la solapa, y aunque me quedaba un poco grande, igual me gustaba. León... lo recuerdo bien, y lo odio, estuve enamorado de él unos meses, aunque luego nos separamos sin problemas... era como el mellizo de Joey McIntyre, ¿se acuerda usted de los New Kids on the Block? Bueno, pues idéntico, pero en versión guayaquileña.

”Caminamos unos treinta o cuarenta minutos, sorteando el agua del mar que salpicaba sobre mis pies desnudos, mientras bebíamos *whisky* de la cabinera que León llevaba en el bolsillo de su pantalón, hasta llegar a una zona con vegetación, apartada de las luces del malecón. Era como un hueco en medio de la playa, raro, ¿no? No había nadie, solo un gato negro que se atravesó con los ojos encendidos, que me produjo miedo, y otra vez ese presentimiento horrible. León me tomó de la cintura y me besó, y yo me dejé. Era un beso amoroso y sentí que me deseaba. Me dejé llevar. Se sentó y abrió mi cremallera. Yo lo dejé. Al rato, usted sabe, no, ay no ponga esa cara de mosquito muerto, pues un *blow job*. Yo le dije que no, que me daba miedo, pero él dijo que no había problema, me dio otro sorbo de trago. Me sentí mareado, extrañamente mareado, como perdido. Y él seguía en lo suyo. Era raro porque me gustaba pero, al mismo tiempo, me sentía perdido. Entonces, me dije que no era normal, pero él seguía concentrado, yo sentía sus labios que me sujetaban bien y la lengua que subía y bajaba. Cerré los ojos. Al abrirlos miré las estrellas, miles de estrellas titilando en el espacio, una explosión de estrellas que caían sobre la arena. Y, como suele pasarme, me sentí completamente solo. León me tapó los ojos con la bufanda, y me dijo que estuviera tranquilo. Entonces pasó. Fue rápido. Recuerdo una silueta que aparece de la nada, que me da la vuelta, me pone en cuatro, y que me la mete. Recuerdo que le digo no, no, no quiero, pero no tengo fuerzas, los músculos de mi cuerpo no responden, estoy aletargado, algo me han puesto en la bebida, me da asco el viejo con su barriga fofa sobre mi espalda desnuda,

no recuerdo cuando me quitaron la ropa, veo la chaqueta de mi tío tirada sobre la arena, y sus dedos que me jalen el pelo, y su lengua asquerosa que me lame las orejas, siento todavía el olor viscoso de su cuerpo viejo, y oigo sus gemidos en mi oreja, y su ímpetu torpe sobre mí, termina rápido, y se va. Y luego la nada.

El teniente encendió un cigarrillo. Durante el relato de Iris mantuvo la calma, a pesar de que en algunos momentos, para su vergüenza, quería abrazarlo. Era un sentimiento desconocido, ambiguo, que recrudecía cuando Iris contaba la escena en la playa. Iris, como si fuese la historia de otro, narraba los eventos con gracia, sin embargo era evidente el dolor que le producía recordar lo que había vivido. Dos relámpagos seguidos iluminaron la noche, y entonces la lluvia reventó. No era una lluvia débil que dobla sus fuerzas poco a poco. No. Era un aguacero apocalíptico. Rápidamente, junto con la gente de las otras mesas, dejaron la terraza. Fueron segundos interminables soportando el embate furioso del agua. En el descenso a la disco, inevitablemente, dada la cantidad de gente apelotonada en las gradas, el teniente debió rozar el cuerpo de Iris —la débil firmeza de una musculatura postrada en la comodidad de una vida sin tropiezos—. Al llegar a una de las salas, se acercó un mesero con dos bebidas de un escandaloso amarillo resplandeciente. El teniente, sentado en una de las sillas de la barra, con el agua que corría por el rostro, miró a Iris y este, antes de que el policía dijese nada, continuó con el relato:

—Al día siguiente regresé a Quito y me encerré en mi habitación, pero mi hermana, que tiene un olfato de sabueso, insistió en hablar conmigo. Yo no puedo negarle nada. Usted sabe, desde que nuestros padres murieron en ese estúpido accidente, ella ha sido todo para mí, yo nunca pude protegerla, pero ella fue todo para mí: mi madre y mi padre y mi amiga y mi... como le diré, mi primera enamorada, esa que te enseña cómo hay que besar, cómo

se ha de vestir uno para seducir, cómo hay que hablar y poner las manos sobre las piernas cruzadas, y cómo se ha de reír y beber y vivir, usted sabe de lo que hablo. Y ella me escuchó. Cuando terminé de contarle, estuvo a punto de cachetearme. Había en su mirada una furia desconocida. Sé que llamó a mi tío. Se encerró en la habitación y hablaron durante unos diez o quince minutos por teléfono, y luego al salir me dijo que todo se arreglaría, que todo estaría bien, “te prometo”, me dijo, y me abrazó. Al día siguiente antes de salir a trabajar abrió la puerta de mi habitación y me dio un besito apresurado en la boca. “Santi —me dijo—, no quiero que salgas en toda la semana de casa: báñate en la piscina, practica tenis, tienes problemas con el segundo saque, juega con los perros, pero, por el amor de dios, quédate en casa”. Y así lo hice, a pesar de la claustrofobia que sentí esos días, me encerré en casa.

El teniente, entonces, cuando las últimas palabras de Iris, de Santi, terminaban de ser pronunciadas, recordó la escultura de La Piedad, acomodada en la oficina de Virginia. Era la imagen de la madre-hermana que cuida al hijo-hermano, en los segundos postreros, y, a pesar de la constatación, sintió que todo estaba perdido. Nada podría cambiar el destino. Iris bebió un trago más, al tiempo que un silencioso teniente se imaginaba la inmensa villa en el valle de Cumbayá rodeada de fresnos y jacarandás, aislada del mundo. Y se imaginó también a Santi —a Iris, como se decía llamar— sentado detrás de una ventana, en el segundo piso de la casa, contemplando la llegada del atardecer con un ruso blanco en las manos. Seguramente, en la sala y a la vista de todos, dentro de un espléndido aparador, apenas protegida por un cristal, estaría una base de marfil con dos dagas que reposan acomodadas en sendas hendiduras. El teniente estaba seguro de que en esa base, ya a un paso del aparador, podría evidenciarse una tercera hendidura vacía. Miró los ojos de Iris: eran divinos, no cabía duda, así como los labios: una rosa de carne, y miró

sus manos, manos de pianista, habría dicho su abuelo, de largos dedos delgados, iguales a los de su hermana, y por segunda vez quiso abrazarlo, quizás cubrirlo del amor que su padre nunca pudo brindarle, pero se contuvo, maldiciéndose, como siempre, por esas inútiles muestras de una sensibilidad mariquita. Santi lo miró. Quizás descubrió el tormento de su alma debatiéndose entre clamores, urgencias y los arrestos de una masculinidad a punto de quebrarse. El teniente encendió otro cigarrillo y se dispuso a levantarse. Debía lograr una orden de prisión para la hermana, al menos una citación para que cantara.

¿Era así como debían terminar las cosas?, se preguntó mientras regresaba por el camino andado, sin levantar la mirada del piso hasta que salió del club. Deseaba, creemos todos, que Iris le impidiera hacerlo, que lo tomara del brazo, con fuerza, para obligarlo a quedarse a su lado, o que, ya de pie, fuese detrás suyo y lo tomara otra vez del brazo, girándolo hasta encontrarse consigo. Los dos, apenas iluminados por la luz del piso, una luz que los convierte en fantasmas. Ahí, a la espera de que algo pase, de que, por fin, algo pase. Pero Iris, Santi, no salió, no siguió al viejo teniente Veintimilla, sino que permaneció en la barra, mientras los acordes de la música *new age* flotaban en el ambiente.

No sería descabellado imaginar que el teniente buscó un chongo de la zona, que bebió tres o cuatro rones de contado, sin importarle nada el ácido úrico, ni las arritmias o las migrañas, y que se encerró en una habitación con la puta que tuviera las mayores redondeces femeninas. Le habría gustado llamar a Acevedo, su eterna oreja cómplice, para emborracharse juntos, culear juntos, en un trío que reafirmara, ante los ojos de todos nosotros, su probada hombría ahora agotada. Quizás, deseó poder conversar con Sánchez, contarle sobre las dudas que ahora mismo le atormentaban. ¿Debía obrar con prestancia profesional?, se preguntaría, mientras observaba, parapetado debajo

de un alero, como la lluvia inundaba la ciudad, como la realidad empezaba a desvanecerse detrás de la neblina. ¿O —continuaría divagando— tendría que dejarse llevar por un impulso ético, una particular forma de sentirse un pequeño dios? Sobre sus manos descansaba el futuro o la forma de un futuro diseñado a su conveniencia.

En esas debió estar, con el frío que lo inmovilizaba, tratando infructuosamente de encender un cigarrillo, cuando escuchó un silbido y, al instante, el golpe seco que revienta cerca de la cabeza. El teniente se lanza al piso. Es un acto reflejo. Otro disparo estalla más abajo, ya no en la pared como hace un segundo, sino en la acera. Se arrastra hasta el tronco de un árbol, y apenas incorporándose, saca su Beretta. No puede divisar de dónde vienen los disparos. Detrás de la neblina, apenas es posible reconocer los contornos de las casas y algunas siluetas que corren presurosas bajo el aguacero. El corazón le late a mil, la lluvia le cae sobre la cara. La mano firme en la pistola. Un nuevo disparo da en el tronco del árbol a pocos centímetros de la frente. Algunos fragmentos de la corteza se incrustan en el rostro. Entonces, con la sangre que le cae sobre los ojos, al tiempo que se acucilla, descarga toda la munición. Cada uno de los diez disparos silba en el aire. Cada casquillo rebota en el suelo. Es un eco metálico. Las balas del otro lado cesan. El teniente puede respirar uno, dos segundos. Como un animal herido reptar unos cuantos metros, hasta parapetarse detrás de un automóvil estacionado junto a la acera. Se apoya contra la puerta, se limpia la cara con la manga de la chaqueta, recarga la munición. La lluvia sigue desplomándose del cielo, entre furiosas olas de viento. Se incorpora, solo lo necesario para mirar al otro lado de la calle. La neblina termina por devorar todo vestigio de forma.

Minutos antes, el guardaespaldas de Virginia ha ingresado al bar y ha descubierto al señorito Santiago jugando al enamorado, como en otras ocasiones solo que ahora lo hace con un policía. Escribe un mensaje a su jefa contándole lo que mira. Entonces los ve subir. Sigiloso, como un gorila de caricatura, los sigue a pocos pasos. Los ve perderse en la escalera de caracol. Espera un par de minutos y sube. Al abrir la puerta que da a la terraza, recibe un mensaje: “Síguelo. Cuéntame”, le escribe Virginia. Se apuesta en una de las esquinas de la terraza. Desde ahí los puede mirar sin que ellos se percaten. Quizás el señorito se da cuenta, pero no dice nada. Durante un buen rato, al tiempo que truenos y relámpagos iluminan el negro cielo, los observa. El señorito habla y habla. El policía escucha. El guardaespaldas le cuenta todo lo que ve a su jefa. Es obvio que el teniente está consternado por lo que escucha. El señorito Santiago se explaya: hace gestos con las manos, baja la cabeza y vuelve a erguirla, y calla y otra vez retoma el testimonio. Todo eso escribe el guardaespaldas en una serie de mensajes de celular. Su jefa, la economista Virginia, a varios kilómetros, quizás todavía en su despacho frente al enorme ventanal, imagina que su hermano, imagina que su adorado hermano gemelo —ángel y demonio, cáliz de las sangres más amargas— ha soltado la lengua. Bebe un vaso de *whisky*, mientras *La cabalgata de las valquirias* flamea en el ambiente, exacerbada por el efecto *surround*. Y, al tiempo que la lluvia golpea en los cristales, escribe: “Hazlo”.

Cuando el teniente empezaba a irse de la barra el guardaespaldas recibió el mensaje de Virginia. Sabía lo que tenía que hacer. Dejó que se alejara unos cuantos metros y lo siguió. Era increíble, pensaría el gorila, que el teniente no se percatara de su tamaño humanidad. Pasó a pocos metros. Era como si el policía estuviese perdido, debió pensar el guardaespaldas. Extraviado, diría yo, ya encomendado a la tarea de escribir esta historia. Al salir a la calle, la lluvia

se desprendía del cielo como si fuese el inicio del fin del mundo. El gorila miró al teniente caminar hasta la esquina y cruzar la calle para guarecerse debajo de un alero. El guardaespaldas caminó apoyado a la pared evitando el caudal de agua que se desplomaba del cielo. De un momento a otro, como si fuese un pacto acordado, la calle pareció vaciarse. Solo unos cuantos despistados cruzaban, saltando sobre el río que invadía la calle. Una capa de neblina descendía deformando los contornos de las fachadas, los árboles y los postes de luz. De todas maneras, el guardaespaldas pudo apuntar al teniente. Contuvo la respiración y disparó. La bala se estrelló contra la pared a un metro del teniente. Volvió a apuntar mientras el teniente se lanzaba al piso. No obstante, al guardaespaldas pudo parecerle, dada la neblina que se interponía entre él y su objetivo, que el teniente había caído a causa de una perforación en el hombro izquierdo. Apuntó de nuevo y accionó su pistola. La segunda bala rebotó sobre la acerca. Entonces, al tiempo que se maldecía, buscó al policía. Estaba seguro de que seguía con vida: había una silueta espectral que se escondía detrás de un árbol. Tomó la pistola con las dos manos y volvió a disparar. Siempre había sido un tirador sobresaliente. Le gustaba utilizar las balas precisas: una o dos como máximo. La tercera munición dio en el tronco del árbol. Lo supo con certeza porque en ese segundo un orificio entre la niebla le permitió descubrir la mitad del rostro del policía que se protegía detrás del árbol. Entonces, escuchó una ráfaga de balas.

Es posible que el guardaespaldas recibiera una o dos o tres de esas balas. Pero también es posible que, frente a la inminente posibilidad de resultar herido, se dejase caer al suelo, huyendo de la escena como un reptil.

Nos seguimos preguntando las razones que llevaron a que el teniente —con las pesquisas realizadas, los datos en firme que obtuvo y las conjeturas, más o menos certeras— prescindiera de regresar a su ciudad, elaborar el informe respectivo y poner sobre aviso a sus superiores a fin de que determinaran los pasos a seguir. La madeja estaba ya al alcance de las manos cuando el teniente desapareció. Nuestras especulaciones, nutridas con la información que pudimos conseguir, permitieron reconstruir los móviles que llevaron al asesinato del profesor y establecieron los autores intelectuales, no así a las manos responsables de penetrar la casa del profesor y cometer el homicidio. No obstante, durante varias semanas continuamos buscando —en los bares de El Vado, los clubes de Quito y el puerto de Guayaquil— a los asesinos, pero sin resultado favorable. De Veintimilla nada se supo. Alguien dijo que seguramente viajó a Italia. Su mujer, su exmujer, era lo único que le quedaba, el último pretexto para vivir. Otro señaló que fuentes confiables de amigos de absoluta prestancia lo habían visto deambulando por las playas de Varadero, devenido en una especie de *hippie* taciturno que vendía collares de conchas. Y alguno más, quizás el que tenía el testimonio más verosímil, dijo que el teniente era ahora el centro de la variedad en un local de travestis de ciudad de México, donde interpretaba, con atinado porte dramático, a la Colorina, aquel pelirrojo personaje que encarnó Lucía Méndez en una exitosa telenovela de los años ochenta. Sea como fuere, el teniente decidió que la justicia había obrado por mano propia, y que, en este caso, así mismo debía ser.

Era una voluntad que estaba más allá de toda prueba moral.

Al otro lado del mundo, 458 kilómetros al sur de Quito, mientras el teniente Veintimilla mira como la neblina se traga a su asesino, es probable que Marieta todavía esté atrapada bajo una tonelada de imágenes que le quiebran la

cabeza, el pecho, el corazón. Quizás, entre los escombros, crea reconocer la figura de su tío —el cuello tortuga, los lentes sobre la punta de la nariz, el bigote recién recordado— sonriendo con la vida a plenitud, porque así es la vida: se resiste a desaparecer a pesar de que ya nada importe, ya nada quede.

Con respecto al caso, para saldar deudas con nuestra comunidad, me han designado la grata tarea de escribir la conclusión, con la confianza de acertar en las especulaciones y sospechas, y eso es lo que ahora consigno.

Las cosas debieron suceder más o menos de esta manera: fueron dos, seguramente, los encargados de la tarea. Quizás la economista Virginia, asesorada adecuadamente por su tío, don Vivanco, para asegurar el éxito de la misión, contrató a los prestigiosos colombianos, profesionales a carta cabal. Primero debieron cercar a León. Virginia buscaría en el celular de su hermano la fotografía del mesero cabrón. No les sería difícil encontrarlo. Era un chico exageradamente guapo como para que pudiese pasar desapercibido. Darían con él en alguna discoteca de ambiente, en Salinas o Guayaquil. Lo esperarían a la salida para disparar dos balas: una a la cabeza y otra al corazón. O, quizás, ingresaron a una disco donde León bailaba alegremente y jugaron un rato con él, coqueteándolo, hasta llevarlo al baño: ahí el uno le tataría la boca mientras el otro le clava la daga —la misma arma que usarían después con el profesor— en el centro del corazón. O, quizás, Virginia se conformó con que le dieran una paliza como para que soltara la información que necesitaban. Una paliza, no obstante, que debía concentrarse en desaparecer todo rasgo de belleza en el rostro y condenarlo a una silla de ruedas. Esa sería la sentencia para un pobre diablo.

Con respecto al profesor, decidieron que serían los primeros días de enero para comenzar el año con prometedores augurios. Virginia, o el gigantón guardaespaldas, proporcionó a los profesionales una fotografía del objetivo, encontrada en Google, donde el poeta mostraba su evidente alegría al recibir el premio de la crítica nacional. Se lo ve todavía joven, a pesar de la papada que le cuelga y las canas que matizan las sienes. Ellos habrían hecho, ya en la ciudad del profesor, la inteligencia del caso, tomándose las cosas con relativa calma. Debieron recibir una buena tajada al inicio y esperaban, a su regreso a Quito, la segunda parte. Era un trabajo por días, así que les convenía dilatar el asesinato, aunque no excesivamente para que la economista no empezara a inquietarse. Conocieron la ciu-

dad, sus bares, las calles e iglesias, comieron y bebieron jubilosamente, mientras observaban la casa del profesor, determinaban sus horarios de trabajo en la universidad, sus comportamientos rutinarios en los bares literarios. Robaron una moto y, mientras finiquitaban los preparativos, cometieron dos o tres secuestros exprés, solo para mantener las manos calientes. La noche de los eventos salieron de uno de los hoteles que estaban junto a la terminal terrestre, en la misma motocicleta. Se apostaron cerca de la casa, en el centro histórico, y bebieron aguardiente, mientras apuraban varios cigarrillos. Quizás prendieron un chafo o jalaron unas líneas de coca, apostados en una de las tantas esquinas umbrosas del centro colonial. Vestirían de negro. Uno de ellos llevaría una flor, una margarita comprada pocas horas antes. Entonces enfilaron hacia la casa, forzaron la puerta sin mayor contratiempo y, con sendas linternas, comenzaron a buscar la habitación del profesor. La señorita Marieta debió escuchar los pasos de los intrusos. Quizás incluso miró a través de su ventana, y descubrió las siluetas sigilosas que tomaban las escaleras hacia el segundo piso. Estamos casi convencidos de que no se alarmó del todo, pues su tío solía recibir visitas nocturnas, camufladas entre las sombras. En una ocasión, recordaría la sobrina, su tío debió sortear el interrogatorio de un policía que acudió a la casa, ante la llamada de alguna vecina que se quejaba del escándalo que surgía de la casa de la respetable familia. Alguno de nosotros dijo que ella prefirió hacerse la dormida, esperando que esas manos terminaran con las prácticas licenciosas de su tío. Así se comportan las mujeres santas. Subieron las escaleras, sin evitar los crujidos de las añejas tablas, apuntando con las linternas hacia el suelo y las paredes. Debieron sentir el aroma concentrado a gato que flotaba en las habitaciones del segundo piso. Quizás alguno tuvo que contener un inevitable estornudo. Miraron una puerta, seguros de que detrás estaba el objetivo. Abrieron la puerta. Uno de ellos extrajo un pañuelo y un frasco de

cloroformo. Untó la tela con una jugosa cantidad y se acercó donde el profesor. Quizás, el profesor abrió los ojos, contempló la silueta amenazante desde su posición, y supo que era su hora. Quizás creyó que se trataba de uno de sus tantos sueños húmedos, y que, por fin, lo someterían a las deliciosas jornadas de masoquismo que deseaba con tanto afán. Quizás no sintió más que un apretón violento sobre la nariz y la boca, y luego la nata ambarina que se vuelve mar y cielo, y las manos de su madre que le enseñan el camino a seguir. En una esquina de la habitación, arrinconada de miedo, debió estar Noviembre con las pupilas dilatadas y la mirada fija en la escena que estaría por empezar.

Una hora más tarde, tal vez dos, los hombres descendían las mismas escaleras, ahora con paso frenético, sin ocultar su escapatoria. Entonces la sobrina Marieta sube las escaleras, prende la luz y se encuentra con los ojos de Domingo que destellaban en la penumbra. Las muñecas la escrutan en el silencio. Parecen moverse, quizás reír. Camina unos pasos más. El aroma de la muerte flota en el ambiente. Abre la puerta de la habitación de su tío.

Afuera, en las casas del barrio, en las casas de los barrios colindantes, se encienden las luces al unísono, ante los gritos aterrados de horror —relámpago y furia— que irrumpen en el aire.

Así mismo debió acontecer. Es lo que creo yo.



Este libro se terminó de imprimir y encuadernar
en mayo de 2026
en el PrintLab de la Universidad del Azuay,
con un tiraje de 300 ejemplares.
Para su diagramación se utilizaron tipografías de la familia
Minion Variable Concept.

Atlantic is
leading the c

is
me

is a good o
of the eye

ten
of
or
fight

the
the c

247
MILE

10
OR
104

340
OR
104

10
OR
104

Un profesor universitario aparece destripado en su casa, en Cuenca. Encargado de la investigación, el teniente Veintimilla vuelve a su ciudad natal para descubrir que detrás de su respetable apariencia el ilustre académico llevaba una vida secreta y disoluta. La pesquisa lo lleva también por Guayaquil y Quito. Mientras investiga el crimen, el narrador recorre salones de té, cafés, discotecas, psiquiátricos y se relaciona con varios personajes de la bohemia y la cultura local, de modo que toma el pulso moral y emocional de los parajes que atraviesa, al tiempo que recuerda –con una mezcla de nostalgia y melancolía– algunos episodios de su infancia.

La curiosa muerte de María del Río es un magnífico *thriller* policial, que puede leerse también como un sabroso *roman à clef*, donde Juan Pablo Castro Rodas despliega una mirada irónica –y por momentos caricaturesca–, para representar algunos sujetos y escenarios reales introduciéndonos en los pequeños infiernos y paraísos de la vida de provincia. Esta novela –una de la más reputadas del autor–, fue publicada por Alfaguara en 2016, y mereció el premio “Miguel Donoso Pareja” (Municipio de Guayaquil), y el “Joaquín Gallegos Lara” (Municipio de Quito), “por su capacidad de intriga sustentada a través de un lenguaje funcionalmente literario y por la configuración de un sólido protagonista”, según el veredicto del jurado porteño.

La Casa Editora de la Universidad del Azuay celebra los diez años de su aparición con esta nueva edición.



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa
Editora

ISBN: 978-9942-54-087-4



9 789942 540874